

Bajo la sombra del volcán:

Vestigios de los antiguos pobladores de Los Guachimontones, Jalisco

Coordinadores

Verenice Y. Heredia Espinoza
Héctor J. Cardona Machado
Joshua D. Englehardt



PARIS MONOGRAPHS IN
AMERICAN ARCHAEOLOGY 62



Access Archaeology



About Access Archaeology

Access Archaeology offers a different publishing model for specialist academic material that might traditionally prove commercially unviable, perhaps due to its sheer extent or volume of colour content, or simply due to its relatively niche field of interest. This could apply, for example, to a PhD dissertation or a catalogue of archaeological data.

All *Access Archaeology* publications are available as a free-to-download pdf eBook and in print format. The free pdf download model supports dissemination in areas of the world where budgets are more severely limited, and also allows individual academics from all over the world the opportunity to access the material privately, rather than relying solely on their university or public library. Print copies, nevertheless, remain available to individuals and institutions who need or prefer them.

The material is refereed and/or peer reviewed. Copy-editing takes place prior to submission of the work for publication and is the responsibility of the author. Academics who are able to supply print-ready material are not charged any fee to publish (including making the material available as a free-to-download pdf). In some instances the material is type-set in-house and in these cases a small charge is passed on for layout work.

Our principal effort goes into promoting the material, both the free-to-download pdf and print edition, where *Access Archaeology* books get the same level of attention as all of our publications which are marketed through e-alerts, print catalogues, displays at academic conferences, and are supported by professional distribution worldwide.

The free pdf download allows for greater dissemination of academic work than traditional print models could ever hope to support. It is common for a free-to-download pdf to be downloaded hundreds or sometimes thousands of times when it first appears on our website. Print sales of such specialist material would take years to match this figure, if indeed they ever would.

This model may well evolve over time, but its ambition will always remain to publish archaeological material that would prove commercially unviable in traditional publishing models, without passing the expense on to the academic (author or reader).

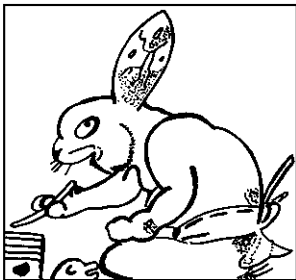


Bajo la sombra del volcán:

Vestigios de los antiguos pobladores de Los Guachimontones, Jalisco

Coordinadores

Verenice Y. Heredia Espinoza
Héctor J. Cardona Machado
Joshua D. Englehardt



PARIS MONOGRAPHS IN
AMERICAN ARCHAEOLOGY 62

Access Archaeology





ARCHAEOPRESS PUBLISHING LTD
13-14 Market Square
Bicester
Oxfordshire
OX26 6AD
United Kingdom
www.archaeopress.com

ISBN 978-1-80583-052-8
ISBN 978-1-80583-053-5 (e-Pdf)

© the individual authors and Archaeopress 2025

Imagen de portada: Los Guachimontones Círculo 2 (La Iguana). Foto de Matt Gush.

All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying or otherwise, without the prior written permission of the copyright owners.

This book is available direct from Archaeopress or from our website www.archaeopress.com

Dedicado a la memoria de
Cynthia Michelle Hernández Furlong (1986-2021)
Por su dedicación y pasión por la arqueología de los valles centrales de Jalisco

Índice

Lista de autores	iii
Lista de figuras y tablas.....	vi
Agradecimientos	xiii
Prólogo.....	xv
Ligia Sofía Sánchez Morton	
Introducción: la arqueología en Los Guachimontones	1
Verenice Y. Heredia Espinoza, Joshua D. Englehardt y Héctor J. Cardona Machado	
La arquitectura	10
David Arturo Muñoz García y Kimberly Sumano Ortega	
Un asentamiento con una larga ocupación	25
Verenice Y. Heredia Espinoza	
Los objetos de obsidiana	35
Camilo Mireles	
La cerámica.....	66
Catherine Johns y Christopher S. Beekman	
Figuras y figurillas.....	95
Christopher S. Beekman	
Las tecnologías del metal y la joyería.....	120
Blanca Maldonado	
Iconografía, ritual y cosmovisión	140
Joshua D. Englehardt	
Conclusiones: el volcán como testigo	156
Ma. Ángeles Olay Barrientos	

Lista de autores

Christopher S. Beekman recibió su doctorado de la Universidad de Vanderbilt en 1996. Decidió enfocar su carrera en el occidente de México por la falta de investigación sostenida en la zona. Ha llevado a cabo proyectos de recorrido y excavación en las zonas de La Venta del Astillero (1993-1994), Llano Grande (2000), Navajas (2002-2003) y la Ex-Laguna de Magdalena (2013). En la actualidad trabaja en estudios de laboratorio con la Dra. Verenice Heredia en el sitio de Los Guachimontones. Ha publicado artículos y libros en los Estados Unidos y México, siempre con un interés particular en entender la política antigua y la identidad social. Es profesor en el departamento de antropología en la Universidad de Colorado en Denver.

Héctor J. Cardona Machado es antropólogo por la Universidad Central de Venezuela (2005). Realizó estudios de posgrado en la Universidad de Alicante donde obtuvo un máster en gestión del patrimonio cultural (2008) y como maestro en arqueología por El Colegio de Michoacán (2016). Con su tesis de maestría *Las Narrativas de la Autoridad: Activación del Pasado en el Sitio Arqueológico Los Guachimontones, Teuchitlán, Jalisco*, debatió sobre prácticas, actores y discursos en torno a la arqueología y el patrimonio, lo que culminó con la apertura del sitio. Profundizó sobre estas relaciones en su trabajo doctoral *Patrimonio antes del patrimonio: una genealogía del pensamiento patrimonialista y la arqueología mexicana en un amplio siglo XIX* (2022) donde propone vínculos de larga profundidad histórica entre la praxis arqueológica mexicana y el patrimonio cultural. Actualmente realiza una estancia posdoctoral en el Centro de Estudios Arqueológicos de El Colegio de Michoacán, desarrollando investigaciones transculturales controladas sobre las relaciones entre la organización política y la configuración de las unidades habitacionales.

Joshua D. Englehardt recibió su doctorado de la Universidad Estatal de Florida en el 2011. Es profesor investigador titular en el Centro de Estudios Arqueológicos de El Colegio de Michoacán y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Se especializa en arqueología mesoamericana y sus investigaciones se enfocan en el desarrollo de sistemas simbólicos en el periodo Formativo, particularmente las escrituras mesoamericanas. Es codirector del Proyecto interdisciplinario *The Origins of Writing in Early Mesoamerica*. Sus publicaciones recientes incluyen el volumen *Interregional Interaction in Ancient Mesoamerica* (University Press of Colorado, 2019), *Ancient West Mexico: Time, Space, and Diversity* (University Press of Florida, 2020) y *Under the Shade of Thipaak: The Ethnoecology of Cycads in Mesoamerica and the Caribbean* (University Press of Florida, 2022). Actualmente trabaja sobre las relaciones entre seres humanos y cícadas en México y Japón.

Verenice Y. Heredia Espinoza recibió su doctorado de la Universidad de Purdue en el 2005. Es profesora investigadora titular en el Centro de Estudios Arqueológicos de El Colegio de Michoacán, miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Academia Mexicana de Ciencias. Sus intereses principales se encuentran en los caminos alternativos al desarrollo de la complejidad social en Mesoamérica y en los estudios transculturales comparativos. Su principal enfoque metodológico es estudiar la relación de la cultura material y los patrones de asentamiento para entender diversos procesos en el desarrollo de la complejidad social. Dirigió el proyecto de recorrido arqueológico dentro de la poligonal del Paisaje Agavero y las Antiguas Instalaciones de Tequila y el Proyecto Arqueológico Teuchitlán (Los Guachimontones, Jalisco) entre 2012 y 2022. Ha codirigido proyectos en Tlaxcallan (la antigua capital de la república Tlaxcalteca) y en la Cuenca de la ex-Laguna de Magdalena (en codirección con Chris S. Beekman). Sus proyectos más recientes incluyen la excavación de unidades habitacionales en Los Guachimontones, recorridos y excavaciones en El Campanillo. Ha publicado libros y artículos tanto en los Estados Unidos como en México sobre diversas áreas de Mesoamérica.

Catherine Johns es maestra en antropología por la Universidad de Colorado en Denver y licenciada en historia por Brevard College en Carolina del Norte. En su tesis de maestría, *Ceramic Activity Analysis of Navajas Circle 5 and the Need for Practice Theory in Unusual Monumental Architecture*, analizó la cerámica de un sitio incorporado en la cultura Teuchitlán. Además, ha trabajado con las colecciones cerámicas de Los Guachimontones. Sus investigaciones involucran el análisis espacial y la teoría de práctica, centrándose en el uso de la cerámica y cambios diacrónicos en la tecnología de la producción alfarera.

Blanca E. Maldonado Alvarez es arqueóloga especializada en metalurgia antigua y procesos productivos. Sus áreas de interés específicas incluyen la metalurgia precolombina y la metalurgia en el Nuevo Mundo, la metalurgia preindustrial no ferrosa y las dinámicas culturales de las prácticas tecnológicas. Sus investigaciones se han centrado principalmente en dos áreas geográficas: Mesoamérica y los Andes sur centrales. Obtuvo un doctorado en Antropología con especialidad en Arqueología de The Pennsylvania State University. Sus estudios de posgrado incluyen formación en ciencia arqueológica y arqueometalurgia en University of Oxford y University College London, en Reino Unido. Ha recibido varias becas y premios de investigación, incluida una beca otorgada por el DAAD para realizar una estancia académica en la Universidad de Bonn, Alemania, así como el patrocinio de la Fundación Alexander von Humboldt para realizar un posdoctorado de dos años y medio en el Curt-Engelhorn-Zentrum Archäometrie, también en Alemania. Actualmente se desempeña como profesora investigadora titular en el Centro de Estudios Arqueológicos de El Colegio de Michoacán, además, ejerce el cargo de Secretaria General Administrativa y Académica de dicha institución. Adicionalmente, funge como Editora en Jefe de la revista *Ancient Mesoamerica*.

Camilo Mireles Salcedo obtuvo su maestría en arqueología por El Colegio de Michoacán en 2021. Es candidato a doctor en antropología por la Universidad de McGill y beneficiario de la Beca Doctoral Richard H. Tomlinson (2023-2025). Su investigación se centra en la vida cotidiana de la gente común, especialmente a través del estudio de herramientas de piedra en Los Guachimontones y otras áreas de Mesoamérica. Ha dado a conocer sus investigaciones en Jalisco, Michoacán e Hidalgo en diversas publicaciones académicas reconocidas. Actualmente, busca integrar metodologías colaborativas para promover una arqueología con la gente y para la gente, destacando la diversidad de identidades en Tlaxcala que han sido oscurecidas por una narrativa nacional simplista.

David Muñiz García recibió su doctorado en Estudios Urbanos por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez en el 2023. Es profesor investigador titular en el Departamento de Humanidades de la misma Universidad y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Es Arqueólogo por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en donde también ha sido profesor. Cuenta con estudios de licenciatura en historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Realizó su maestría en arqueología en El Colegio de Michoacán, recibiendo el grado con la tesis: *El entorno construido en Los Guachimontones, Jalisco. Un acercamiento desde las plazas y los patios*, en el 2017. Ha colaborado en proyectos arqueológicos, históricos y museográficos en la zona centro, norte y occidente de México para diversas instituciones, incluyendo los centros regionales del INAH en Durango, Michoacán y la Dirección de Salvamento Arqueológico. Su principal interés es en la arquitectura y distribución espacial.

Ángeles Olay Barrientos es arqueóloga por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, maestra en historia por la Universidad de Colima y doctora en antropología por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Investigadora titular C del Instituto Nacional de Antropología e Historia adscrita al Centro INAH Colima. Presidente del Consejo de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia entre enero 2013 a agosto 2016. Ha trabajado en diversos proyectos de investigación arqueológica, principalmente de salvamento y rescate en la costa de Jalisco, en el Distrito Federal, en Veracruz y Chiapas. Los últimos tiempos los ha dedicado al estudio de las dinámicas culturales de los pueblos prehispánicos de Colima, tanto del valle donde se encuentra la

capital del estado, como de la costa alrededor de la Laguna de Cuyutlán. Procuró el estudio y protección del sitio El Chanal y estuvo a cargo del Proyecto Comala destinado a profundizar las características de la cultura Teuchitlán en el valle de Colima.

Ligia Sánchez Morton es arqueóloga por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, maestra y doctora en Estudios Mesoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Funge como profesora de asignatura en la licenciatura en arqueología de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, así como en la especialidad en arqueología de la licenciatura en antropología del Centro de Estudios Antropológicos y de la licenciatura de desarrollo y gestión intercultural de la Facultad de Filosofía y Letras, ambas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Con trayectoria en investigación arqueológica en los estados de Nayarit, Oaxaca, Colima y en la Zona Arqueológica de Teotihuacán. Ha colaborado en el registro e inscripción pública de bienes patrimoniales, como las colecciones arqueológicas del Museo Nacional de Antropología y las colecciones de diversos museos en todo el país. Tiene una trayectoria de más de diez años de investigación en el occidente de Mesoamérica, con especial énfasis en el territorio de Colima. Sus intereses se centran en el estudio de las relaciones entre las culturas prehispánicas y la sociedad actual (pueblos originarios y grupos urbano-rurales), con miras a lograr una socialización del conocimiento producido desde la arqueología, su divulgación significativa y sus repercusiones en la protección del patrimonio, el paisaje y el territorio. Actualmente participa en el proyecto de registro de Lugares Sagrados en la Sierra del Nayar.

Kimberly Sumano Ortega es licenciada en historia por la Universidad Nacional Autónoma de México y se tituló con la tesis *Semiótica de la Narración de Arquitectura. Cuatro Descripciones de Paquimé. Cuatro Concepciones de sus Habitantes*, en 2015. Posteriormente, realizó sus estudios de maestría en arqueología en El Colegio de Michoacán, recibiendo el grado con la tesis *Los Guachimontones, Jalisco. Hacia una caracterización sociopolítica desde la arquitectura*, en 2016. Actualmente es doctorante en Historia de las Fronteras por The University of Texas at El Paso, en donde también realizó un Master en Borderland History, desde el 2022 trabaja para el Institute of Oral History de la misma universidad. Ha colaborado en múltiples proyectos de investigación, tanto de historia como de arqueología, con especial énfasis en el norte y occidente de México, también en zonas de la Sierra de Durango, la Ciénega michoacana y los valles centrales de Jalisco. Actualmente, sus intereses están centrados en la percepción del espacio y la proyección del uso y apropiación del entorno a través de la arquitectura y las manifestaciones gráficas rupestres, especialmente en sitios aledaños al Volcán de Tequila y el Camino Real de Tierra Adentro.

Lista de figuras y tablas

Tabla 1.1.	Secuencia cronológica de la cultura Teuchitlán.....	4
Figura 1.1	Mapa de Mesoamérica detallando áreas culturales y algunos sitios importantes	5
Figura 1.2	Vista panorámica del pueblo de Teuchitlán y la presa La Vega.....	5
Figura 1.3	Vista panorámica del sector Loma Alta con el Volcán de Tequila al fondo	6
Figura 1.4	Mapa de Los Guachimontones indicando los distintos sectores que lo componen.....	6
Figura 1.5	Extensión de la cultura Teuchitlán en el occidente mesoamericano	7
Figura 1.6	Sector Nuclear de Los Guachimontones mostrando el Círculo 2, el Juego de Pelota 1 , el Círculo 4 y el Círculo 1.....	8
Figura 1.7	Centro Interpretativo Guachimontones “Phil C. Weigand”	9
Figura 1.8	Centro Interpretativo Guachimontones “Phil C. Weigand”	9
Figura 2.1	Panorámica del conjunto arquitectónico La Iguana, visto desde el conjunto El Gran Guachi	16
Figura 2.2	Un guachimontón en el sector Loma Alta.....	17
Figura 2.3	El sistema constructivo del Juego de Pelota 1.....	17
Figura 2.4	Diferentes tipos de guachimontones	18
Figura 2.5	Mapa 3D de Los Guachimontones.....	18
Figura 2.6	El Gran Guachi.....	19
Figura 2.7	El guachimontón conocido como La Iguana, visto desde Juego de Pelota 1.....	19
Figura 2.8	Círculo 3 en Los Guachimontones, visto desde La Iguana	20
Figura 2.9	Una plataforma construida en el sector Loma Alta.....	21
Figura 2.10	Vista panorámica del sector Loma Alta, con un guachimontón en el centro y un juego de pelota a la izquierda.....	21
Figura 2.11	Juego de Pelota 1	22
Figura 2.12	Sector Nuclear del sitio	22
Figura 2.13	Panorámica del medio alrededor de Los Guachimontones, con el Volcán de Tequila al fondo	23
Figura 2.14	Plataforma construida en zona habitacional del Sector Nuclear	23
Figura 2.15	Panorámica del paisaje alrededor de Los Guachimontones	24
Figura 2.16	Panorámica del sitio de Los Guachimontones, la presa La Vega, el pueblo de Teuchitlán y la Sierra Ameca, vistos desde el sector Loma Alta	24
Figura 3.1	Mapa de Los Guachimontones mostrando los distintos sectores y las principales construcciones..	31
Figura 3.2	Mapa de Los Guachimontones durante el Formativo tardío al Clásico (fases Tequila II-IV).....	31
Figura 3.3	Sector Nuclear con el Círculo 1, Juego de Pelota 1 y Círculo 4, Círculo 6 y Círculo 2	32
Figura 3.4	Sector Loma Alta con Círculo 12, Círculo 13 y Patio IV	32
Figura 3.5	Mapa de Los Guachimontones durante el Epiclásico.....	33
Figura 3.6	Mapa de Los Guachimontones durante el Posclásico	33
Figura 3.7	Loma terracada en Los Guachimontones	34

Figura 3.8	Desecho de talla de obsidiana hallada en Los Guachimontones	34
Figura 4.1	La geología del occidente mexicano.....	41
Figura 4.2	Núcleo de obsidiana de Loma Alta. Sin fecha.....	41
Figura 4.3	Núcleo de obsidiana. Sin contexto.....	42
Figura 4.4	Restos de un posible taller de lítica en Los Guachimontones	43
Figura 4.5	Restos de un posible taller de lítica en Los Guachimontones	43
Figura 4.6	Macronavaja encontrada en el sector Talleres 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV.....	44
Figura 4.7	Macronavaja encontrada en el sector Talleres 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV.....	45
Figura 4.8	Navajilla prismática encontrada en el sector Loma Alta, Círculo E, Ofrenda 1. Obsidiana. Fase Tequila II-III.....	46
Figura 4.9	Navajilla prismática encontrada en el sector Loma Alta, Círculo E, Ofrenda 1. Obsidiana. Fase Tequila II-III.....	47
Figura 4.10	Raspador espigado, de una estructura residencial (ER-7) en el centro del sitio. Obsidiana. Fase Tequila II-IV	48
Figura 4.11	Raspador ovoide de obsidiana roja, encontrado en el sector Talleres 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV.....	49
Figura 4.12	Raspador ovoide encontrado en el sector Talleres 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV	50
Figura 4.13	Raspador ovoide encontrado en el sector Talleres 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV	51
Figura 4.14	Raspador espigado, encontrado en el sector Loma Alta, Juego de Pelota. Obsidiana. Fase Tequila II-III.....	52
Figura 4.15	Punta de proyectil. Obsidiana. Sin contexto	53
Figura 4.16	Punta de proyectil de obsidiana verde mate encontrada en el sector Talleres 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV	54
Figura 4.17	Punta de flecha miniatura gris vetada . Obsidiana. Sin contexto	55
Figura 4.18	Punta de proyectil de obsidiana azul encontrada en el sector La Joyita A. Obsidiana. Fase Tequila II-IV.....	56
Figura 4.19	Punta de proyectil de obsidiana roja encontrada en el sector Talleres 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV.....	57
Figura 4.20	Punta de proyectil sobre macronavaja encontrada en el sector Talleres 3, Ofrenda 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV	58
Figura 4.21	Cuchillo bifacial de obsidiana roja encontrado en el sector Talleres 2. Obsidiana. Fase Tequila II-IV.....	59
Figura 4.22	Cuchillo encontrado en el sector Talleres 2. Obsidiana. Fase Tequila II-IV.....	60
Figura 4.23	Cuchillo encontrado en el sector Talleres 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV.....	61
Figura 4.24	Punzón encontrado en el Círculo 4. Obsidiana. Fase Tequila II-IV	62
Figura 4.25	Joyería, pendiente de piedra encontrado en el sector La Joyita A, Estructura 8. Obsidiana. Fase Tequila II-IV	63
Figura 4.26	Joyería, disco encontrado en el Círculo 6, Tumba 4, Collar 1. Obsidiana. Fase Tequila II-IV.....	64
Figura 4.27	Joyería, figuras antropomorfas, encontradas en el sector Talleres 3. Obsidiana. Fase Tequila II-IV	65
Figura 5.1	Jarro rojo de silueta compuesta, loza Colorines fina, Círculo 6, Ofrenda 7. Barro. Fase Tequila II-IV	72

Figura 5.2	Cuenco negro pulido restringido, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 1. Barro. Fase Tequila II-IV ...	72
Figura 5.3	Olla sin contexto, posiblemente Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina. Barro. Fase Tequila II-IV	73
Figura 5.4	Olla Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 3, Entierro 2. Barro. Fase Tequila II-IV.....	73
Figura 5.5	Jarra rojo sobre crema con asas, loza Colorines Burdo. Barro. Fase Tequila II-IV	74
Figura 5.6	Jarra Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina . Barro. Fase Tequila II-IV	74
Figura 5.7	Jarra Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Ofrenda 1 . Barro. Fase Tequila II-IV.....	75
Figura 5.8	Cuenco (o tecomate) negro-gris, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 1. Barro. Fase Tequila II-IV	75
Figura 5.9	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Talleres 3, Entierro 5. Barro. Fase Tequila II-IV	76
Figura 5.10	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Talleres 3, Entierro 5. Barro. Fase Tequila II-IV	76
Figura 5.11	Cajete Oconahua rojo sobre crema, loza Tabachines, Círculo 1, Plataforma A, Ofrenda 1. Barro. Fase Tequila II-III	77
Figura 5.12	Olla Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, La Joyita A. Estructura 8. Barro. Fase Tequila II-IV	77
Figura 5.13	Olla Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, plaza exterior. Barro. Fase Tequila II-IV	78
Figura 5.14	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, La Joyita A, Entierro 2. Barro. Fase Tequila II-IV	78
Figura 5.15	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Ofrenda 5. Barro. Fase Tequila II-IV	79
Figura 5.16	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Talleres 3, Entierro 5. Barro. Fase Tequila II-IV	79
Figura 5.17	Cajete Oconahua rojo sobre crema, loza Tabachines, Círculo 1, Plataforma A, Ofrenda 1. Barro. Fase Tequila II-III	80
Figura 5.18	Olla Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 2. Barro. Fase Tequila III-IV.....	80
Figura 5.19	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Ofrenda 5. Barro. Fase Tequila II	81
Figura 5.20	Jarra de boca ancha negro pulido, loza Colorines fina, Círculo 3, Entierro 3. Barro. Fase Tequila II-IV.....	81
Figura 5.21	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 2. Barro. Fase Tequila II-IV.....	82
Figura 5.22	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 2. Barro. Fase Tequila II-IV.....	82
Figura 5.23	Plato rojo sobre crema. Barro. Fase Tequila II-IV	83
Figura 5.24	Platos negro-café y crema, loza Colorines fina, La Joyita A, Ofrenda 1. Barro. Fase Tequila II-IV	83
Figura 5.25	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina. Barro. Fase Tequila II-IV.....	84
Figura 5.26	Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 2. Barro. Fase Tequila II-IV.....	84

Figura 5.27	Cajete Atemajac policromo, posible importación. Barro. Fase Atemajac.....	85
Figura 5.28	Cajete importado, probablemente del área de Ixtlán del Río. Barro. Fase Ixtlán temprano	85
Figura 5.29	Cajete importado, probablemente del área de Ixtlán del Río. Barro. Fase Ixtlán temprano	86
Figura 5.30	Cuenco trípode rojo sobre café. Barro. Fase El Grillo	86
Figura 5.31	Jarra miniatura sin decoración. Barro. Fase El Grillo	87
Figura 5.32	Olla miniatura. Barro. Fase El Grillo	87
Figura 5.33	Olla miniatura con decoración negro sobre rojo, Talleres 3, Entierro 12. Barro. Fase El Grillo.....	88
Figura 5.34	Olla miniatura con decoración negro sobre rojo, Talleres 3, Entierro 12. Barro. Fase El Grillo.....	88
Figura 5.35	Jarra miniatura sin decoración, Talleres 3, Entierro 5. Barro. Fase El Grillo.....	89
Figura 5.36	Olla trípode burdo con decoración rojo sobre café. Barro. Fase El Grillo.....	89
Figura 5.37	Copa sin base anular. Barro. Fase El Grillo.....	90
Figura 5.38	Copa sin decoración, Talleres 3, Entierro 12. Barro. Fase El Grillo	90
Figura 5.39	Jarra miniatura incisa, Talleres 3, Entierro 8. Barro. Fase El Grillo	91
Figura 5.40	Copa miniatura con decoración negro sobre rojo, Talleres 3, Entierro 12. Barro. Fase El Grillo	91
Figura 5.41	Olla pseudo-Cloissoné, Talleres 3. Barro. Fase El Grillo	92
Figura 5.42	Huistla bicromo molcajete trípode, Círculo 2, Plataforma 3. Barro. Fase Atemajac	92
Figura 5.43	Huistla bicromo molcajete trípode, Círculo 2, Plataforma 3. Barro. Fase Atemajac	93
Figura 5.44	Huistla policromo molcajete trípode, Talleres 1. Barro. Fase Atemajac II	93
Figura 5.45	Cuenco trípode pintada e incisa. Barro. Fase Atemajac II.....	94
Figura 5.46	Cuenco trípode pintada e incisa. Barro. Fase Atemajac II.....	94
Figura 6.1	Fragmentos de figurillas y soportes. Barro. Varios contextos	99
Figura 6.2	Fragmento de figurilla antropomorfa . Barro. Sin contexto	99
Figura 6.3	Fragmento de figurilla antropomorfa con rostro. Barro. Fase El Grillo.....	100
Figura 6.4	Fragmento de figurilla antropomorfa con rostro. Barro. Fase Tequila II-IV.....	101
Figura 6.5	Fragmento de figurilla antropomorfa con rostro. Barro. Fase Tequila II-IV.....	102
Figura 6.6	Figurilla femenina. Barro. Fase Tequila II-III	103
Figura 6.7	Figurilla masculina, estilo no definido, Talleres 3, Entierro 5. Barro. Fase Tequila II-III	104
Figura 6.8	Figurilla femenina, estilo no definido, Talleres 3, Entierro 5. Barro. Fase Tequila II-III	105
Figura 6.9	Figurilla femenina, estilo San Juanito, Círculo 6, Ofrenda 4. Barro. Fase Tequila II.....	106
Figura 6.10	Figurilla masculina, estilo San Juanito, Círculo 6, Tumba 2. Barro. Fase Tequila II	107
Figura 6.11	Figurilla, estilo San Juanito. Barro. Fase Tequila II	108
Figura 6.12	Cabeza de figurilla, estilo San Juanito. Barro. Fase Tequila II.....	109
Figura 6.13	Cabeza de figurilla masculina, estilo Ameca-Etztatlán (B-5). Barro. Fase Tequila II-III.....	110
Figura 6.14	Figura masculina, estilo Ameca-Etztatlán, sin contexto. Barro. Fase Tequila II-III.....	111
Figura 6.15	Cabeza de figurilla, estilo Tala-Tonalá (E-1), Talleres 3. Barro. Fase Tequila II-III	112
Figura 6.16	Figura, estilo Chapala (F-2). Barro. Fase Tequila II-III	113
Figura 6.17	Figura, estilo Chapala (F-2). Barro. Fase Tequila II-III	114

Figura 6.18	Fragmento de figurilla zoomorfa, Talleres 3. Barro. Fase Tequila II-III	115
Figura 6.19	Fragmento de figurilla zoomorfa, Talleres 3. Barro. Fase Tequila II-III	116
Figura 6.20	Fragmento de figurilla zoomorfa, Talleres 3. Basalto. Fase Tequila II-III	117
Figura 6.21	Pendiente de figura antropomorfa, Círculo 3, plaza exterior. Concha. Fase Tequila II-IV	118
Figura 6.22	Figurilla masculina miniatura, Círculo 6, Cámara 1. Barro. Fase Tequila II-III	118
Figura 6.23	Figurilla femenina, estilo Cerro de García. Barro. Fase El Grillo	119
Figura 7.1	Aguja de cobre tipo 'loop eye', Talleres 2. Metal. Fase Atemajac	124
Figura 7.2	Aguja de cobre tipo 'loop eye', fragmentada, Talleres 2. Metal. Fase Atemajac	124
Figura 7.3	Punzón de cobre, posiblemente una lezna, Talleres 2. Metal. Fase Atemajac	124
Figura 7.4	Aro de cobre asociado a restos de textil, Talleres 2, Ofrenda 2. Metal. Fase Atemajac.....	125
Figura 7.5	Tres aros de cobre asociados a restos de textil, Talleres 2, Ofrenda 2. Metal. Fase Atemajac	125
Figura 7.6	Tres aros de cobre, Talleres 2, Ofrenda 2. Metal. Fase Atemajac.....	126
Figura 7.7	Aro de cobre con cuenta de piedra verde, Talleres 2. Metal. Fase Atemajac	126
Figura 7.8	Tres cascabeles de cobre, del Juego de Pelota 2. Metal. Fase Atemajac	127
Figura 7.9	Placa/Pendiente metálica con perforación superior, Talleres 3. Metal. Fase Atemajac	127
Figura 7.10	Pendiente en lítica tallada con perforación superior, de procedencia desconocida. Lítica. Sin contexto	128
Figura 7.11	Collar con pendiente en lítica tallada y cuentas tubulares de cerámica, Círculo 3. Lítica. y cerámica Fase Tequila II-IV	128
Figura 7.12	Dos cuentas de piedra verde con incisiones, encontrada en una tumba de tiro en Loma Alta. Lítica. Fase Tequila II.....	129
Figura 7.13	Dos cuentas de piedra verde lisas, encontrada en una tumba de tiro en Loma Alta. Lítica. Fase Tequila II	129
Figura 7.14	Diez cuentas de lítica tallada, presumiblemente pizarra, Círculo 6, Cámara 1. Lítica. Fase Tequila II-III	130
Figura 7.15	Ocho cuentas de lítica tallada, presumiblemente pizarra, Círculo 6, Cámara 1. Lítica. Fase Tequila II-III	131
Figura 7.16	Lítica pulida (mano y metate), Talleres 3, Entierro 5. Lítica. Fase El Grillo.....	131
Figura 7.17	Collar de cuentas discoidales de cerámica, Círculo 6. Barro. Fase Tequila II-IV	132
Figura 7.18	Collar de cuentas antropomorfas de cerámica, Círculo 6, Tumba 5. Barro. Fase Tequila II-IV	132
Figura 7.19	Cuentas tubulares de cerámica y de concha, Círculo 3, Entierro 3. Barro/Concha. Fase Tequila II-IV	133
Figura 7.20	Sello de cerámica con figura antropomorfa, Talleres 1. Barro. Fase Tequila II-IV	133
Figura 7.21	Un fragmento de molde y uno de sello, ambos de cerámica y de procedencia desconocida. Barro. Sin contexto	134
Figura 7.22	Sello fitomorfo de cerámica, Talleres 3. Barro. Fase El Grillo.....	134
Figura 7.23	Malacate decorado (cerámica), Talleres 1. Barro. Fase Tequila II-IV	135
Figura 7.24	Descripción: Seis malacates de cerámica incisa, de procedencia desconocida. Barro. Sin contexto	135

Figura 7.25	Aro de cerámica con dos prominencias conoidales; presumiblemente una sonaja, de procedencia desconocida. Barro. Sin contexto	136
Figura 7.26	Una cuenta de cerámica y una de concha, Círculo 6, Tumba 5. Barro/Concha. Fase Tequila II-IV	136
Figura 7.27	Cuentas de concha (4) y lítica (1), Círculo 6, Tumba 5 Lítica/Concha Fase Tequila II-IV	137
Figura 7.28	Fragmento de concha procedente de Círculo 6, Tumba 5. Concha. Fase Tequila II-IV	137
Figura 7.29	Punzón de hueso, Talleres 3. Hueso. Fase Tequila II-IV	138
Figura 7.30	Punzón de hueso, Talleres 1. Hueso. Fase Tequila II-IV	138
Figura 7.31	Aguja de hueso, Talleres 1. Hueso. Fase Tequila II-IV	139
Figura 7.32	Flauta de hueso esgrafiado, Talleres 1. Hueso. Fase Tequila II-IV	139
Figura 8.1	Ejemplos del motivo Lazy-S en el corpus cerámico Teuchitlán.....	146
Figura 8.2	Elementos quincunx en la cerámica Teuchitlán	146
Figura 8.3	División composicional en ocho campos visuales en la cerámica Teuchitlán.....	147
Figura 8.4	Planes típicos de conjuntos de guachimontones, comparado con una sección transversal del maíz harinoso de ocho.....	147
Figura 8.5	Modelo cerámico de una escena ceremonial o ritual de palo, Nayarit, ca. 200 a.n.e.-500 n.e	148
Figura 8.6	Modelo cerámico de una escena ceremonial o ritual de palo, terracota pintada, Nayarit, ca. 200 a.n.e.-500 n.e	149
Figura 8.7	Representaciones de la ceremonia Xocotl Huetzi en el registro etnohistórico	150
Figura 8.8	El juego de pelota mesoamericano	151
Figura 8.9	Dos vasijas mayas con iconografía del juego de pelota	152
Figura 8.10	Modelo cerámico del juego de pelota	153
Figura 8.11	Dibujos de personas jugando un deporte con pelota en Teotihuacan.....	154
Figura 8.12	Posible fenómeno arqueoastronómico en Los Guachimontones.....	155

Agradecimientos

Los trabajos de investigación en Los Guachimontones fueron realizados por Phil C. Weigand y su equipo entre 1999-2010. Durante estos años el proyecto fue financiado y apoyado por la Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, el Municipio de Teuchitlán y El Colegio de Michoacán. Este catálogo es el resultado también de los trabajos de organización, sistematización y conservación realizados desde el 2012 hasta 2022. Dicho proyecto de conservaduría se realizó bajo la dirección de Verenice Y. Heredia Espinoza con el apoyo de Chris S. Beekman, Gwenn Gallenstein y un gran equipo de arqueólogas/os y miembros de las poblaciones de Teuchitlán, La Mora y rancherías aledañas. El trabajo de laboratorio fue auspiciado por El Colegio de Michoacán, La Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACYT (hoy Secretaría de Ciencias, Humanidades, Tecnología e Innovación, SECIHTI). Los trabajos de excavación, laboratorio y mapeo se realizaron bajo la autorización del Consejo de Arqueología (Instituto Nacional de Antropología e Historia, INAH). Los coordinadores agradecen la participación de todas/os las/los autores, su interés y apoyo en realizar este catálogo. Extendemos agradecimientos especiales a nuestros fotógrafos Lesha María Rodríguez, Edwin Carungaray y Matt Gush, quienes produjeron la mayoría de las imágenes en esta obra. También deseamos agradecer a Pearl Lau, Martha A. Soto López, Mario Rétiz, Jesús Medina Rodríguez y Juan José Cortés Guzmán por su apoyo en la preparación de mapas e ilustraciones. Además, agradecemos al equipo del Proyecto Arqueológico Teuchitlán y el Centro Interpretativo Guachimontones.

Prólogo

Ligia Sofía Sánchez Morton

Una de las finalidades del quehacer arqueológico es el divulgar el conocimiento generado. Este parte de los trabajos en campo, que implican una serie de exploraciones y excavaciones, para posteriormente analizar e interpretar los objetos y datos recuperados, y que en su conjunto, cobran sentido después de un proceso analítico.

La publicación *Bajo la sombra del volcán: Vestigios de los antiguos pobladores de Los Guachimontones*, Jalisco, presenta de manera sencilla, pero no por ello poco profunda, los resultados de más de un lustro de trabajos en el sitio arqueológico Los Guachimontones, Jalisco, México. Estos objetos, vestigios emblemáticos de una gran colección de piezas reunida a lo largo de los años, son aquí interpretados por voces expertas que han sido parte de la historia desde sus primeras exploraciones.

Tanto los artículos como los objetos presentados en este libro reflejan la necesidad de traducir un gran acervo de datos en un primer catálogo sobre la cultura, la historia, los estilos de vida y los vestigios materiales provenientes de uno de los sitios arqueológicos más relevantes del estado de Jalisco y el occidente mesoamericano.

Como se apunta desde el inicio, una de las intenciones centrales fue poner en relevancia los trabajos realizados desde 1999 hasta 2020, en el marco del Proyecto Arqueológico Teuchitlán (PAT), que fue inicialmente encabezado por Phil Weigand, y desde 2012 por Verénice Heredia Espinoza. Entre sus objetivos principales estuvo replantear la posición del occidente en Mesoamérica, aportando datos e interpretaciones que permitieran dejar de lado el estigma de una región carente de “civilización” y atrasada respecto de las otras.

A través de los textos es posible apreciar de forma clara la intención de cada autor por mostrar sus comprensiones sobre la cultura de la zona, resaltando sus particularidades, pero también estableciendo aquellos aspectos que se pueden ligar con otras sociedades con las que tuvieron contacto.

Es importante mencionar que, a lo largo de cada contribución, los autores buscaron acompañar sus interpretaciones con explicaciones sobre los procesos analíticos que los arqueólogos emplean para reconstruir el pasado, por lo que un texto como este, permite al lector no especializado comprender que la labor arqueológica no es una fuente inagotable de respuestas, y que la información se construye a partir de evidencias y de un arduo trabajo de análisis. Al hablar de la relevancia del sitio, se presentan de forma precisa las fases o momentos de ocupación cultural, señalando los elementos más característicos en cada uno; enfatizando en las etapas de construcción de los 25 complejos circulares detectados en un área de aproximadamente cinco km², y que estuvieron ocupados en un largo periodo de más de 1800 años.

Este catálogo inicia con una introducción por parte de sus coordinadores, a la que siguen siete capítulos que permiten conocer la ubicación, las características generales del sitio, la relevancia de su estudio, la particular disposición de su arquitectura, cuyo patrón es el círculo, sus objetos y las ideas sobre la cosmovisión de sus habitantes; todos acompañados de cuadros, mapas y fotografías que permiten comprenderlos de forma didáctica. Inician este recorrido David Muñiz y Kimberly Sumano respondiendo una pregunta relevante: ¿Qué son los guachimontones? Al contestarla, los autores explican los tres elementos que caracterizan estos complejos, detallan sobre las estructuras que los componen, exponen las ideas más relevantes sobre sus usos y funciones, así como las técnicas constructivas. Igualmente comentan sobre la asociación entre los círculos con los juegos de pelota, con la presencia de entierros y la relación que hay entre el tamaño y el número de estructuras en cada círculo; sugiriendo con su importancia para las sociedades del pasado.

Prosigue Verence Heredia, mostrándonos cómo fue la historia de la ocupación humana en Los Guachimontones. A través de la evidencia arqueológica, nos cuenta sobre las primeras poblaciones, su ascenso y ocaso, para volver a ocuparse el área nuevamente, pero, con rasgos culturales que fueron difiriendo poco a poco con aquellos que son reconocidos para la cultura Teuchitlán.

Posteriormente, Camilo Mireles nos presenta un texto sobre los objetos de piedra, particularmente aquellos elaborados en obsidiana. Como una forma de acercar al lector a este tipo de material, se describe el proceso geológico mediante el cual se formó este material, y se señalan los yacimientos cercanos al sitio, de los cuales sus habitantes pudieron haber obtenido este preciado bien. Es ilustrativa la explicación del proceso de talla y la división de actividades que es posible inferir a partir del estudio de los talleres detectados y de algunos artefactos de la colección. De unas 5020 piezas se presentan algunas muestras como una forma de plantear la existencia de especialización artesanal.

Catherine Johns y Christopher S. Beekman nos adentran al mundo de la cerámica como una de las evidencias más importantes para conocer la forma de vida en Los Guachimontones. Desde pequeños fragmentos hasta piezas completas, es posible inferir formas, usos, ubicación y antigüedad; proponiendo así maneras de ordenarlos en categorías (tipos). Con ello, los autores presentan una secuencia cronológica que va desde el 1000 a.n.e. hasta el 1600 n.e. basada en los cambios que es posible observar en la cerámica.

Por su parte, Christopher S. Beekman, en el capítulo de figuras y figurillas, expone todas aquellas piezas recuperadas en el sitio; que en su mayoría son de barro, pero sin dejar de mencionar algunas manufacturadas en concha y piedra. Un gran porcentaje procede de la época de esplendor de Los Guachimontones y su análisis ha permitido proponer sus posibles usos rituales, la forma en la que estaban asociadas a los entierros y tumbas, su manufactura y el hecho de que aún fragmentadas, pudieron estar cumpliendo un fin social o ritual.

Blanca Maldonado ofrece algunas interpretaciones en el capítulo sobre metal y la joyería. A través de la descripción de la tecnología utilizada y de algunas imágenes, observamos un conjunto de objetos de uso suntuario, que pudieron denotar estatus o relaciones de intercambio con otras regiones mesoamericanas. La autora presenta diversos bienes manufacturados en cobre y aleaciones, piedras verdes, cerámica, concha y hueso, haciendo referencia a sus técnicas de fabricación y a los posibles usos y significados que tuvieron dentro de la sociedad que habitó el sitio.

Por último, este catálogo concluye con un capítulo dedicado a la iconografía, el ritual y la cosmovisión. Joshua D. Englehardt inicia con una excelente explicación sobre cómo la cultura material nos permite inferir sistemas de valores y creencias de la sociedad que habitó Los Guachimontones. Algunas de sus propuestas ponen en el centro las relaciones entre la ideología y la arquitectura, pues estas estructuran en parte la disposición y forma de los edificios. También nos refiere a la carga simbólica que pueden contener los artefactos, en cuanto a su decoración y forma. A través de un recorrido que incluye el análisis de elementos decorativos en la cerámica, el orden arquitectónico del sitio, los rituales que pudieron realizarse en los altares y la relevancia del juego de pelota, se presentan una serie de interpretaciones que pretenden demostrar que esta sociedad pudo estar integrada al sistema simbólico panmesoamericano.

Como vemos, se trata de una obra que en su conjunto describe, explica e interpreta la cultura de Los Guachimontones, de una forma gráfica y de un modo accesible. Se trata de un formato nuevo dentro de los estudios del occidente de México y con una clara intención de divulgar lo que se sabe del pasado de esta región y cómo los arqueólogos producen estos saberes.

**Bajo la sombra del volcán:
Vestigios de los antiguos pobladores de
Los Guachimontones, Jalisco**

Introducción: la arqueología en Los Guachimontones

Verenice Y. Heredia Espinoza, Joshua D. Englehardt y Héctor J. Cardona Machado

Los Guachimontones es uno de los sitios arqueológicos mejor conocidos, investigados e importantes en el occidente mesoamericano (**Figura 1.1**). Está situado al noreste del municipio Teuchitlán, Jalisco entre el volcán de Tequila al norte y la presa de La Vega al sur (**Figuras 1.2 y 1.3**). Se sabe de su existencia desde principios del siglo XX, pero fue hasta la década de 1970 en adelante que las investigaciones arqueológicas comenzaron a tomar fuerza, hasta consolidarse un proyecto de excavación en la zona cívico-ceremonial. El proyecto estuvo a cargo de Phil C. Weigand, quien ya había realizado varias investigaciones en la región y quien es pionero en la arqueología de los valles centrales de Jalisco. Durante once años de excavación (1999-2010) se exploraron los complejos circulares más grandes, conocidos como guachimontones, juegos de pelota, unidades habitacionales y plazas. Esta labor se enmarcó principalmente en el Proyecto Arqueológico Teuchitlán (PAT).

Desde el 2012, y hasta la actualidad, los proyectos de investigación han estado a cargo de Verenice Y. Heredia Espinoza y se han centrado en la organización del laboratorio y los análisis de los materiales excavados con anterioridad y producto de otros trabajos relacionados, dirigidos por Rodrigo Esparza entre 2006 y 2010. También hemos ampliado el mapa del sitio por medio de un recorrido sistemático y realizando trabajos de excavación en unidades habitacionales. Este último fue en codirección con Christopher S. Beekman, de la Universidad de Colorado en Denver, quien ha dedicado casi cuatro décadas a la arqueología de Jalisco.

Además de presentar información sobre Los Guachimontones, se integran conocimientos recabados por otras investigaciones realizadas en los valles de Tequila. Resalta el recorrido sistemático de casi 1000 km² que cubrió en totalidad el área del Paisaje Agavero, registrando miles de sitios arqueológicos de todas las temporalidades, y que representan más de 2000 años de ocupación prehispánica. Estos trabajos complementan y aumentan significativamente los recorridos y excavaciones que Weigand y sus colaboradores realizaron entre 1999 y 2010.

A la vez, hemos reexaminado y analizado, con nuevos métodos y técnicas, las colecciones de artefactos que provienen de los distintos lugares dentro del sitio. Con estos datos contamos con un panorama más completo para poder investigar más a fondo, no solo a Los Guachimontones en su contexto regional, sino también conocer y explicar los cambios políticos, económicos y sociales a través de casi dos mil años de historia en Jalisco. Dados estos logros en conjunto, y usando como base la investigación existente, pretendemos ahondar en temas de gran trascendencia en la arqueología antropológica, así como de interés para todo público.

Las excavaciones en diversos contextos produjeron una gran colección de artefactos de piedra, barro, concha y metal, los cuales forman la base visual de este catálogo. Queremos ofrecer al lector una mirada accesible e informativa a la cultura, la historia, los estilos de vida y los vestigios materiales de sus antiguos habitantes. Mostramos algunos de los hallazgos más espléndidos, producto de múltiples años de trabajo arqueológico, a través de fotografías de finos objetos y breves reseñas interpretativas escritas por expertos en distintas temáticas.

Es importante mencionar que Los Guachimontones es el sitio más grande, más investigado y visitado en el occidente Mesoamericano. Además, es objeto de protección, por haber sido incluido dentro del conocido Paisaje Agavero y Antiguas Instalaciones Industriales de Tequila, distinción dada por la UNESCO en 2006 como patrimonio de la Humanidad. Con toda la importancia para la investigación

arqueológica e histórica, no se había publicado hasta la fecha un catálogo de piezas de sus colecciones. Es un momento apropiado para dar a conocer la riqueza cultural de los antiguos habitantes de Los Guachimontones y entender mejor su ascenso como un asentamiento importante en Mesoamérica.

La cultura Teuchitlán

Durante la década de 1970, algunos arqueólogos aseguraban que la cultura Olmeca no logró expandirse hacia el occidente de Mesoamérica, y que por esta razón no alcanzó un nivel de desarrollo avanzado. Por ello, gran parte de la investigación en nuestra área ha intentado demostrar que este no fue el caso, particularmente en la región de los valles centrales, alrededor del volcán de Tequila. Desde principios del siglo XXI, esta zona se ha posicionado en la mira de la arqueología mesoamericana por su particular arquitectura circular. Como mencionamos, gran parte de este logro fue gracias a los trabajos de excavación y recorrido de Weigand, quien con su persistencia y visión estableció bases sólidas de investigación sobre las cuales habrían de trabajar futuras generaciones.

Weigand puso al centro de la discusión una de las sociedades complejas tempranas de Mesoamérica y la definió con base en su arquitectura, especialización artesanal —principalmente en obsidiana— y su tecnología agrícola. A este conjunto de elementos culturales le llamó tradición Teuchitlán, término que fue una de sus contribuciones más significativas y que causó gran impacto en las interpretaciones de la zona. Integró sus recorridos por los valles de Tequila con sus investigaciones en Los Guachimontones, el sitio más extenso del Formativo tardío al Clásico, ca. 300 a.n.e.-450/500 n.e. (véase **Figura 1.4; Tabla 1.1**) y que ocupó un lugar central dentro del ambiente sociopolítico, económico y religioso en la zona nuclear de la tradición Teuchitlán (**Figura 1.5**). Hoy día, bajo la luz de nuevos hallazgos y discusiones teóricas, se ha convenido llamar cultura Teuchitlán.

Así, esta cultura arqueológica se caracteriza principalmente por el complejo arquitectónico circular, llamado guachimontón. Este se compone de altares o templos cónicos o cuadrados rodeado de patios circulares, los cuales están circundados por un número variable de plataformas rectangulares equidistantes que a su vez forma una serie de círculos concéntricos (**Figura 1.6**). Muchas de estas estructuras se han encontrado en los valles de Tequila y otras zonas del occidente Mesoamericano (**Figuras 1.1 y 1.5**). Aunado a este tipo particular de arquitectura, hay juegos de pelota, tumbas de tiro y abundantes objetos de barro y piedra. Los primeros se encuentran estrechamente asociados a los guachimontones y en conjunto se han interpretado como espacios públicos y cívico-ceremoniales donde se llevaron a cabo diversas celebraciones en las que participaban los pobladores. Así mismo, las tumbas de tiro, que han sido el sello del occidente mesoamericano, fueron abundantes durante el apogeo de la cultura Teuchitlán. En ellas fueron enterrados personas y familias de mayor estatus.

Dado que en el Centro Interpretativo Guachimontones (CIG, **Figuras 1.7 y 1.8**) contamos con un acervo importante de objetos de cerámica, lítica, hueso y otros materiales, producto de diversas investigaciones, hacemos uso de esta información para generar nuevos conocimientos que respondan a nuestras inquietudes sobre sus antiguos habitantes. Como este sitio tuvo una ocupación humana de casi dos mil años continuos, una de nuestras interrogantes es conocer qué sucedió una vez que sus principales manifestaciones materiales desaparecen del registro arqueológico y se infiere el abandono parcial de sus costumbres. Por la evidencia que manejamos, pensamos que hubo un momento en que su sociedad se integró a otras expresiones culturales de la región.

En este sentido, excavaciones por más de una década, han revelado importantes ocupaciones para las fases El Grillo y Atemajac (como se les han denominado a las etapas históricas siguientes), pero se ha escrito poco sobre ellas. Por ello, es de suma importancia llenar estos vacíos y dar a conocer este asentamiento a través del tiempo, y no solo de las fases Tequila II-IV, que incluyen el surgimiento, apogeo y ocaso de la cultura Teuchitlán (ver Capítulo 3). Queremos saber qué lugares fueron ocupados

por los grupos posteriores y qué tipo de función desempeñaron dentro del sitio (actividades domésticas, productivas, cívico-ceremoniales).

Contenido de la obra

Este catálogo está pensado para aquellas personas que quieren saber más sobre Los Guachimontones, sus habitantes, sus actividades económicas, la vida política y sus creencias. Queremos compartir con todo el público no solo los fascinantes hallazgos en este sitio, sino también algunas de las interpretaciones a las que hemos llegado. El catálogo se compone de siete ensayos cortos con abundante material visual de manera que se conozca la gran riqueza cultural de los antiguos habitantes del sitio arqueológico y sus áreas circunvecinas. Cada sección discute diversos aspectos en relación con los objetos de distintas materias primas (piedra tallada y pulida, metal, barro entre otros). Además de esta introducción, también encontrarán un ensayo final que versa sobre los caminos que ha seguido la investigación arqueológica en torno a la cultura Teuchitlán.

Para leer más:

Englehardt, Joshua D., Verenice Y. Heredia Espinoza y Christopher S. Beekman (editores)
2020 *Ancient West Mexico: Time, Space, and Diversity*. University Press of Florida, Gainesville.

Heredia Espinoza, Verenice Y., Joshua D. Englehardt y Héctor J. Cardona Machado (editores)
2018 *Nuevos enfoques en la arqueología de la región de Tequila*. El Colegio de Michoacán, Zamora.

Weigand, Phil C., Christopher S. Beekman y Rodrigo Esparza (editores)
2008 *Tradición Teuchitlán*. El Colegio de Michoacán, Zamora.

Fase	Periodo	Fechas	Sitios representativos
Atemajac	Posclásico	900 - 1600 n.e.	Bugambilias Arriba, Huistla, Anona, Tiana, Las Cuevas, El Guaje
El Grillo	Clásico tardío/ Epiclásico	450/500 - 900 n.e.	Tabachines, La Higuera, Oconahua
Tequila IV	Clásico temprano	200 - 450/500 n.e.	Tabachines, Llano Grande, Huitzilapa
Tequila III	Formativo tardío/ terminal	100 a.n.e. - 200 n.e.	Tabachines, Huitzilapa
Tequila II	Formativo tardío	300 - 100 a.n.e.	Tabachines
Tequila I	Formativo medio	ca. 1000 - 300 a.n.e.	Cuenca de la Ex-Laguna Magdalena
Magdalena	Formativo temprano	ca. 1500-1000 a.n.e.	Tumba de Magdalena

Tabla 1.1 Secuencia cronológica de la cultura Teuchitlán (Beekman 2020).



Figura 1.1 Mapa de Mesoamérica detallando áreas culturales y algunos sitios importantes (mapa elaborado por Jesús Medina Rodríguez).

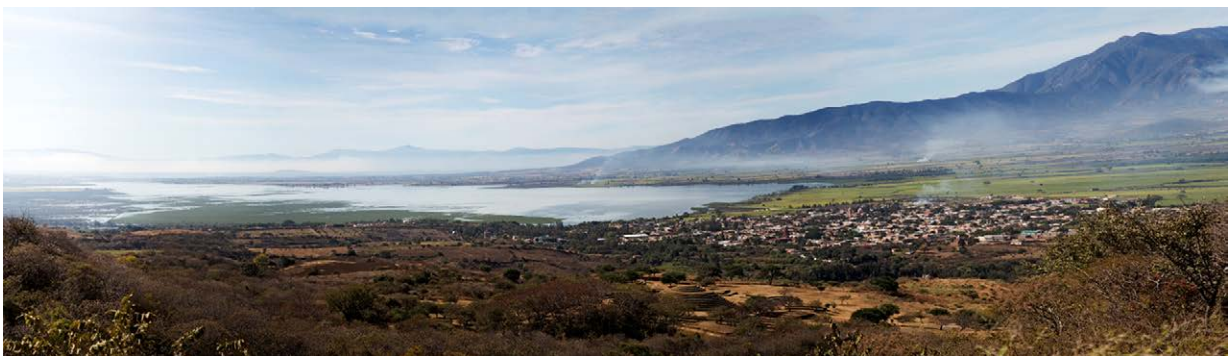


Figura 1.2 Vista panorámica del pueblo de Teuchitlán (a la derecha) y la presa La Vega (centro izquierda). Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 1.3 Vista panorámica del sector Loma Alta con el Volcán de Tequila al fondo. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.

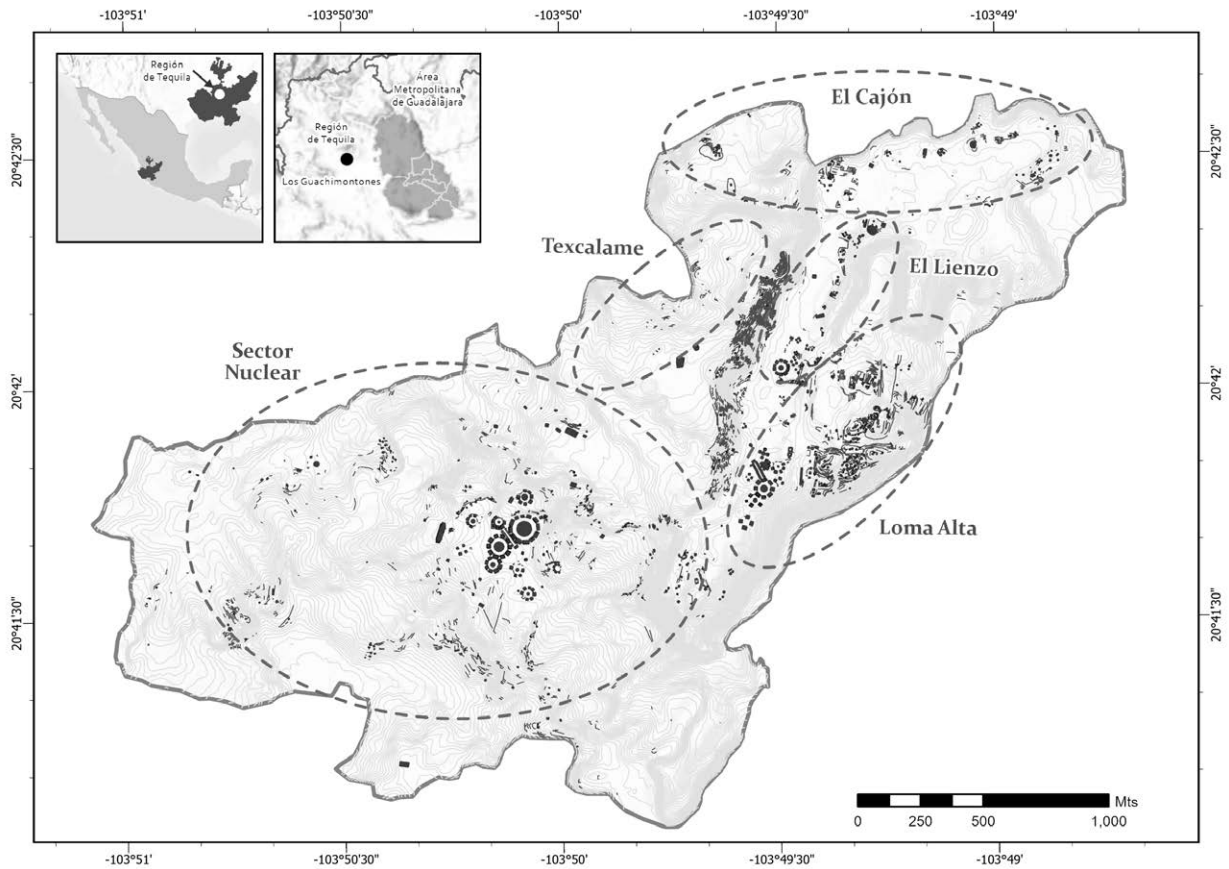


Figura 1.4 Mapa de Los Guachimontones indicando los distintos sectores que lo componen (cartografía Jesús Medina Rodríguez).



Figura 1.5 Extensión de la cultura Teuchitlán en el occidente mesoamericano (naranja claro), detallando la zona nuclear (naranja oscuro), tumbas de tiro (círculos en naranja) y algunos sitios arqueológicos principales en la región (no todos pertenecen a la cultura Teuchitlán - círculos rojos) (mapa elaborado por Martha A. Soto López).



Figura 1.6 Sector Nuclear de Los Guachimontones mostrando el Círculo 2 (izquierda), el Juego de Pelota 1, el Círculo 4 (centro) y el Círculo 1 (derecha). Foto de Matt Gush.



Figura 1.7 Centro Interpretativo Guachimontones “Phil C. Weigand.” Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 1.8 Centro Interpretativo Guachimontones “Phil C. Weigand.” Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.

La arquitectura

David Arturo Muñiz García y Kimberly Sumano Ortega

¿Qué son Los Guachimontones?

El sitio arqueológico de Los Guachimontones está ubicado en el municipio de Teuchitlán en la región Valles, Jalisco. Debe su nombre al tipo de construcciones más representativas de la cultura Teuchitlán, a la que pertenecieron los habitantes de los valles aledaños al volcán de Tequila aproximadamente entre el 800 a.n.e. hasta el 500 n.e. Sin embargo, la mayor parte de la arquitectura del sitio fue erigida entre el 350 a.n.e. y el 200 n.e., durante el período Formativo tardío, que se considera el de apogeo de esta cultura.

Así, un guachimontón se compone de un altar central escalonado que suele ser circular, aunque también puede encontrarse en forma cuadrada; rodeado por un patio elevado delimitado por una banqueta alta con una serie de plataformas que varían en número, desde cuatro hasta 16 (**Figura 2.1**). Se ha sugerido que estas plataformas tenían en la parte superior una estructura construida con bajareque y techo de material vegetal perecedero (esto se ha asumido tanto por la evidencia gráfica que observamos en las maquetas de cerámicas, así como por el hallazgo de fragmentos de bajareque). A estos templos se tenía acceso por escalinatas construidas con piedra o con arcilla. Esta forma circular en la arquitectura pública se ha interpretado como excepcional en el mundo prehispánico, aunque no única, pues hay otras culturas que también tuvieron construcciones similares, como la registrada en Cuicuilco, en el centro de México. No obstante, para que podamos hablar de guachimontones se deben tener en cuenta sus tres elementos compositivos: altar, patio y plataformas, y en este último sitio no los hay (**Figura 2.2**).

El entorno físico en donde se desarrolló la cultura Teuchitlán permite la abundancia y variedad de especies vegetales. Entre las más comunes, está el guaje y por esta razón se ha interpretado que guachimontones significa “lugar de guajes”, nombre que comparten tanto el sitio arqueológico como sus características construcciones circulares.

Las investigaciones arqueológicas han sugerido que había grupos de personas especializadas en la construcción, ya que se han podido distinguir diferentes “manos” o formas de construir en un mismo espacio, algunas de las cuales parecen ser más “profesionales” o expertas que otras. Además, la cuidadosa selección de los materiales empleados denota conocimiento sobre las técnicas y tecnologías constructivas; por ello, estos edificios han logrado llegar hasta nuestros días. La construcción se realizó con materiales disponibles en el entorno, como tierra refinada, mezclada con restos de pastos para unir piedras y formar muros, soportes y plataformas, entre otros. Las rocas son regularmente de origen volcánico y fueron cuidadosamente seleccionadas y trabajadas, para poder obtener superficies uniformes que permitiera superponer ya sean más cuerpos de piedra (como en el caso de las plataformas piramidales), o soportar muros de madera y tierra batida conocido como bajareque. El equilibrio y la estabilidad estuvieron presentes en la mezcla de elementos que dan vida a esta particular arquitectura (**Figura 2.3**).

De la misma manera que hoy en día, existen distintos tipos de construcciones que cumplen diferentes funciones. Para comprender la arquitectura en el sitio se han separado las estructuras por funciones: domésticas, administrativas y de tipo ritual principalmente; aunque también las hay de tipo productivo, como los talleres en donde se trabajaba la obsidiana, o las terrazas en las que sembraban sus alimentos. El Sector Nuclear del sitio ha sido asociado a actividades del tipo cívico-religiosa, pues se han encontrado algunas evidencias de que en el patio —que se encuentra entre el altar y las plataformas— se podían llevar a cabo actividades como danzas comunitarias. Maquetas de cerámica encontradas sugieren estas actividades. Por su posible función ritual, el complejo guachimontón lo podemos encontrar en muchos

lugares ocupados por grupos humanos asociados a esta cultura; desde grandes asentamientos hasta sitios más modestos; diferenciándose por su tamaño y la cantidad de plataformas que los rodean (**Figura 2.4**).

¿Hasta dónde se han encontrado guachimontones?

Este tipo de complejos se concentra principalmente en la región Valles de Jalisco, por lo que se ha considerado una característica de la cultura Teuchitlán. Sin embargo, también se han identificado algunos dispersos en regiones cercanas, como en Colima, el norte de Jalisco (Bolaños), Nayarit e incluso el Bajío; lo que podría interpretarse como espacios que mantuvieron algún tipo de relación con la zona.

Otros sitios destacados por este tipo de arquitectura dentro de los valles centrales son Santa Quiteria, Santa Rosalía, Navajas, entre otros. Pero también hay otros más pequeños que presentan este patrón con algunas variaciones (como el tamaño del altar, del patio o la cantidad de plataformas; véase **Figura 2.5**).

Diversidad de círculos

Los círculos o guachimontones no son elementos aislados, sino que suelen articularse con otras construcciones que, en ocasiones, forman otros círculos que se relacionan formalmente entre sí (ya sea porque comparten alguna plataforma o bien por su cercanía espacial).

Como se mencionó, no todos son de igual tamaño, por lo que se pueden interpretar una variedad de funciones. Para efectos de su investigación, se han clasificado como monumentales, submonumentales y no monumentales. Por ejemplo, entre el Sector Nuclear y Loma Alta, podemos contar un total de 22 círculos, todos ellos con características particulares. Los más conocidos por su tamaño y las investigaciones realizadas en ellos son:

Sector Nuclear

Círculo 1 (Gran Guachi)

Con 125 m de diámetro, entre 15 m y 18 m de altura en la parte central y doce plataformas, es el círculo más grande del recinto y del occidente en general, siendo definitivamente monumental. A pesar de ello, es uno de los que menos información ha podido aportar, ya que se encuentra muy destruido por el saqueo, y esto impide que los arqueólogos puedan obtener datos para reconstruir la historia y función de la estructura (**Figura 2.6**).

Círculo 2 (La Iguana)

Tiene en su totalidad 115 m, contando su altar con 38.5 m de diámetro y 10 m de altura, además de patio y sus 10 plataformas. Debió construirse en un periodo aproximado de 150 años. Una característica particular de este círculo es que tres de sus plataformas se comparten con el Juego de Pelota 1, y una más se relaciona con el Círculo 3, formándose así un tipo de engranaje entre estructuras que pueden reflejar que las actividades que se llevaban a cabo en estos espacios estuvieron vinculadas. Ello también nos permite inferir una forma de organización social compleja (**Figura 2.7**).

Círculo 3 (El Azquelito)

El altar de este círculo mide menos de 3 m de altura, teniendo menor proporción que los dos anteriores. Cuenta con ocho plataformas, una de ellas compartida con el Círculo 2, la cual es de mayor tamaño respecto a sus otras siete (esto es poco común, pues generalmente guardan proporciones simétricas) (**Figura 2.8**).

Círculo 6

Bastante modesto en tamaño, con solo ocho plataformas, con un altar central destruido que actualmente tiene 12.5m de diámetro y 1.40 m de altura, y con un total de 55 m de diámetro. Resultó ser un espacio

que ha ofrecido mucho potencial para saber sobre los antiguos habitantes del lugar, pues en él había un importante número de entierros funerarios. Estos fueron recuperados para analizar e interpretar aspectos vinculados con las costumbres mortuorias, las relaciones de parentesco y cómo vinculaban la vida y la muerte. Otro rasgo de este círculo es su cercanía con las zonas habitacionales de La Joyita A y B, ubicación clave para la interpretación de los entierros localizados ahí. Los investigadores del lugar aún trabajan con las evidencias arqueológicas recuperadas de estos —así como con otras relacionadas— para conocer más y mejor sobre los antiguos habitantes de la zona. Por todo lo anterior, este círculo es único en su tipo.

Loma Alta

En el sector Loma Alta se encuentran diez círculos más, también con características singulares. Investigaciones recientes apuntan a que este y el Sector Nuclear pertenecen a un mismo complejo, no siendo dos lugares distintos (**Figura 2.9**); aunque sus rasgos arquitectónicos tienden a diferenciarse. Esta área ha tenido menos atención por parte de los investigadores de la región y, por tanto, menos trabajos. La arquitectura más sobresaliente en Loma Alta se compone de:

Círculo 12 (Círculo A)

Cuenta con un altar central de 25 m de diámetro por 3.9 m de altura. La cantidad de plataformas que lo conforma es de ocho.

Círculo 13 (Círculo B)

Con ocho plataformas que lo circundan, presenta un altar central de 20 m de diámetro, con lo que aparece como un poco más pequeño que el anterior, que está ubicado al sur de este. Además, colinda de manera directa con el juego de pelota de este sector.

Círculo 15 (Círculo C)

Más pequeño que los anteriores, con solo 10 m en el diámetro de su altar central, con las mismas ocho plataformas. Su característica distintiva es que posee un patio de dimensiones considerables, en parte, gracias al espacio que deja un altar pequeño en comparación con los otros. Debido a ello se puede sugerir que en este círculo era más importante un patio que permitiera más capacidad (**Figura 2.10**).

Es importante destacar que hay casos en donde la relación formal entre las estructuras se denota vinculada con un elemento arquitectónico típico de Mesoamérica, el juego de pelota.

Juegos de pelota

En general, se consideran espacios para desarrollar prácticas asociadas a la cosmovisión prehispánica (véase capítulo ocho de este catálogo), por lo que generalmente se encuentran en las áreas cívico-ceremoniales. Sus tamaños son variados, y eso ha sido motivo de interpretación sobre para qué eran utilizados y cómo se definieron diferencias entre ellos.

Para el caso de Los Guachimontones, se han identificado por lo menos tres canchas de juego de pelota, todas en forma de “I” cerrada y asociadas a los espacios con círculos. Ello no implica que hayan sido lugares públicos, como podría ser la cancha del sector Loma Alta.

Una de las canchas que se encuentra en el Sector Nuclear del sitio se ha considerado como una de las más grandes de toda Mesoamérica para su época. Cuenta con cerca de 2,200 m², solo superado por la de Chichén Itzá, en Yucatán, construida siglos más tarde. La primera tiene como característica compartir uno de sus cabezales con un círculo que cumple la función de plataforma.

El Juego de Pelota 2 también es considerablemente grande, con 88 m de largo y se encuentra en la zona oeste de este mismo sector.

Hay un tercer juego de pelota, en el sector Loma Alta, similar al Juego de Pelota 1 del Sector Nuclear; aunque es mucho más pequeño. Se encuentra adosado a un círculo (12). Las dimensiones con que cuenta son de 80 m de largo por 20 m de ancho, y en este sentido es más parecido al Juego de Pelota 2.

En la región, los juegos de pelota también son muy conocidos por su representación en cerámica. Con ello se ha podido inferir que se practicaba como una de las variantes mesoamericanas del juego, en donde la pelota se golpeaba con la cadera y las piernas (**Figura 2.11**).

Ahora, es importante hacer notar que no toda la arquitectura presente es religiosa, civil o administrativa, pues también hay presencia de estructuras domésticas.

Unidades Habitacionales

Son los espacios identificados como lugares de vivienda y, en muchas ocasiones, también con áreas dedicadas a actividades productivas como talleres de cerámica, obsidiana o incluso zonas de preparación de alimentos. Una característica general de estos lugares es que solían estar ocupados por personas con relación de parentesco (familias).

Generalmente, se dividen en dos tipos: de élite y de la gente común. Sus características son las mismas en términos compositivos generales, aunque difieren por el lugar en el que fueron emplazadas para su disposición en la totalidad de los sitios, así como en la inversión de trabajo en su construcción. Normalmente las unidades de élite están más cerca de las zonas cívico-administrativas de los grandes sitios, mientras que las de la no élite se localizan en lugares más alejados. También podemos diferenciarlas por el tamaño de los asentamientos, en donde las poblaciones más pequeñas dan menos cuenta de esta división jerárquica de las sociedades.

Hasta ahora, podemos hablar con seguridad de que en nuestro periodo de estudio hubo varias áreas habitacionales en el Sector Nuclear, entre las que destacan las denominadas La Joyita A y La Joyita B, mientras que en el sector Loma Alta podemos contar otras tantas. En ambos casos, algunas estaban directamente asociadas a los círculos y otras más separadas (**Figura 2.12**). Igualmente se ubican una gran cantidad de unidades habitacionales a lo largo de todo el sitio.

Se han identificado dos tipos principales de zonas habitacionales a partir de su forma. El primero corresponde a los llamados “cuatririformes” (o grupos de patio), que son espacios enmarcados por cuatro plataformas de una altura promedio de 1.5 m, encima de los cuales debieron existir construcciones de materiales perecederos que convergen a un patio central, lugar en el que pudieron haberse realizado actividades comunales cotidianas, como la elaboración de cerámica, parte de la preparación de alimentos (como limpiar los granos) o los juegos de los niños de las familias que ahí habitaron. En ocasiones, el patio también cuenta con un altar central (como la Gran Plaza del Sector Nuclear).

Este tipo está generalmente asociado a los diferentes círculos, por lo que se infiere que sus habitantes pudieron ser los encargados de diferentes rituales que se realizaban en ellos. Un segundo tipo corresponde a grandes plataformas divididas en su interior por muros, a manera de habitaciones. Por la cercanía entre cuartos y la notoria continuidad constructiva se piensa que fueron habitados por personas emparentadas.

Las áreas habitacionales suelen definirse por elementos como fogones para la preparación de los alimentos, cerámica de uso cotidiano que suele no tener decoración, y algunos otros como metates con sus manos, basureros, quizá algún horno, las mismas habitaciones y los entierros, que seguramente son de las personas que habitaron allí.

Las excavaciones que han realizado los arqueólogos sugieren que los materiales constructivos eran muy similares en todas las zonas habitacionales y varían un poco en la calidad de la manufactura para la élite.

Los materiales y las técnicas

Los elementos para hacer las construcciones son de igual acceso para toda la población, manteniendo formas como cuadrados, elipses o rectángulos para sus plantas. Durante el proceso de elaboración de las viviendas debieron haber participado tanto especialistas como población en general, lo cual nos refiere un sistema complejo de organización reflejado en la arquitectura. Esto se ha logrado identificar gracias a que en un mismo momento constructivo son notorios, al menos, dos tipos de mano de obra, uno más burdo y otro mejor logrado, lo cual denota más conocimiento del arte de construir y, si bien todavía no es posible conocer si era producto de alguna especie de tributo o trabajo colectivo, sí nos habla de cómo nos podemos acercar a la organización social desde la arquitectura (**Figura 2.13**).

Los constructores usaron cuando menos dos técnicas generales de construcción. La primera es la mampostería, que consiste en unir piedras de diversos tamaños (ya sea trabajadas o solo seleccionadas por su forma) y unir las con una mezcla de diversas tierras, agua y pastos (llamado cementante), esto permite formar “firmes” o soportes muy sólidos; usados principalmente en construcciones masivas como las plataformas piramidales, aunque también se puede encontrar mampostería en muros de habitaciones de élite y otras edificaciones públicas como los juegos de pelota.

La segunda técnica, en realidad se compone de varias formas de construir que pueden englobarse en la llamada arquitectura de tierra. La más común es el bajareque, que consiste en colocar maderas delgadas y unidas con fibras vegetales en hileras que descansan sobre un soporte (muchas veces de piedra o solo pozos en el suelo). Esta se recubría con la mezcla de tierra, agua y pastos y posteriormente se sometía al fuego, permitiendo que conservara un buen clima al interior y evitara la entrada de agua (en ocasiones se podía cubrir con capas más finas). En los trabajos arqueológicos se han podido recuperar fragmentos de esta tierra, incluso algunos conservan la huella de la madera que cubrieron.

El pisé o encajonado, también era de tierra, agua y materiales orgánicos bien revueltos, pero requería un gran molde que probablemente era de madera para poder hacer los muros y banquetas. Es el mismo principio del adobe, solo que este último podía ser seccionado en pequeños bloques para usarse como muros.

Sabemos, además, que algunos lugares tenían acondicionamientos de tierra compactada, como es el caso de los patios que conforman los guachimontones, las plazas, así como también otros patios en las zonas habitacionales (**Figura 2.14**).

Las distintas técnicas de construcción se podían usar combinadas. Las excavaciones arqueológicas han mostrado que en pocas ocasiones se usaba una sola forma de construir en un mismo espacio.

La evidencia de esta arquitectura nos da clara muestra de que quienes vivieron en esta región fueron grandes constructores, con ingenio y poseedores de un sistema sofisticado para vivir su medio; integrándolo a su vida diaria (**Figura 2.15**). Ellos, además, tuvieron un profundo respeto por estos edificios, el medio que les ofrecía los recursos para hacerlos, y el acto mismo de construir en ese espacio, hecho que se refleja en las ofrendas y el trabajo de sus habitantes.

Las ofrendas

Las ofrendas se colocaban al interior de las construcciones. Muchas de estas eran más simples de lo que ahora imaginamos; estaban conformadas por fogones grandes en donde quemaban maíz, platos, metates y navajas de obsidiana, incluso algunos restos óseos en fragmentos o completos. Todos estos elementos, muy relacionados con el ir y venir de la vida cotidiana, podrían simular un acto como el de alimentar a la tierra, a los espíritus o a los ancestros, como se alimenta al humano mismo. Replicaban las actividades necesarias como la obtención del alimento (navajas de obsidiana), su procesamiento (quema del maíz, metates) y su consumo (platos).

Habitantes y constructores

Habitar un espacio no es solo transitar temporalmente por él, es apropiarse del entorno y generar una expresión material que denota lo que era esa sociedad y qué es lo que pensaba. Las personas en Los Guachimontones hicieron múltiples construcciones, desde terrazas para sembrar y alimentar a su gente, edificaciones en espacios ceremoniales en donde vivían su religiosidad, zonas administrativas en las que se manifestaba la organización social y económica; pero sobre todo, construyeron sus hogares, formaron buena parte de su vida en torno a las casas en donde, probablemente, el día a día no debió de ser muy distinto al que tienen los actuales habitantes de estos valles adyacentes al volcán de Tequila (**Figura 2.16**).

Para leer mas:

Beekman, Christopher S.

- 2008 Corporate Power Strategies in the Late Formative to Early Classic Tequila Valleys of Central Jalisco. *Latin American Antiquity* 19(4):414-434.
- 2010 Recent Research in Western Mexican Archaeology. *Journal of Archaeological Research* 18:41-109.

DeLuca, Anthony J.

- 2019 Dual Labor Organization Models for the Construction of Monumental Architecture in a Corporate Society. En *Architectural Energetics in Archaeology: Analytical Expansions and Global Explorations*, editado por Leah McCurdy y Elliot M. Abrams, pp. 182-204. Routledge, Nueva York.

Heredia Espinoza, Verenice Y.

- 2011 Patrones de asentamiento y división regional de trabajo al norte del Volcán de Tequila, Jalisco. En *Patrones de asentamiento y actividades de subsistencia en el occidente de México: Reconocimiento a la Dra. Helen Pollard*, editado por Phil C. Weigand y Eduardo Williams, pp. 121-140. El Colegio de Michoacán, Zamora.

López Mestas, Lorenza y Marisol Montejano Esquivias

- 2003 Investigaciones arqueológicas en La Higuierita, Tala. *Revista del Seminario de Historia Mexicana* IV:11-34.

Weigand, Phil C.

- 1992 *Origen y desarrollo de la civilización en el occidente de México: Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm*. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- 1996 La evolución y ocaso de un núcleo de civilización: La tradición Teuchitlán y la arqueología de Jalisco. En *Las cuencas del occidente de México: Época prehispánica*, editado por Eduardo Williams y Phil C. Weigand, pp. 185-246. El Colegio de Michoacán, Zamora.

Weigand, Phil C. y Rodrigo Esparza

- 2012 *Guía del sitio arqueológico Guachimontones, Teuchitlán, Jalisco*. Secretaría de Cultura de Jalisco-Centro Interpretativo Guachimontones, Guadalajara.

Weigand, Phil C., Christopher S. Beekman y Rodrigo Esparza (editores)

- 2008 *Tradición Teuchitlán*. El Colegio de Michoacán y Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, Zamora.



Figura 2.1 Panorámica del conjunto arquitectónico La Iguana, visto desde el conjunto El Gran Guachi. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.2 Un guachimontón en el sector Loma Alta. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.3 El sistema constructivo del Juego de Pelota 1. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.4 Diferentes tipos de guachimontones. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.

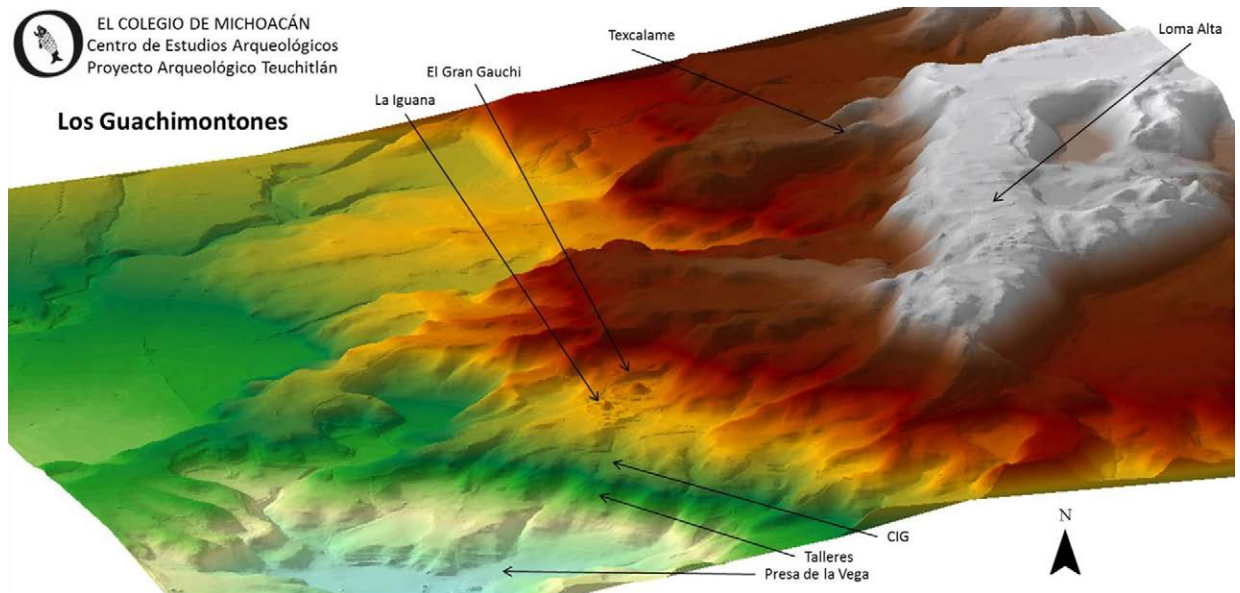


Figura 2.5 Mapa 3D de Los Guachimontones.



Figura 2.6 El Gran Guachi. Foto de Joshua D. Englehardt.



Figura 2.7 El guachimontón conocido como La Iguana, visto desde Juego de Pelota 1. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.8 Círculo 3 en Los Guachimontones, visto desde La Iguana. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.9 Una plataforma construida en el sector Loma Alta. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.10 Vista panorámica del sector Loma Alta, con un guachimontón en el centro y un juego de pelota a la izquierda. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.11 Juego de Pelota 1. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.12 Sector Nuclear del sitio. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.13 Panorámica del medio alrededor de Los Guachimontones, con el Volcán de Tequila al fondo. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.14 Plataforma construida en zona habitacional del Sector Nuclear. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.15 Panorámica del paisaje alrededor de Los Guachimontones. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.



Figura 2.16 Panorámica del sitio de Los Guachimontones, la presa La Vega, el pueblo de Teuchitlán y la Sierra Ameca, vistos desde el sector Loma Alta. Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray.

Un asentamiento con una larga ocupación

Verenice Y. Heredia Espinoza

Los sitios arqueológicos que han sido excavados, restaurados y que visitamos parecieran estáticos en el tiempo. A menudo pensamos que así, tal cual los observamos y admiramos hoy en día, estuvieron en el pasado. Sin embargo, estos fueron lugares vibrantes que durante su larga ocupación se habitaron por gente que realizaba diversas actividades, así como lo hacemos en el presente. Estas actividades dejaron huella como restos de arquitectura, cimientos de casas y templos, terrazas o juegos de pelota y artefactos como tiestos o tepalcates, objetos de lítica (piedra), y algunas veces, piezas de adorno personal. En ciertos casos, se pueden identificar en superficie zonas bien definidas, donde se realizaron trabajos especializados, por ejemplo, alfarería o talla de piedra. Otros espacios fueron reservados para eventos rituales y otros tantos para enterrar a los difuntos. Por medio de estos restos, que hoy parecen estáticos, los arqueólogos reconstruimos las actividades y conductas humanas del pasado.

Imaginemos que en un lugar como Los Guachimontones (**Figura 3.1**) vivieron diversos grupos humanos por casi dos mil años y que la evidencia de sus actividades se puede observar en la superficie a través de los restos materiales. Podemos conocer los cambios en el número de pobladores para definir si en algunos siglos fue densamente poblado y en otros se redujo considerablemente. También, qué tan extenso fue, si disminuyó su tamaño durante algunos periodos o se incrementó en otros. Esto lo podemos saber para entender mejor la historia de su ocupación. Sin embargo, pocas veces nos preguntamos sobre el crecimiento, reducción o renacimiento de un lugar porque lo que vemos hoy pareciera haber sido construido espontáneamente; en un corto tiempo. Lo que observamos es análogo a una fotografía, la cual capta un momento en particular, pero esta solo nos da una visión parcial y fragmentada. Tal y como pasa en la actualidad, los pueblos, aldeas o ciudades, crecen o bien se abandonan por múltiples razones, y en el pasado también ocurrían estos cambios. La gente reutilizaba los mismos espacios por cientos de años, los modificaba, los destruía y volvía a construir sobre otros. En otras palabras, los sitios son palimpsestos y, con los datos que buscamos (y encontramos), los arqueólogos reconstruimos el pasado.

En esta sección hablaré de la historia diacrónica (a través del tiempo) del sitio, sus distintas ocupaciones y su relación con los valles de Tequila. Mi fuente principal de información es el recorrido y mapeo de la zona y la complementación con las excavaciones realizadas por Phil C. Weigand (1999-2010) y Rodrigo Esparza (2006-2010). También, desde el 2013 se han realizado análisis más puntuales de la cerámica con la intención de desarrollar una secuencia temporal que nos permita conocer los cambios en las formas y estilos que, al conjuntarlo con las fechas de radiocarbono existentes, también permita precisar sobre el inicio, el apogeo, el ocaso y la renovación de este gran asentamiento.

El inicio

De acuerdo con las excavaciones, la evidencia más temprana de actividad se remite a aproximadamente 2,500 años antes de nuestra era. Las estructuras más antiguas registradas hasta el momento son residencias de considerable tamaño ocupadas por un grupo de alto estatus en La Joyita (**Figura 3.2**), la cual data de alrededor de 350 años a.n.e. Podemos imaginarnos una pequeña aldea habitada por pocas personas. Sin embargo, un proyecto reciente al norte del sitio muestra que hubo pequeños caseríos contemporáneos a La Joyita. Estos representan una población de apenas unas decenas de habitantes. Aún no se ha detectado arquitectura pública como plazas u otros guachimontones. Sin embargo, hacia el año 350 antes de nuestra era, se incrementa significativamente el número de pobladores, el tamaño

del asentamiento, las actividades constructivas y en general, denotando un gran salto en la evolución cultural.

El apogeo

Durante las fases Tequila II-IV (350 a.n.e. hasta 450/500 a.n.e.) se construyeron en Los Guachimontones todos los conjuntos circulares conocidos, juegos de pelota, cientos de estructuras residenciales, plazas, patios, miles de terrazas, entre otros elementos arquitectónicos. Hasta el momento, se han ubicado evidencias arqueológicas en 3.76 km² del asentamiento (**Figura 3.2**). Se estima un número de pobladores mínimo de aproximadamente 3,000 personas. El análisis de la cerámica, las figurillas y las fechas de radiocarbono disponibles nos dan una idea de cómo se fue construyendo paulatinamente el sitio.

La Joyita siguió estando ocupada y utilizada durante estos ocho siglos. La construcción del Círculo 6 (**Figura 3.3**) comenzó alrededor de 160 a.n.e. y continuó siendo utilizado hasta 450 n.e.. Las fechas de radiocarbono indican que alrededor de esas mismas fechas se comenzaron los trabajos para edificar el Círculo 1 (**Figura 3.3**), el más grande de los valles de Tequila. Ambos círculos fueron utilizados hasta el final de las fases Tequila II-IV. No obstante, hay evidencia de que los Círculos 7 y 5 son de los más antiguos, al igual que la Gran Plaza, el Juego de Pelota 1 y parte de La Joyita. Poco después, alrededor del 25 a.n.e. y hasta el 200 n.e. se construyeron los Círculos 2 y 3. Asimismo, hay evidencia de que los Círculos 5, 8 y 10 fueron utilizados durante esta época. En el sector Loma Alta (**Figura 3.1**), los primeros edificios en construirse fue un grupo residencial extenso conocido como Patio IV y el Círculo 13 (**Figura 3.4**). Después del 200 n.e. hay poca evidencia de actividad constructiva.

Así, el sitio se extendió por 376 hectáreas entre el 350 a.n.e y el 450 n.e. La arquitectura por excelencia de este periodo son los ya muy conocidos guachimontones; de los cuales se construyeron -que sepamos- unos 26, esparcidos por todas las lomas y cerros (**Figura 3.2**). La mayoría de ellos tienen ocho plataformas, pero otros sobresalen por tener 10 o 12.

Estos son de múltiples tamaños, algunos están asociados a juegos de pelota y otros se encuentran entre terrazas y estructuras de uso residencial. Sus funciones siguen siendo un tema de gran interés en las investigaciones arqueológicas. Los análisis de materiales cerámicos y arquitectónicos apuntan hacia una diversidad de usos; y no todos fungieron como espacios religiosos. Las interpretaciones derivadas del análisis espacial indican que fueron lugares de vinculación entre la población y sus dirigentes. Por la abundancia de estos, interpretamos que hubo una buena comunicación y relación recíproca entre los líderes y la gente.

También hemos registrado cientos de estructuras de uso residencial. Hay grupos informales y otros formales alrededor de patios, siendo el mayor de ellos el conocido como Patio IV (**Figura 3.4**). Las excavaciones en un grupo de patio más modesto en el sector Loma Alta, en el año 2022, muestra que los habitantes utilizaron sus estructuras para diversas actividades, algunas relacionadas con la producción de objetos de obsidiana; así que no todas las estructuras se emplearon para dormir, porque algunas de ellas son muy pequeñas. En el patio se encontró una abertura con restos de cerámica y tierra quemada, que hemos interpretado como indicador de algún ritual doméstico o lugar dedicatorio para su fundación.

También se construyeron cuatro juegos de pelota, dos en el Sector Nuclear, uno en Loma Alta y otro más en la parte norte conocida como El Cajón (**Figura 3.1**). Estos tuvieron múltiples funciones como lugares para funciones comunitarias y quizá también como espacios de solución de conflicto y competencia. Su distribución en los valles de Tequila fue amplia, siendo parte integral de las distintas comunidades con funciones administrativas. Con frecuencia los juegos de pelota se encuentran asociados a guachimontones, por lo que las actividades realizadas pudieron estar ligadas a estrategias y eventos de integración social. Con todo, estos pudieron haber cumplido otras funciones. La distribución de juegos de pelota al norte del volcán de Tequila, en los límites del núcleo de la cultura Teuchitlán, sugiere igualmente una especie de frontera o límite de una cultura o de un grupo de personas con una misma identidad.

Por otra parte, hemos registrado miles de terrazas (**Figura 3.1**). Por su tamaño, la mayoría fueron utilizadas para el cultivo mientras que las más amplias pudieron ser de uso residencial. Asociando los materiales en superficie y los tipos de arquitectura, pensamos que fueron utilizadas principalmente durante las fases Tequila II-IV y en la fase posterior.

Otros elementos en el paisaje que parecen estar íntimamente ligados a la arquitectura ceremonial, son los espacios abiertos (no construidos), que se dejaron intencionalmente para hacer reuniones comunitarias o realizar actividades económicas de diversa índole. Algunos están bien definidos con muros que sugieren un nivel más alto de formalidad, a estos les llamamos plazas. Éstos últimos, generalmente se encuentran asociados a guachimontones.

Nuestras interpretaciones nos llevan a proponer que la mayor parte de la arquitectura cívico-ceremonial en Los Guachimontones se edificó entre el 350 a.n.e. y el 200 n.e.. Después de ello, se muestra una disminución en la construcción de espacios cívico-ceremoniales, quizá anunciando un cambio significativo en la política, economía y religión que tuvo repercusiones a nivel regional y local. Estos cambios alrededor del 450 n.e. se evidencian por una cultura material totalmente distinta, una disminución en la población y, como consecuencia, una menor inversión en nuevas construcciones.

El ocaso

Alrededor de 1500 n.e., al comienzo de la fase El Grillo, se dieron cambios drásticos en la región de los valles de Tequila, y la ocupación en el sitio se redujo significativamente en tamaño (**Figura 3.5**). Nuestros recorridos intensivos han revelado que la mayor parte del sitio fue abandonado. Las razones de este abandono aún no son claras, pero es evidente que algunos lugares dentro de la región tuvieron un crecimiento significativo a expensas de otros. Por la evidencia material conocida, se ha propuesto que hubo incursiones de grupos humanos de otros lugares. Ahora bien, lo que sucedió con sus habitantes, ya sea que la misma población transformó sus instituciones, si fueron incorporados al nuevo sistema político, o si fueron conquistados siguen siendo incógnitas que poco a poco se van esclareciendo con las investigaciones. Pero, lo que sabemos hasta el momento lo contamos a continuación.

Hemos detectado múltiples lugares con evidencia de ocupación durante la fase El Grillo en Los Guachimontones (**Figura 3.5**). Los artefactos más abundantes de este período son copas y ollas, las cuales se han asociado a rituales para compartir bebidas (algunas veces embriagantes) en otras partes de Mesoamérica, principalmente en el Bajío (Capítulo 5, **Figuras 5.32-5.35**). También encontramos arquitectura típica de otras regiones mesoamericanas. Por ejemplo, en Loma Alta, se construyeron dos patios hundidos o cerrados y otras estructuras con materiales asociados (**Figura 3.5**); estos están adyacentes a guachimontones, y entre algunas estructuras residenciales, pero no sobre éstos. En otro sector, se encontró una estructura de pequeñas dimensiones en forma de “U”, típicas de esta época. Finalmente, encontramos otros dos lugares que fueron utilizados durante esta fase: una es la zona de terrazas al sur y la otra se encontró al oeste del sitio. Tanto en los recorridos al norte y oeste del volcán de Tequila como en el sitio, hemos notado que, aunque es evidente la diferencia entre la cultura material y la arquitectura de la fase El Grillo (y la de las fases anteriores), la gente ocupó espacios nuevos, o bien adyacentes a la arquitectura anterior, sin hacer modificaciones significativas.

Las excavaciones muestran que todos los círculos del Sector Nuclear (**Figura 3.1**) tienen cerámica de esta fase, aunque en una cantidad mucho menor que la anterior. Es decir, los círculos tienen evidencia de algún tipo de actividad que realizaron las personas que vivieron entre el 450 y el 900 n.e. En Loma Alta hay una mayor cantidad de artefactos de esta temporalidad, indicando que este sector y otros al norte fueron más densamente utilizados durante la fase El Grillo.

En resumen, la ocupación en Los Guachimontones se reduce significativamente, aunque el sitio no se abandona por completo. A través de los materiales en superficie, creemos que la gente se instaló en varios caseríos aislados y rancherías dispersas. Estos mismos cambios se pueden observar a nivel

regional, donde la población se fragmentó en pequeñas comunidades y se construyeron centros cívico-ceremoniales en lugares que no habían sido previamente utilizados. Este patrón en el asentamiento cambió en el último periodo prehispánico, que a continuación describo, en el cual podemos ver una reocupación significativa.

La renovación

El periodo justo antes de la llegada de los europeos al nuevo mundo se conoce para Mesoamérica como el Posclásico; en los valles centrales abarca desde el 900 hasta el 1600 n.e., dándose un crecimiento significativo en el sitio (**Figura 3.6**). La mayoría de la arquitectura se compone de estructuras domésticas que se construyeron en espacios vacíos y también sobre edificaciones anteriores. El periodo Posclásico se caracteriza por una arquitectura cívico-ceremonial modesta; los recorridos en los valles alrededor del volcán lo documentan también.

Generalmente, se encuentran áreas extensas de residencias, terrazas, estructuras pequeñas o montículos, pero es difícil encontrar áreas cívico-ceremoniales semejantes a la arquitectura circular o guachimontones. En asentamientos grandes del Posclásico, en otras partes de los valles de Tequila, se han hallado varios lugares que fueron utilizados para fines cívicos y/o ceremoniales, lo que indica una forma de organización que contrasta con los periodos anteriores.

Aunque la ocupación en el Sector Nuclear fue de unas 360 hectáreas para este periodo, por la cantidad de material en superficie y el número de estructuras asociadas a materiales posclásicos, concluimos que la ocupación fue extensa pero ligera. Por ejemplo, hay poca evidencia de modificaciones significativas en la arquitectura de periodos previos, aunque sí hay pruebas de sobreposición o de estructuras construidas sobre otras anteriores. Las excavaciones realizadas entre 1999 y 2010 revelan que en casi todos los contextos excavados hay evidencia de ocupación posclásica. Las construcciones más típicas de este periodo son estructuras y terrazas (**Figura 3.7**). En general, la parte sur del sitio fue la más densamente ocupada; ya que detectamos una mayor frecuencia de artefactos y arquitectura de este periodo. La mayor parte de las construcciones se encontraron en laderas bajas y piedemonte, mientras que algunas están en pequeñas lomas. Por ello pensamos que los habitantes hicieron uso de la topografía y de la roca madre para construir pequeñas plazas o patios. A diferencia de otros periodos, no hay evidencia contundente de arquitectura administrativa o cívico-ceremonial y, aunque los tamaños de la arquitectura doméstica difieren, los espacios públicos no son evidentes.

En nuestro recorrido hemos hallado espacios de producción de objetos líticos en obsidiana, asociados a terrazas residenciales dentro del sitio. También registramos una plataforma de grandes dimensiones con gran cantidad de desechos de talla (**Figura 3.8**). Para este lugar, se han identificado otros tres espacios que fueron utilizados en este mismo periodo; por lo que inferimos que dentro de los límites de Los Guachimontones hay múltiples zonas de producción de artefactos en obsidiana. Según estudios anteriores en estos lugares de producción, se piensa que, por lo menos, uno fue utilizado durante las fases Tequila II-IV (esto por las características de los artefactos líticos que se produjeron). Sin embargo, la gran cantidad de material posclásico en superficie sugiere que estos también fueron utilizados, quizá con más intensidad, durante este periodo de renovación. Futuras investigaciones nos darán más pistas sobre este tema de gran importancia, dada la gran cantidad de yacimientos y minas en los alrededores del volcán de Tequila y que, sin duda, jugaron un papel importante en tiempos prehispánicos, tanto para la economía doméstica como para la economía regional.

El periodo Posclásico sigue siendo uno de los menos conocidos y estudiados en esta zona, pero no cabe duda de que fue importante, aun cuando los vestigios no son tan impresionantes en el sentido arquitectónico en Los Guachimontones.

A mediados del siglo XVI, habiendo iniciado el período de conquista europea, se muestra en La Pintura del Nuevo Reino de Galicia (ca. 1550 n.e.) un poblado con el nombre de Tepeticha o Tepetichan cuya

localización relativa coincide con el actual Teuchitlán. Es probable que este sea el sitio posclásico, aunque su importancia a nivel regional fue menor, dado que no cuenta con menciones significativas en documentos tempranos. Además, los pueblos que los españoles registraron en esta pintura parecen estar representados según su importancia: Etzatlán, se muestra con una iglesia o parroquia principal, lo que coincide con las repetidas menciones de que fue capital de una provincia llamada Yzatlán, y Ahualulco está dibujado con una cruz sobre una casita que representa el pueblo. Pero, Tepetichan (interpretado como Teuchitlán), carece de iglesia y solo se identifica por una casita. A través de estos datos podemos interpretar el nivel de importancia de los centros poblados que se fueron configurando durante la conquista. Cabe mencionar que en los recorridos hemos registrado extensas ocupaciones en los cerros circundantes a los pueblos importantes como Magdalena (Xochitepec) y Etzatlán. Esto parece ser el mismo patrón de Teuchitlán, donde los sitios arqueológicos se hallan en los cerros y montañas alrededor de los pueblos modernos.

Conclusiones

En resumen, los asentamientos en Los Guachimontones tuvieron inicios modestos, comenzando con apenas unas pocas unidades habitacionales, aunque algunas de importancia como La Joyita. Después hubo un auge en todos los sentidos y se establece la cultura Teuchitlán; cuando inicia el momento de gran esplendor en el sitio. No sabemos a ciencia cierta si en algún momento esta sociedad tuvo control de todos los valles alrededor del volcán y más allá. Luego, hubo un descenso en la población y en la ocupación en general, la cual también tiene su réplica en los valles de Tequila, pues también se dieron cambios significativos a nivel regional. Aunque no tuvo un abandono total, durante la fase El Grillo, el sitio se redujo significativamente. El proceso que llevó a los antiguos habitantes de Los Guachimontones a movilizarse, disminuyendo así la cantidad de población e importancia regional, se debió posiblemente a fuertes sequías. Esto resultaría en la nucleación de nuevos lugares, donde se evidencian también nuevos centros de poder. Finalmente, ya para el período antes de la llegada de los españoles, presencia un renacimiento. El sitio crece, se construyen viviendas y se establecen espacios para actividades artesanales como la talla de obsidiana. El fin de Los Guachimontones como sitio prehispánico termina a la llegada de los españoles; sin embargo, su trascendencia es atestiguada por 2000 años de ocupación.

Para leer más:

Beekman, Christopher S.

2020 The Early Segment of the Chronological Sequence at Los Guachimontones. In *Ancient West Mexicos: Time, Space, and Diversity*, edited by Joshua D. Englehardt, Verence Y. Heredia Espinoza y Christopher S. Beekman, pp. 62-102. University Press of Florida, Gainesville.

Beekman, Christopher S. y Verence Y. Heredia Espinoza

2024 Population Estimates, Houses, and Household Networks in the Late Formative to Classic Period Tequila Valleys, Jalisco. *Americae* 9:21-48.

Beekman, Christopher S. y Phil C. Weigand

2008 Conclusiones, cronología y un intento de síntesis. En *Tradición Teuchitlán*, editado por Phil. C. Weigand, Christopher Beekman y Rodrigo Esparza, pp. 303-337. El Colegio de Michoacán y Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, Zamora.

Englehardt, Joshua D., Verence Y. Heredia Espinoza y Christopher S. Beekman (editores)

2020 *Ancient West Mexicos: Time, Space, and Diversity*. University Press of Florida, Gainesville.

Heredia Espinoza, Verenice Y.

- 2021 The Built Environment and the Development of Intermediate Socio-Spatial Units at Los Guachimontones, Jalisco, Mexico. *Latin American Antiquity* 32(2): 385-404.

Heredia Espinoza, Verenice Y. y Gabriela García Ayala

- 2022 *Proyecto arqueológico Teuchitlán*. Informe final del Plan de Trabajo de Laboratorio 2018: Contabilización de los materiales recuperados entre 1999 a 2010. Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 2013 *Proyecto arqueológico Teuchitlán*. Reporte de laboratorio y mapeo. Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Heredia Espinoza, Verenice Y., Joshua D. Englehardt y Héctor J. Cardona Machado (editores)

- 2018 *Nuevos enfoques en la arqueología de la región de Tequila*. El Colegio de Michoacán, Zamora.

Herrejón Villicaña, Jorge

- 2008 *Unidades habitacionales y estratificación social en la Tradición Teuchitlán*. Tesis de maestría, Centro de Estudios Arqueológicos, El Colegio de Michoacán, La Piedad.

Smith Márquez, Sean M. y Herrejón Villicaña, Jorge

- 2004 *Las unidades habitacionales del Posclásico en la zona de Teuchitlán, Jalisco*. Tesis de licenciatura, Universidad Autónoma de Guadalajara, Guadalajara.

Weigand, Phil C.

- 1979 The Formative-Classic and Classic-Postclassic Transitions in the Teuchitlán-Etztatlán Zone of Jalisco. En *Los procesos de cambio en Mesoamérica y áreas circunvecinas*, XV Mesa Redonda, Vol. 1, pp. 413-423. Sociedad Mexicana de Antropología, México.

Weigand, Phil C., Christopher S. Beekman y Rodrigo Esparza (editores)

- 2008 *Tradición Teuchitlán*. El Colegio de Michoacán y Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, Zamora.

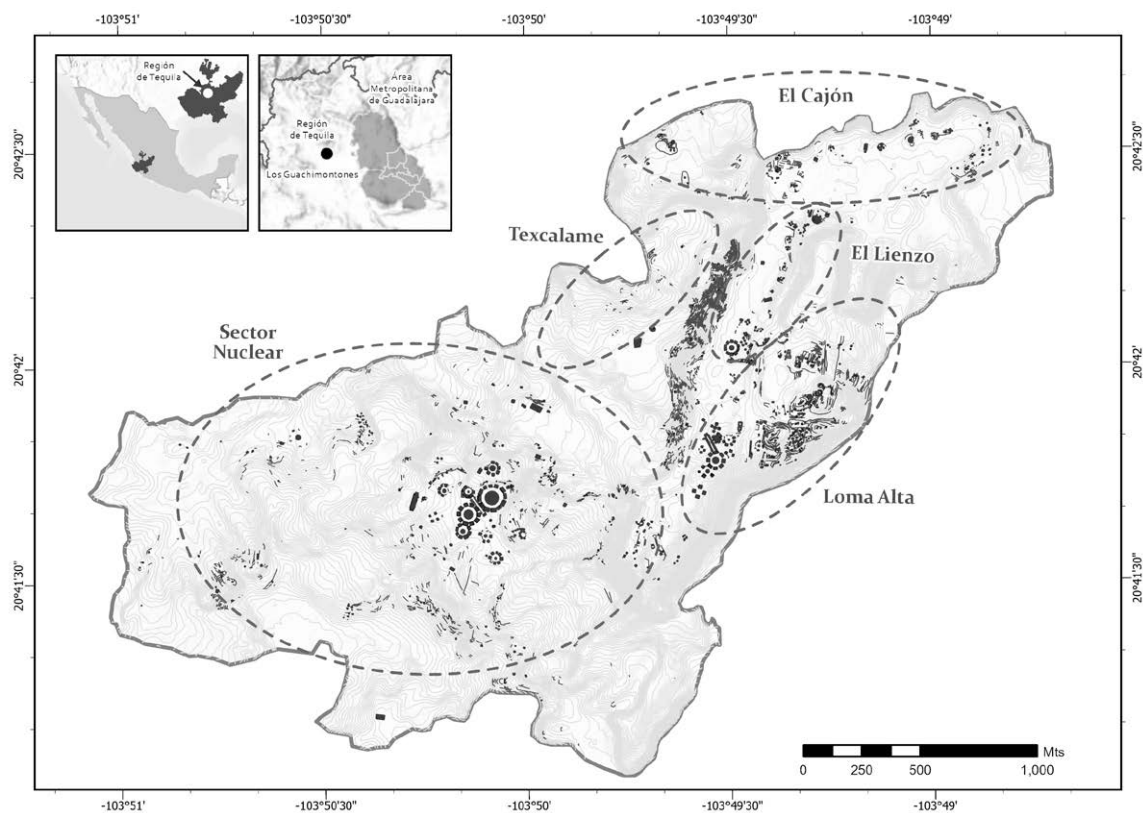


Figura 3.1. Mapa de Los Guachimontones mostrando los distintos sectores y las principales construcciones (cartografía Jesús Medina Rodríguez).

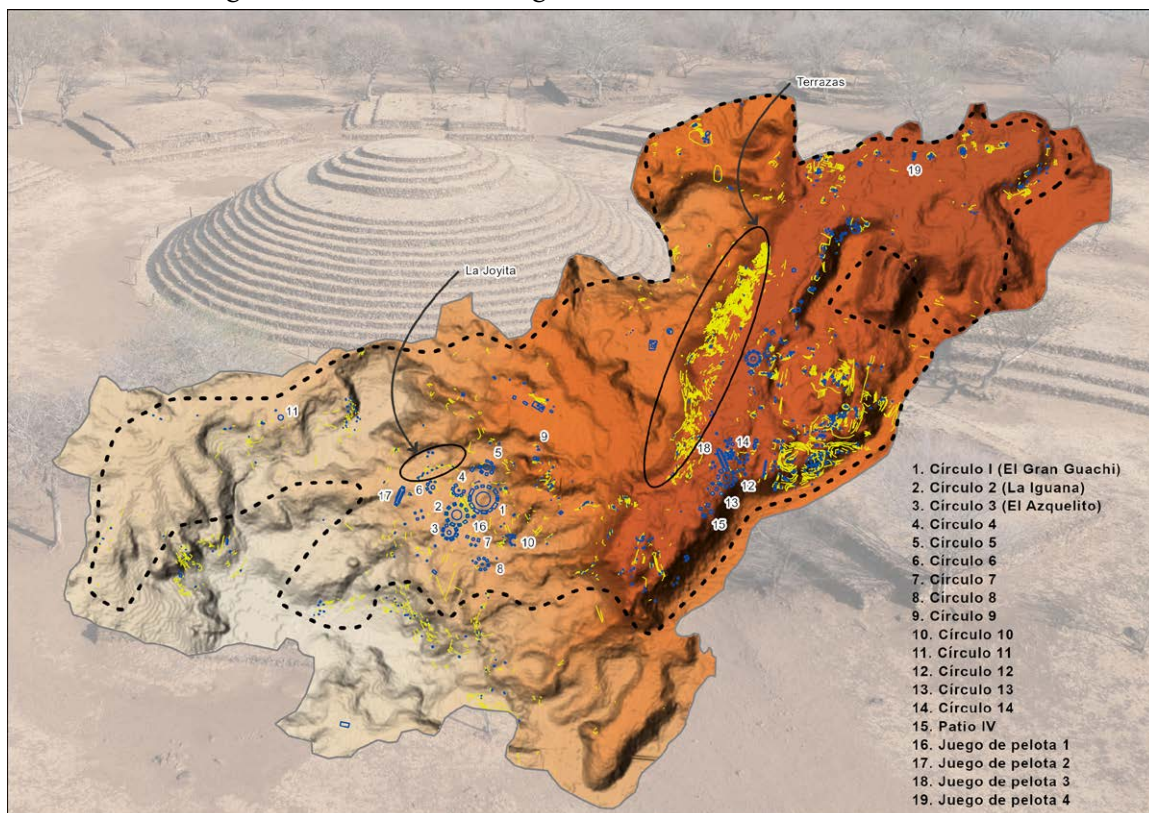


Figura 3.2. Mapa de Los Guachimontones durante el Formativo tardío al Clásico (fases Tequila II-IV) (cartografía Jesús Medina Rodríguez).



Figura 3.3 Sector Nuclear con el Círculo 1 (derecha), Juego de Pelota 1 y Círculo 4 (centro), Círculo 6 (esquina superior izquierda) y Círculo 2 (izquierda). Foto de Matt Gush.



Figura 3.4 Sector Loma Alta con Círculo 12 (izquierda), Círculo 13 (centro) y Patio IV (derecha). Foto de Matt Gush.

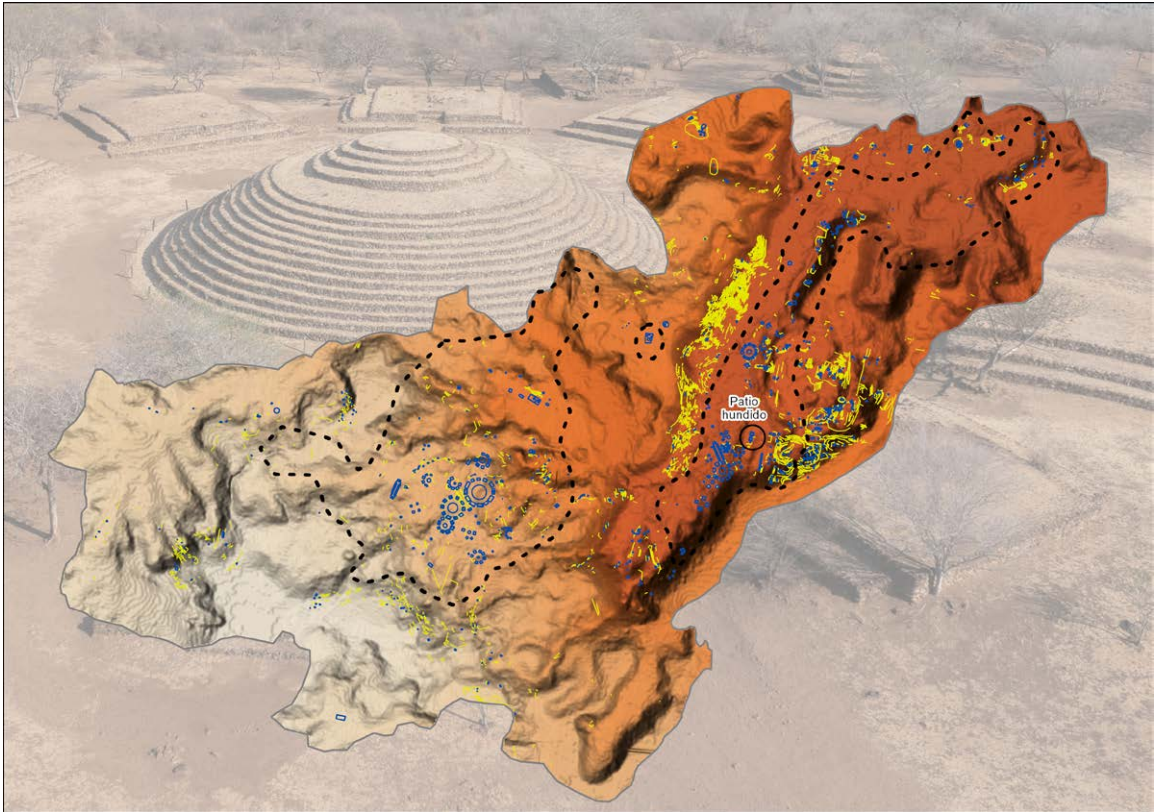


Figura 3.5 Mapa de Los Guachimontones durante el Epiclásico (fase El Grillo) (cartografía Jesús Medina Rodríguez).

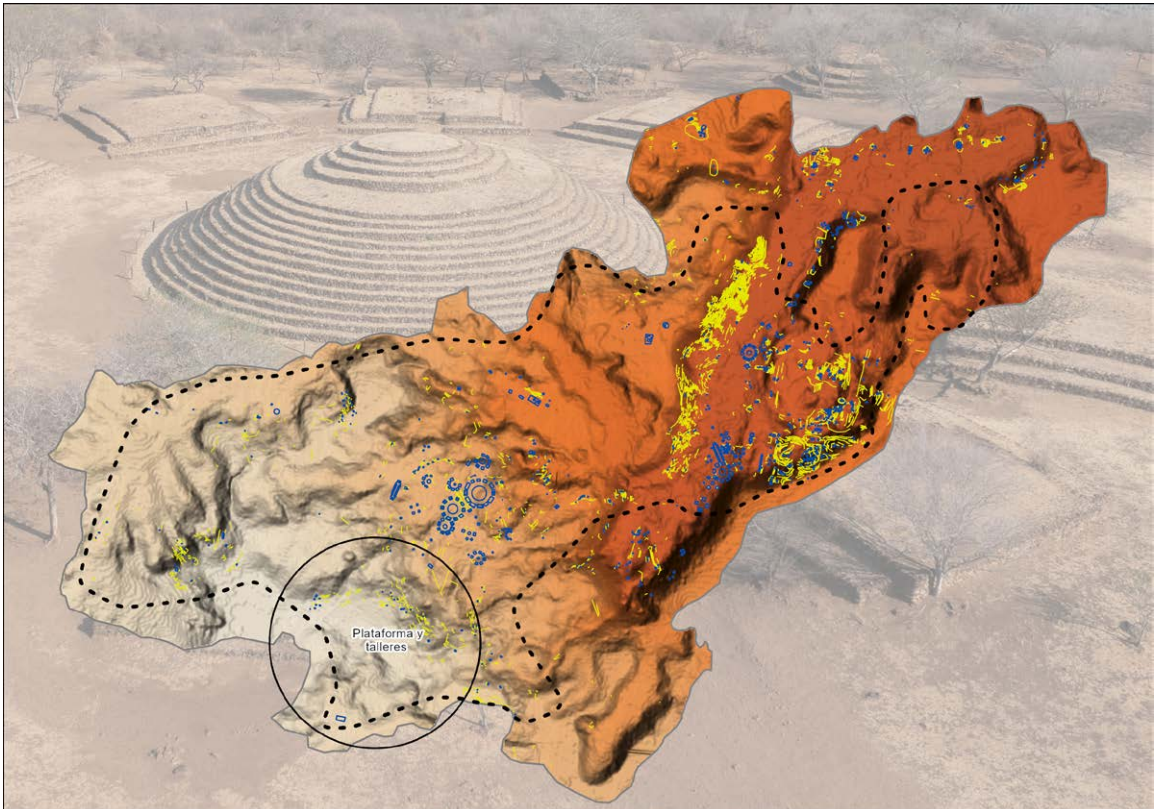


Figura 3.6 Mapa de Los Guachimontones durante el Posclásico (fase Atemajac) (cartografía Jesús Medina Rodríguez).



Figura 3.7 Loma terraceada en Los Guachimontones. Foto de Verenice Y. Heredia Espinoza.



Figura 3.8 Desecho de talla de obsidiana hallada en Los Guachimontones. Foto de Joshua D. Englehardt.

Los objetos de obsidiana

Camilo Mireles

En la región de Tequila, la obsidiana no solo fue un recurso natural abundante, sino también un elemento central en la vida cotidiana, económica y ritual de sus antiguos habitantes. A diferencia de otras áreas de Mesoamérica, donde su extracción y uso estaban vigilados por los líderes locales, en esta región el acceso era relativamente libre, lo que permitió que diversas comunidades participaran en su explotación. En este sistema económico abierto y descentralizado, los artesanos podían combinar distintas actividades productivas para mejorar el bienestar de sus familias. Estas condiciones hicieron de la obsidiana un recurso fundamental para todo tipo de actividades. Además de su utilidad práctica en la fabricación y uso de herramientas, la obsidiana adquirió un profundo significado simbólico, utilizándose en ofrendas funerarias y espacios ceremoniales. Estas reflejan su forma de concebir el mundo y de interactuar con fuerzas sobrenaturales. La investigación arqueológica de depósitos de obsidiana, talleres de producción y espacios domésticos ha permitido comprender cómo las sociedades organizaban este tipo de trabajo y su importancia para la vida cotidiana, la economía regional y las prácticas rituales. En esta sección, nos enfocaremos en los artefactos fabricados con obsidiana, explorando su producción, uso y significado en la vida de las comunidades prehispánicas de la región.

La Geología del occidente mexicano

La geología del occidente de México es el resultado de tres grandes eventos que han transformado su paisaje a lo largo de millones de años (**Figura 4.1**). El primero comenzó cuando una enorme masa de la corteza terrestre, conocida como la placa Farallón, se deslizó por debajo de la placa Norteamericana. Este movimiento fue lento pero poderoso. A lo largo del tiempo, causó una intensa actividad volcánica que formó la Sierra Madre Occidental, una impresionante cadena de montañas volcánicas que cruza el país de norte a sur. El segundo evento ocurrió cuando las placas Pacífica y Norteamericana comenzaron a separarse. Este “estiramiento” de la corteza terrestre no solo abrió el Golfo de California, sino que también fracturó el terreno, levantando y desplazando grandes bloques de corteza. Uno de estos bloques, el de Jalisco, se separó de las regiones de Michoacán y Guerrero, creando una red de grietas y fracturas en la tierra que aún continúan en movimiento (lo que a veces desencadena terremotos en la región).

El tercer y último evento también sigue ocurriendo: el hundimiento de la placa de Cocos bajo la placa Norteamericana. Este choque subterráneo no solo provoca terremotos, sino que también ha dado vida al Eje Neovolcánico, una cadena montañosa que cruza el país de este a oeste y alberga numerosos volcanes. En Jalisco, este proceso formó sistemas volcánicos emblemáticos como el Volcán de Tequila, la Sierra de La Primavera y la Sierra de Ahuiscolco, los cuales actualmente se consideran dormidos o extintos.

Los procesos geológicos que dieron forma al occidente de México no solo crearon paisajes impresionantes, sino también un entorno rico en recursos naturales que los seres humanos han aprovechado desde las primeras ocupaciones humanas hasta la actualidad. Estos procesos formaron lagos y suelos fértiles, fundamentales para la agricultura y la producción de alimentos. También produjeron materiales como arenas, limos, barros y minerales, que facilitaron la producción de cerámica y herramientas de piedra. Entre estos recursos destacaron el basalto y la obsidiana. El basalto fue muy valorado para fabricar herramientas domésticas, como metates y manos de moler, duraderas y de alta calidad, ideales para procesar alimentos. Por otro lado, la obsidiana, un vidrio volcánico que se forma cuando la lava rica en sílice pierde gases y se enfría con rapidez, era especialmente valorada por su capacidad de producir bordes extremadamente afilados. De hecho, el filo de una herramienta de obsidiana podía ser más fino

que un bisturí de acero quirúrgico. Además, los habitantes de la región utilizaron otras rocas, como el pedernal, para complementar su repertorio de herramientas de piedra.

El color de la obsidiana depende principalmente de los elementos químicos y las condiciones de enfriamiento de las lavas que la formaron, lo que le permitía adquirir diversos tonos al solidificarse. En Los Guachimontones, el color predominante en los artefactos es el verde translúcido (visible solo a contraluz); sin embargo, también se encuentran otros colores, desde el negro o gris más comunes hasta tonos más particulares, como el rojo (**Figuras 4.11, 4.19, 4.21, 4.23, 4.27**), el verde mate (**Figura 4.16**) e incluso el muy raro azul (**Figura 4.18**). Además, hay presencia de amarillo, café y combinaciones de tonos. Aunque no se ha investigado si estas variedades poseían algún significado social, es más frecuente encontrar una mayor variedad de tonalidades en los artefactos de uso simbólico que en los utilitarios.

A continuación, se describe el proceso de producción de herramientas de obsidiana en la región de Tequila, el cual formaba parte de un amplio entramado de prácticas sociales y económicas en el que diversas comunidades y personas participaron de manera relativamente libre, sin el control de algún grupo social o étnico en particular.

Una región abundante en obsidiana

La inusual abundancia de obsidiana en la región permitió a los antiguos habitantes acceder a los depósitos más cercanos a sus comunidades. Esto evitaba que tuvieran que viajar grandes distancias o depender del comercio con otras regiones para acceder a este recurso, como ocurría en muchas otras partes de Mesoamérica. Por ejemplo, la mayoría de la obsidiana encontrada en Los Guachimontones proviene de un depósito llamado El Pedernal, ubicado en las laderas del volcán de Tequila, a solo 3 kilómetros del sitio. Este tipo de obsidiana se distingue por su color verde, visible a contraluz, y su alta calidad, con mínimas imperfecciones causadas por diminutas esferas minerales formadas al enfriarse la lava. En todos los sitios arqueológicos cercanos que han sido estudiados, predomina la obsidiana con características similares a las de El Pedernal. Esto significa que muchos asentamientos tenían acceso a obsidiana de buena calidad, lo cual ocurría en toda la región.

Durante aproximadamente 2,000 años, desde el surgimiento de la cultura Teuchitlán hasta la llegada de los españoles, los artesanos de la región y otras comunidades cercanas visitaban regularmente El Pedernal para conseguir obsidiana. Esta actividad alcanzó su mayor auge durante los últimos 600 años, en el periodo Posclásico (900-1525 n.e.). El área de explotación de El Pedernal que se ha estudiado abarca 4 km² e incluye al menos 217 minas a cielo abierto. Se estima que de estas se extrajeron unas 7,500 toneladas de obsidiana a lo largo de los siglos. A su alrededor, los artesanos golpeaban los bloques recién extraídos con rocas duras para eliminar el exceso de material y darles forma de núcleos (**Figuras 4.2-4.3**). Los núcleos servían como fuente de material del cual se extraían fragmentos para fabricar herramientas, de manera similar a como se obtienen tablones de un tronco de madera. Este trabajo inicial en el depósito no solo permitía adelantar parte del proceso de producción, sino también eliminar material de desecho y reducir el peso de la carga transportada.

La producción de herramientas de obsidiana

Durante el periodo Posclásico, la región de Tequila contaba con varios talleres especializados en la producción de artefactos de obsidiana. En Los Guachimontones, en particular, existían al menos cuatro talleres dedicados a la producción de herramientas de obsidiana (**Figuras 4.4-4.5**). Estos se encuentran alejados de las estructuras monumentales del centro ceremonial y, en cambio, se localizan en un área dominada por estructuras residenciales y terrazas agrícolas, cerca del manantial que da origen al río Teuchitlán. Estudios recientes sugieren que muchos artesanos también eran campesinos que aprovechaban las terrazas agrícolas y el agua del manantial para sembrar durante la temporada de lluvias y se dedicaban a la producción de herramientas de obsidiana durante la época seca. La presencia

de varios talleres en distintos asentamientos y la diversidad de actividades productivas realizadas a su alrededor reflejan una organización productiva que se llevaba a cabo de manera estacional por diversas comunidades, en lugar de estar controlada por un grupo específico y realizarse durante todo el año.

A grandes rasgos, los talleres consisten en concentraciones de artefactos desechados, la mayoría quebrados o con algún tipo de defecto que provocó su descarte, junto con restos de actividades domésticas en sus alrededores. Estas concentraciones de artefactos se extienden por áreas de entre 70 y 80 m². La investigación de uno de los talleres de Los Guachimontones, llamado Elemento 83, demostró que recibía núcleos de obsidiana preelaborados en El Pedernal, los cuales se procesaban en el taller para continuar con el proceso de producción de herramientas. En este punto, los núcleos se golpeaban con piedras duras siempre en una misma dirección, desde el extremo más ancho hacia el más estrecho, para obtener artefactos llamados macronavajas. Las macronavajas son hojas de obsidiana grandes y alargadas, con bordes paralelos afilados y una punta redondeada o puntiaguda, lo que las hacía ideales para cortar, raspar o perforar (**Figuras 4.6-4.7**). A veces también se modificaban para fabricar puntas de proyectil y raspadores.

A medida que avanzaba la extracción de macronavajas, el núcleo se reducía de tamaño y tomaba una forma más regular. En esta etapa, se cambiaba la herramienta de trabajo por un instrumento de madera similar a una muleta, cuyo extremo se apoyaba en el pecho del tallador y el otro en el núcleo, permitiendo aplicar presión para extraer navajillas prismáticas. Las navajillas prismáticas son hojas con una forma similar a las macronavajas, pero más pequeñas y delgadas (**Figuras 4.8-4.9**). Estas servían para las mismas actividades, pero proporcionaban un corte más fino y preciso. También se transformaban en puntas de proyectil, aunque no en raspadores. Las macronavajas y las navajillas prismáticas son herramientas versátiles que maximizaban el aprovechamiento del material y satisfacían una gran variedad de necesidades cotidianas. En conjunto, la cantidad de estas herramientas representa casi un tercio de todos los objetos encontrados en los hogares del sitio, lo que demuestra su importancia en las prácticas diarias de sus habitantes.

El estudio del taller también reveló que estaba dividido en cuatro áreas: una para producir macronavajas, otra para fabricar navajillas prismáticas, una más para herramientas como raspadores y puntas de proyectil, y una última que funcionaba como zona habitacional. Los desechos encontrados en el taller sugieren que varios artesanos trabajaban de manera independiente, sin seguir un proceso estandarizado o coordinado por algún grupo con el interés para producir herramientas en serie. En cambio, cada artesano parece haber realizado el proceso productivo de forma individual, lo que refleja una cierta apertura y flexibilidad en cuanto al conocimiento tecnológico de los expertos.

En ese sentido, los artesanos de este taller se dedicaban a la producción de macronavajas, navajillas prismáticas, puntas de proyectil y raspadores. Debido a que ya se han descrito los primeros dos tipos de herramientas, se procederá a detallar las demás. Los raspadores se caracterizan por tener un extremo alargado para sujetarse a un mango y un borde curvo y afilado en el extremo opuesto (**Figuras 4.10-4.14**). Su función principal es raspar o tallar materiales como maguey, cuero o madera. En Mesoamérica, se cree que su uso más común era en la extracción de aguamiel del maguey, ya que se utilizaban para raspar el interior de la planta y estimular la exudación del líquido. Por otro lado, las puntas de proyectil tienen generalmente una forma triangular y se emplean como parte de un arma arrojada, como una flecha o lanza (**Figuras 4.15-4.20**). Su uso principal está relacionado con la caza y la guerra, aunque también han sido encontradas en entierros como ofrendas a los difuntos. Los raspadores y las puntas de proyectil son algunos de los objetos más comunes en los espacios residenciales del sitio, aunque en menor medida que las macronavajas y las navajillas prismáticas.

Los usos de las herramientas de obsidiana

En Los Guachimontones, la población en general tenía acceso a las herramientas de obsidiana producidas en los diversos talleres del asentamiento, las cuales utilizaban de múltiples maneras en sus hogares. Su circulación podía ocurrir de varias maneras; por ejemplo, a través de intercambios entre familiares o amigos, la entrega de regalos en eventos sociales, la recolección de tributo por parte de líderes, o mediante el intercambio de bienes en mercados tanto organizados como informales. A través de estos medios, los artefactos de obsidiana fabricados en los talleres y fuera de ellos, llegaban a la mayoría de los hogares de la región, a las regiones vecinas e incluso a lugares tan lejanos como el sur de Texas o los valles de Oaxaca.

Las herramientas que eran adquiridas por los hogares desempeñaban roles fundamentales en actividades cotidianas como la caza, el procesamiento de alimentos e incluso el cuidado personal (por ejemplo, para cortarse el cabello). Si bien todas ellas podían usarse sin modificaciones, las macronavajas y navajillas prismáticas a veces eran transformadas en otros objetos, como raspadores (**Figuras 4.11-4.12**) o puntas de proyectil (**Figuras 4.17-4.20**). Esto no sólo indica que las personas comunes podían acceder a estos artefactos, sino que también poseían conocimientos sobre cómo trabajar la obsidiana para adaptarla a diversas necesidades.

De hecho, las personas también solían fabricar sus propias herramientas de obsidiana en sus hogares. A diferencia de los artesanos que trabajaban en talleres, la producción de la gente común consistía principalmente en extraer lascas. Estas son fragmentos sin forma definida, pero con bordes afilados y esquinas puntiagudas, ideales para cortar, raspar y perforar. Las lascas son los objetos más comunes en todas las colecciones de artefactos de obsidiana del sitio, desde los períodos más tempranos hasta los más tardíos, ya que eran fáciles de producir y tenían una vida útil muy corta: se usaban pocas veces y luego se desechaban. Adicionalmente, la gente obtenía núcleos de navajillas prismáticas fabricados en los talleres para extraerlas en sus hogares cuando las necesitaban. De esta manera, la producción doméstica ocurría conforme surgían las necesidades, y la vida útil de estas herramientas era relativamente corta.

Además, tanto las herramientas provenientes de los talleres como las producidas por la gente ordinaria en sus hogares podían adquirir un significado simbólico en contextos rituales, como estructuras ceremoniales, ofrendas y entierros. Por ejemplo, en el área residencial conocida como Talleres 3, era común que las personas enterraran a sus difuntos en sus casas o en sus alrededores, acompañándolos con ofrendas que incluían puntas de proyectil y diversos recipientes de cerámica. También se han descubierto ofrendas de navajillas prismáticas sin señales de uso en las estructuras circulares monumentales de los centros ceremoniales de Loma Alta y Los Guachimontones, las cuales probablemente se fabricaban en el lugar como parte de rituales específicos (**Figuras 4.8-4.9**). Por otra parte, los pobladores de la zona tenían acceso a otro tipo de artefactos que parecen haber tenido una función más simbólica que utilitaria, los cuales no se producían en su comunidad. Algunos de estos consisten en cuchillos (**Figuras 4.21-4.23**), perforadores (**Figura 4.24**) y pendientes de obsidiana con forma de creciente, discos o personas (**Figuras 4.25-4.27**).

Los cuchillos bifaciales son artefactos grandes con bordes cortantes y una punta en un extremo. Se han hallado dos tipos: unos de forma alargada y otros con forma de animal cuadrúpedo, probablemente un coyote o un perro (**Figuras 4.21-4.23**). Entre estos, destaca un cuchillo alargado de obsidiana roja, encontrado en un entierro junto a un cráneo humano, debajo de una de las casas del conjunto residencial de Talleres 2. Por otro lado, el único cuchillo con forma de animal, también hecho de obsidiana roja, fue encontrado en el conjunto residencial de Talleres 3. Aunque existen otros cuchillos similares en colecciones privadas y museos (de procedencias desconocidas), este es el único ejemplar recuperado en una excavación arqueológica. El objeto está fragmentado y solo se conserva la parte correspondiente al mango. En él, se distingue la cabeza con orejas (aunque el hocico está quebrado), el cuello, una pata delantera y el torso curvo del animal. Al compararlo con los otros cuchillos similares, se infiere que la

parte faltante mostraría una pata trasera y una cola muy larga, que correspondería a la hoja del cuchillo. A la fecha, el único lugar conocido donde se producían cuchillos de obsidiana roja es en el depósito de El Encinar, en la Sierra de Ahuiculco, a unos 20 km al sur de Los Guachimontones.

Los perforadores son artefactos alargados y puntiagudos que, como su nombre lo indica, se cree servían para perforar (**Figura 4.24**). Aunque aparecen en cantidades limitadas, estos se han hallado exclusivamente en centros ceremoniales y entierros. Destacan dos perforadores que fueron encontrados cerca de personajes principales enterrados en la famosa tumba de tiro de Huitzilapa, ubicada en la ladera norte del volcán de Tequila. Este hallazgo sugiere que los perforadores se utilizaban para fines rituales, como el autosacrificio, y que su producción y uso estaban estrechamente relacionados con la cultura Teuchitlán. Hasta la fecha, se desconoce el origen de la obsidiana utilizada para fabricar estas herramientas, así como el lugar donde se producían.

La joyería en obsidiana se elaboraba a partir de lascas a las que se les modificaban los bordes para darles formas muy diversas, sin que se les aplicara ningún tipo de pulido (**Figuras 4.25-4.27**). Estas presentan perforaciones cerca de los bordes y, con frecuencia, se encuentran formando parte de ofrendas funerarias, ya sea depositadas en sofisticadas tumbas de tiro o bien en modestos entierros domésticos. Su ubicación cercana a los cuerpos de los difuntos sugiere que se utilizaban como pendientes para adornar el cuerpo o la vestimenta, indicando un valor tanto utilitario como simbólico. Estos artefactos fueron producidos y utilizados exclusivamente durante el periodo Formativo tardío-Clásico (300 a.n.e.-450 n.e.). Estudios químicos indican que la obsidiana procedía de la Sierra de Ahuiculco, y excavaciones en el Cerro del Tepopote, cerca del bosque de La Primavera, revelaron un posible taller de producción de joyería.

Conclusiones

La región de Tequila no solo se caracterizó por la abundancia de obsidiana, sino también por la organización social y económica que se desarrolló en torno a su explotación y uso. La proximidad de sus depósitos facilitó su explotación por parte de las comunidades locales, que no estaban limitadas por algún control centralizado ni por regulaciones estrictas para acceder a este recurso. Este sistema abierto y descentralizado permitió que los artesanos, muchos de los cuales también eran campesinos, dedicaran parte de su tiempo a la producción de herramientas, especialmente durante la temporada seca. Los talleres en Los Guachimontones y otros asentamientos de la región se destacaron por sus múltiples sitios productivos y la participación de artesanos que actuaban de manera independiente, lo que refleja una economía flexible. La producción de herramientas no solo satisfacía necesidades utilitarias, sino que también tenía un profundo significado simbólico y ritual, convirtiéndolas en elementos culturales de gran relevancia en la vida cotidiana de la región. En última instancia, la explotación y el uso de la obsidiana en la región de Tequila nos ofrece una visión de una sociedad más colaborativa que autoritaria, la cual desarrolló una economía regional interconectada, flexible y abierta.

Para leer más:

Clark, John E. y Phil C. Weigand

- 2009 Obsidian Lapidary without Polishing. En *Investigaciones recientes sobre la lítica arqueológica en México*, editado por Lorena Mirambell y Leticia González, pp. 79-93. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Darras, Véronique y Virginia Fields

- 2003 Un cuchillo ceremonial de obsidiana roja. *Arqueología Mexicana* 63:74-77.

Esparza López, Rodrigo

- 2008 Los yacimientos de obsidiana de El Pedernal-La Mora: una explotación constante durante el desarrollo de la Tradición Teuchitlán. En *Tradición Teuchitlán*, editado por Phil C. Weigand, Christopher S. Beekman y Rodrigo Esparza, pp. 143-166. El Colegio de Michoacán y Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, Zamora.

Gluscock, Michael D., Phil C. Weigand, Rodrigo Esparza López, Michael A. Ohnersorgen, Mauricio Garduño Ambriz, Joseph B. Mountjoy y J. Andrew Darling

- 2010 Geochemical Characterisation of Obsidian in Western Mexico: The Sources in Jalisco, Nayarit, and Zacatecas. En *Crossing the Straits: Prehistoric Obsidian Source Exploitation in the North Pacific Rim*, editado por Yaroslav V. Kuzmin y Michael D. Gluscock, pp. 201-217. BAR International Series 2152. Archaeopress, Oxford.

Mireles Salcedo, Camilo

- 2018 La lítica de Los Guachimontones: macronavajas y navajillas prismáticas de un conjunto habitacional del Posclásico. En *Reflexiones sobre la industria lítica*, editado por Leticia González Arraitia y Lorena Mirambell, pp. 135-180. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

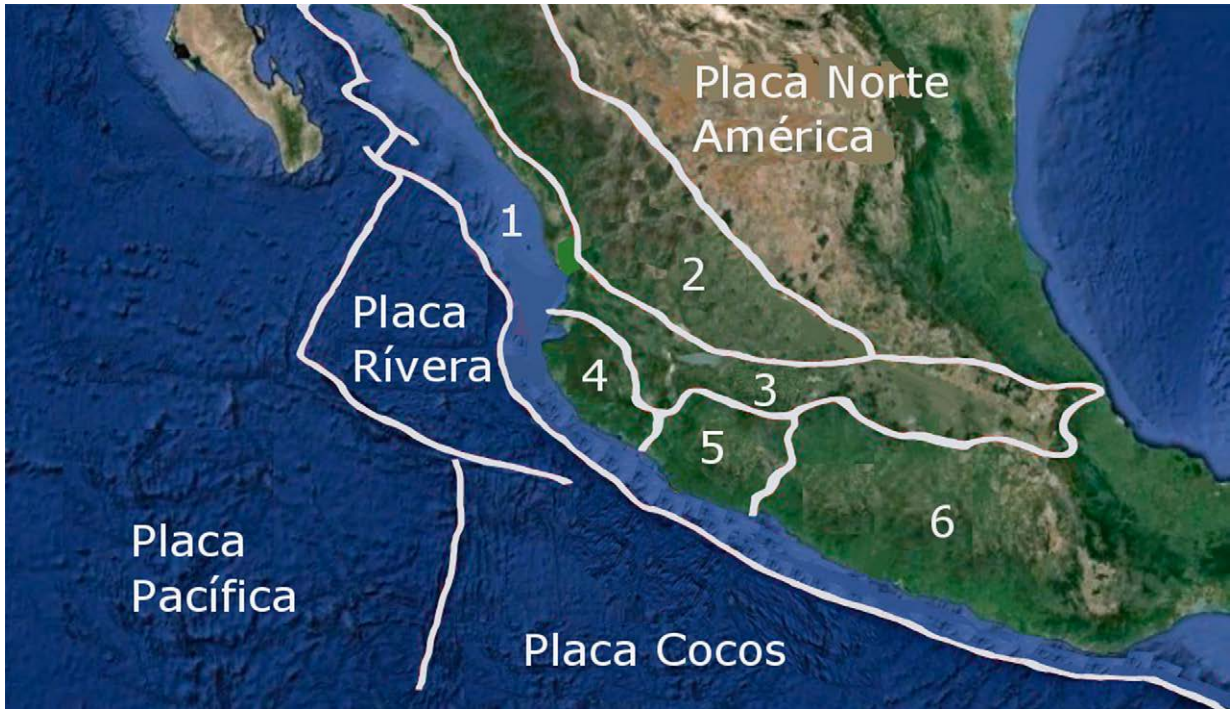


Figura 4.1 La geología del occidente mexicano.



Figura 4.2
Núcleo de obsidiana de Loma Alta
Sin fecha
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.3
Núcleo de obsidiana
Sin contexto
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.4 Restos de un posible taller de lítica en Los Guachimontones. Foto de Joshua D. Englehardt.



Figura 4.5 Restos de un posible taller de lítica en Los Guachimontones. Foto de Joshua D. Englehardt.



Figura 4.6
Macronaveja encontrada en el sector Talleres 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.7
Macronaveja encontrada en el sector Talleres 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.8
Navajilla prismática encontrada en el sector Loma Alta, Círculo E, Ofrenda 1
Obsidiana
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.9
Navajilla prismática encontrada en el sector Loma Alta, Círculo E, Ofrenda 1
Obsidiana
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.10
Raspador espigado, de una estructura residencial (ER-7) en el centro del sitio
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.11
Raspador ovoide de obsidiana roja, encontrado en el sector Talleres 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.12
Raspador ovoide encontrado en el sector Talleres 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.13
Raspador ovoide encontrado en el sector Talleres 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.14
Raspador espigado, encontrado en el sector Loma Alta, Juego de Pelota
Obsidiana
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.15
Punta de proyectil
Obsidiana
Sin contexto
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.16
Punta de proyectil de obsidiana verde mate encontrada en el sector Talleres 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.17
Punta de flecha miniatura gris veteadas (recolección de superficie)
Obsidiana
Sin contexto
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.18
Punta de proyectil de obsidiana azul encontrada en el sector La Joyita A
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.19
Punta de proyectil de obsidiana roja encontrada en el sector Talleres 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.20
Punta de proyectil sobre macronavaja encontrada en el sector Talleres 3, Ofrenda 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.21
Cuchillo bifacial de obsidiana roja encontrado en el sector Talleres 2
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.22
Cuchillo encontrado en el sector Talleres 2
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.23
Cuchillo encontrado en el sector Talleres 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.24
Punzón encontrado en el Círculo 4
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.25
Joyería, pendiente de piedra encontrado en el sector La Joyita A, Estructura 8
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.26
Joyería, disco encontrado en el Círculo 6, Tumba 4, Collar 1
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 4.27
Joyería, figuras antropomorfas, encontradas en el sector Talleres 3
Obsidiana
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray

La cerámica

Catherine Johns y Christopher S. Beekman

La cerámica del sitio de Los Guachimontones se ha recolectado en el transcurso de una década de excavaciones a partir de 1999; proporcionando una mejor visión de este centro ceremonial de larga data. Los arqueólogos utilizamos la cerámica para analizar sus diferentes funciones, dependiendo si esta se encuentra completa o fragmentada y, sobre todo, si puede contribuir a nuestro entendimiento sobre el pasado.

El propósito más común de los artefactos fabricados en cerámica es su uso como contenedores. Así, sus características físicas nos dicen mucho sobre sus múltiples funciones. Su forma es muy importante; distinguimos entre cajetes y platos para servir comida, o entre ollas para almacenar o cocinar, tomando en cuenta su profundidad y el grado de restricción de su boca. Los cajetes más pequeños se usaban para servir comida en porciones individuales, mientras que los más grandes para banquetes colectivos. De ahí que los diámetros de las vasijas sean tan importantes. Su forma se estudia mejor si las vasijas están completas, pero hasta los tiestos (o fragmentos de cerámica) se pueden usar si incluyen porciones del borde. La inflexión del fragmento de un borde nos puede dar su curvatura e indicar si pertenece a un cajete abierto, un tecomate cerrado o una olla con cuello. La presencia de huellas de uso es igualmente importante, y puede incluir carbón en el exterior, material quemado dentro o desgaste al interior. Para el análisis de huellas de uso se utilizan solo vasijas completas; ya que no se puede distinguir solo por un tiesto si una superficie quemada perteneció a la base de la vasija o a su cuerpo (y estas son distinciones funcionales muy importantes).

El barro es otra característica utilizada para entender la función de una vasija. Las usadas para tareas intensas debieron tener paredes duras y gruesas; así como la adición de arena al barro como desgrasante, permitiendo a los alfareros crear piezas más grandes y fuertes. Por otra parte, la loza de uso diario e intenso tenía que cocerse completamente. Es posible también observar en vasijas para usos rituales (con un uso poco frecuente), líneas negras en la parte interior del barro, producto del rápido cocimiento a las que se sometieron; ello incluso en fragmentos de estas vasijas. Incluso la decoración puede indicar el uso de una vasija. La loza más elaborada pudo haberse destinado para ser exhibida en un contexto más público, mientras que las vasijas más burdamente decoradas, tendían a ser de uso cotidiano, y pudieron usarse en casa por miembros de una familia.

Cuando se analizan los fragmentos cerámicos, toda esta información se registra por cada pieza (p.ej., tepalcate) y se agrupa en tipos, ya que los atributos comunes sirven para formar conjuntos o grupos. Por ejemplo, las vasijas para almacenar tienen poca decoración, paredes gruesas, grandes cantidades de arena en su mezcla de barro y están bien cocidas. Todas estas características son necesarias para hacerlas más eficientes en su uso cotidiano. Estos tipos reciben nombres comunes para todos los arqueólogos, de tal manera que podamos entendernos.

También utilizamos la loza (tipo de pasta), para organizar nuestros datos en una “cronología”, es decir, una secuencia de artefactos y sus cambios en materiales, formas o decorados a través del tiempo. Ya sea porque la cerámica para acomodarse a otras funciones, o porque los estilos decorativos fueron más o menos populares. No siempre entendemos por qué cambiaron, pero estas modificaciones pueden ordenarse para hacer una secuencia de cerámica temprana, media y tardía. Una vez establecidas estas categorías pueden usarse para asignar una fecha a las casas, los entierros o capas de suelo donde se encuentra cada tipo de cerámica. Este es el método que utilizamos los arqueólogos para decir que una

casa es más antigua que otra, porque presentan diferencias en su loza. Las formas, estilos y funciones de la cerámica de Los Guachimontones pueden usarse para demostrar que la gente vivió en el sitio desde la fase Tequila I hasta después de la conquista española; es decir, más de dos mil años. Gracias a los cambios en estos objetos, podemos dividir la ocupación del sitio en siete fases o bloques de tiempo. Cada fase tiene diferentes características mientras que los espacios crecían y los modos de vida de sus habitantes iban cambiando.

Fase Tequila I (1000-300 a.n.e.)

En el área vivieron seres humanos desde mucho antes de la construcción de los edificios. Sus rastros son difíciles de encontrar, aunque en varios lugares del sitio, las excavaciones ubicaron fragmentos de cerámica de épocas muy tempranas. Estas piezas generalmente tienen paredes gruesas, decoración de ranuras y a veces amplias zonas pintadas en sus exteriores. La mayoría son vasijas que sirvieron para almacenar o cocinar, más que para servir los alimentos; sin embargo, todos los restos de esta época están muy fragmentados. Su decoración es más parecida a la del sitio de El Opeño en Michoacán que a los sitios contemporáneos en la costa de Jalisco. Aunque estos rastros vienen de una época amplia que llamamos Tequila I, esta poca cantidad de tuestos puede indicar que la gente vivió en la zona solamente en los últimos años de esta fase.

Fases Tequila II-IV (300 a.n.e. - 400/500 n.e.)

La época entre Tequila II a IV es amplia. Incluye los períodos conocidos en Mesoamérica como el Formativo tardío y el Clásico temprano. Durante esta época se construyeron los círculos y los juegos de pelota en Los Guachimontones. La gente utilizó la cerámica en este tiempo para muchos propósitos, pues se han encontrado cerámicas domésticas, rituales y las usadas para eventos públicos, como banquetes. Algunas vasijas se colocaron, eventualmente, en entierros con los muertos, para su uso en la otra vida; mientras que otras se enterraron como ofrendas aisladas. Claro que muchísimas vasijas se quebraron y/o descartaron como desechos de su época, lo que proporciona hoy día miles de tuestos que conforman la mayoría de la evidencia arqueológica que encontramos. Estos dos tipos de información, entierros y basura nos ayudan hablar sobre los antiguos pobladores del sitio.

Así, las vasijas cotidianas forman un continuo de uso que van desde desgastes leves hasta muy quemadas y frágiles. A los grupos de cerámica vinculados a las tareas cotidianas les llamamos Colorines Burdo y Colorines Fino, basado en la textura del barro y su decoración. Son notables las vasijas utilitarias por su poca o ausente decoración. Estas piezas son menos elaboradas que las usadas en los rituales. Encontramos entonces que algunas exhiben exteriores quemados o desgastados, combinados con interiores también quemados; mientras que otras solo tienen tenues huellas de uso en su exterior o interior. Las piezas con mucha evidencia de uso se tienden a interpretar como contenedores o para la preparación de comida.

Las vasijas de almacenaje normalmente son de dos tipos: de líquido o de productos secos. Es difícil distinguir cuál fue su función, pero hay marcadores que se pueden usar para diferenciarlos. Por ejemplo, las que poseen cuellos estrechos debieron ser contenedores para almacenar líquidos (**Figura 5.1**); mientras que un cuello amplio, muy difícil de sellar, implica una vasija para almacenar productos secos (por ejemplo, los tecomates). Este último tipo es fácil de reconocer porque su atributo primario es un borde que curva hacia adentro, lo cual previene el derrame del contenido, pero deja pasar el aire. Esta forma única ha sido sujeto de varias hipótesis sobre sus usos, pero la más común es que fuera para almacenar semillas (**Figura 5.2**).

Las vasijas cotidianas también se distinguen entre formas para cocinar, con o sin fuego (cada una de estas categorías se encuentra en la colección). Las formas para cocinar sin fuego pueden incluir funciones como cortar, picar o moler. Las vasijas para cocinar con fuego pueden tener huellas en sus paredes o su base, lo cual depende de la altura a la que se colocaba sobre el fogón. Hay varias vasijas con cuellos restringidos que muestran marcas de fuego en sus exteriores e interiores (**Figuras 5.3-5.7**). También, las marcas en bases

exteriores en las vasijas abiertas más pequeñas muestran que a veces se usaron para preparar comida con fuego (**Figuras 5.8-5.9**).

El uso más típico de las vasijas abiertas, como los cajetes, fue para servir de forma grupal o individual (**Figuras 5.9-5.11**), uso contrario de las vasijas cerradas (**Figura 5.5; Figuras 5.12-5.13**). Esta es una distinción importante en forma y función para la cerámica en Los Guachimontones, así como para la mayoría de los sitios de la cultura Teuchitlán, ya que estos son una parte importante de las colecciones que poseemos de las fases Tequila II-IV. Los cajetes tienen las típicas huellas de uso, en particular en los grupos de Colorines Burdo y Colorines Fino (**Figuras 5.14-5.16**). Para diferenciar entre su uso individual o colectivo, hay que tomar bajo consideración el diámetro de la vasija (**Figuras 5.16-5.17**). El diámetro del borde es la manera más fácil para determinar el tamaño de estas y se puede obtener de piezas completas o de fragmentos. Las ollas son la forma más común en la colección para esta época (**Figuras 5.4-5.5**); esto es probablemente porque fueron los artefactos más usados, lo que habría resultado en su ruptura y reemplazo frecuente.

Las vasijas utilitarias usadas para moler pintura, hacer herramientas o moldear otra cerámica son más difíciles de identificar. Si una pieza no tiene huellas de uso, su forma puede compararse a otras de las que tenemos un uso más claro. También se pueden examinar sus características de forma y manufactura para proponer una función general. Por ejemplo, las de tipo Colorines Fino tienen una pasta más densa y una forma más simétrica que las Colorines Burdo (**Figuras 5.12, 5.14, 5.16, 5.18-5.19**). Aunque las dos tenían funciones domésticas, el grupo fino, por su mejor presentación, pudo haber sido utilizadas en actividades más públicas (por ejemplo, en fiestas o banquetes).

El tipo Arroyo Seco del sitio de Navajas, en el municipio de Tala, se utilizó principalmente en banquetes comunales. Sus vasijas son similares en color y decoración. Es común su diseño sencillo con un engobe rojo o con bandas rojas al borde. Pero la uniformidad en la composición del barro es más notable todavía con el cocimiento, tamaño, densidad de inclusiones y color al parecer estandarizado. La mitad de la cerámica encontrada en el sitio de Navajas fue del grupo Arroyo seco. En cambio, en Los Guachimontones aparecen en cantidades muy reducidas, a pesar de que se ocupó en las mismas fechas. Por estas diferencias, pensamos que la gente que habitó en el último sitio pudo haber usado otro grupo de cerámica para la misma función, denominado Estolanos (**Figura 5.20**). Las vasijas Estolanos están bien hechas y normalmente son de formas abiertas, como cajetes con diámetros amplios. Las paredes son gruesas, similares a las de Arroyo Seco, aunque no son tan uniformes. Su decoración comúnmente se compone de diseños, al igual que el grupo Tabachines, de rojo sobre crema y color natural en la superficie. Otra característica común en el grupo Estolanos es la ausencia de decoración pintada y una superficie distintivamente mate.

Es posible que los dos tratamientos en la superficie indiquen diferentes usos. Pero todos los atributos de la loza Estolanos indican que estas fueron más grandes y sólidas, y que pudieron haberse usado en fiestas públicas. Cualquiera que sea el caso, las vasijas de loza Estolanos y Arroyo Seco conforman un porcentaje muy reducido en Los Guachimontones, lo cual sugiere actividades muy diferentes a las del sitio contemporáneo de Navajas.

Las vasijas Tabachines, ya mencionadas, están bien formadas y con superficies bien pulidas. Pueden ser de color crema natural del barro, pintadas de rojo o de coloración negra (resultado de la falta de oxígeno cuando se hornearon).

Las formas incluyen cajetes abiertos, pequeños y con paredes delgadas (**Figuras 5.21-5.22**), platos pequeños (**Figuras 5.23-5.24**) y miniaturas en forma de cajetes, platos y ollas. Es poco frecuente encontrar vasijas cerradas (**Figura 5.25**). En contraste con los otros grupos, el pequeño tamaño de los cajetes Tabachines indica que fueron de uso individual. Es decir, si tuvieron alguna función asociada con la comida, es más probable que se utilizaron en los rituales. Un tipo específico del grupo Tabachines, el Oconahua, es el más elaborado (**Figuras 5.11, 5.15, 5.17**). Es común que tengan pintura en el exterior

(Figura 5.26) o interior, aunque algunas piezas la tienen en las dos caras. Los exteriores frecuentemente están bien pulidos, hasta el punto de oscurecer los diseños pintados.

Todos los grupos nombrados —Colorines Burdo y Fino, Arroyo Seco, Estolanos, y Tabachines— pertenecen solamente a las fases Tequila II-IV, y desaparecen por completo alrededor de 400-500 n.e.. Pero no todos existieron al mismo tiempo, por ejemplo, el Colorines Burdo probablemente empezó más temprano, en Tequila I. El Colorines Fino es más grueso y duro en Tequila II que en Tequila III o IV. Tabachines y los Estolanos pueden desaparecer al finalizar Tequila III. Arroyo Seco pertenece solamente a Tequila III y IV. En todos los casos, hay variaciones sutiles en las formas y bordes que podemos usar para distinguir entre cada fase. Estas diferenciaciones también se pueden utilizar para apoyar otra evidencia de cambios en el sitio de Los Guachimontones.

Sin embargo, no toda la cerámica cae dentro de estas categorías. Hay dos cajetes en la colección que probablemente son importaciones del Oeste (Figuras 5.27-5.29). Sus motivos de puntas blancas sobre triángulos negros, todo encima de un fondo rojo, recuerda la decoración de la cerámica prehistórica de la costa. Cajetes de esta forma se conocen en colecciones provenientes de la cuenca de Magdalena en Jalisco y el área de Ixtlán del Rio en Nayarit.

Fase El Grillo (400/500-900 n.e.)

Entre 400 o 500 n.e. ocurrieron cambios profundos en la región. Esta fase formó parte del período turbulento conocido como el Epiclásico en otras partes de Mesoamérica. La gente hizo su cerámica de manera diferente, con diseños nuevos. Los tipos de vasijas nos hablan de cambios en sus hábitos de comer y de practicar sus rituales.

Hay una separación más fuerte entre la loza cotidiana y la usada para propósitos más especializados como el ritual. Encontramos pocas vasijas cotidianas porque fueron usadas, quebradas y descartadas de contextos especiales como los entierros. El cajete trípode con decoración de bandas rojas (Figura 5.30) es un ejemplo. Estas vasijas cotidianas suelen estar bien cocidas y acabadas, aunque es común que su decoración sea muy sencilla. Como la mayoría, no tiene ninguna decoración; este cajete trípode parecería muy simple si solo hubiesen fragmentos para su estudio.

Una nueva categoría de vasijas de la fase El Grillo son copas y ollas en miniatura. Son versiones más pequeñas y decoradas que las vasijas cotidianas, y se encuentran normalmente en contextos especiales como las áreas rituales, las ofrendas y los entierros. Creemos que las miniaturas se hicieron especialmente para estas prácticas. Las ollas se manufacturaron modelando las partes de arriba y abajo por separado, y después las juntaron con un simple alisamiento o con un poco de barro en para unir las. Algunas son asimétricas como resultado del método de manufactura (Figura 5.31). Las ollas pequeñas (Figuras 5.32-5.35) servían para contener líquidos, como pulque, cacao u otra bebida especial. A veces tenían soportes altos, en forma de “pata de araña” (Figura 5.36). Las ollas normalmente se encuentran con un número igual de copas miniaturas con bases de pedestal (Figuras 5.37-5.38); y pensamos que se usaron juntas para algún ritual, especialmente asociado a los funerales. Las copas y ollas pueden tener decoración incisa (Figura 5.39) o pintada. Los ejemplos de esta última a menudo tienen espirales comprimidos o aplanados (Figuras 5.33, 5.34, 5.40), lo cual puede referir al tipo de contenido o al simbolismo del ritual.

La colección de Los Guachimontones tiene una vasija muy especial de este tipo (Figura 5.41). Es una olla decorada con una técnica que se conoce como pseudo-cloisonné, por su similitud con ciertas técnicas de la metalurgia conocidas como cloisonné. El proceso involucra el uso de una olla ya decorada, como las miniaturas ya mencionadas; luego se aplica una capa de barro sobre su superficie externa y después se hacen cortes en áreas pequeñas para formar diseños. Los pigmentos en amarillo, verde, azul y rojo se empujan hacia adentro de los cortes para dar al diseño una apariencia brillante y colorida. Las vasijas se dejan así, sin volverlas a cocer, lo cual hace que la nueva decoración no se conserve bien; sin embargo,

sus diseños son únicos y muestran gente o dioses con tocados de plumas, de pie o bailando. Aunque apenas visible, esta olla todavía conserva imágenes de plumas en amarillo y naranja.

Fases Atemajac I-II (900-1600 n.e.)

En esta época, conocida como el Postclásico, el sitio creció sustancialmente, y una vez más, la cerámica no hace inferir muchos cambios. Por primera vez aparecen los comales para hacer tortillas y cajetes trípodes de molcajete, con incisiones en el fondo para moler. Su amplia distribución espacial y uso nos hablan de cambios en la dieta (**Figuras 5.42-5.43**). Los molcajetes no eran para servir, sino para moler chiles secos, semillas y tal vez otros alimentos. Muchos de ellos muestran, en su interior, las huellas de la acción de moler vigorosamente.

Entre las vasijas que se incluían con los muertos en su viaje al inframundo, las trípodes fueron las más populares, varios de ellos están decorados en negro sobre pintura roja (**Figura 5.44**). Una característica curiosa de la época es la baja frecuencia de cajetes, lo cual sugiere una manera diferente de comer. Las tabletas o bateas incisas, que podrían haber servido para el mismo propósito, se conocen solo por fragmentos. Mucha de la cerámica tiene similitudes con la loza hallada en los cañones del norte de Jalisco y Zacatecas.

Una vasija muestra evidencia de contacto con la costa lejana del Pacífico, aunque es un molcajete trípode (**Figura 5.45**) del Postclásico temprano. Las incisiones para moler cubren solamente un área muy reducida en el fondo y apenas parecen funcionales (**Figura 5.46**). Esta vasija con su decoración distintiva viene de la costa del Pacífico o es una copia local de estas.

Conclusiones

La cerámica es un artefacto sencillo. En su mayoría son las vasijas finas las que se encuentran completas e intactas, por haber sido colocadas en entierros y otros contextos especiales. Pero hay miles de tiestos sobre la superficie del sitio Los Guachimontones, en casas, templos y juegos de pelota. Su frecuencia los hace útiles para fechar cualquier contexto, y nos dicen mucho sobre los cambios de modos de vida en el centro de Jalisco durante el transcurso de dos mil años. Una ocupación temprana y pequeña en la fase Tequila I creció rápidamente para formar el sitio que se conoce hoy en día, con círculos, juegos de pelota y casas sobre un área extensa en las lomas detrás del actual pueblo de Teuchitlán. Los banquetes privados y públicos y los rituales fueron aspectos importantes de la cotidianidad sus antiguos habitantes, y los muertos se enterraron con objetos usados durante su vida. Después de 400/500 n.e., cesó la construcción de círculos, juegos de pelota y las tumbas de tiro, decayó la población y solamente se construyeron algunas estructuras nuevas en la zona de Loma Alta. La gente de aquí se ocupó de rituales muy distintos e incorporaron cerámica de manufactura especial en estas actividades. Todo sugiere la aparición de tradiciones rituales y dietéticas muy diferentes en esta fase. La ocupación más grande de toda la época prehispánica fue en el Posclásico, cuando gente con conexiones fuertes al norte reocuparon este sitio y muchos otros. Hicieron tortillas, molieron chiles para acompañar su comida y tenían diferentes modos de servir y comer juntos. Conforme continúe el trabajo de análisis en las colecciones de Los Guachimontones, anticipamos mucha información nueva a nuestro conocimiento actual de la vida cotidiana en el sitio.

Para leer más:

Beekman, Christopher S.

2010 Recent Research in Western Mexican Archaeology. *Journal of Archaeological Research*. 18 (1):41-109.

Beekman, Christopher y Phil C. Weigand

2000 *La cerámica arqueológica de la Tradición Teuchitlán, Jalisco: tipología, análisis petrográfico y cronología*. El Colegio de Michoacán, Zamora.

Galván Villegas, Luis Javier

1991 *Las tumbas de tiro del valle de Atemajac*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Johns, Catherine

2014 *Ceramic Activity Analysis of Navajas Circle 5 and the Need for Practice Theory in Unusual Monumental Architecture*. Tesis de maestría, University of Colorado Denver.

López Mestas, Lorenza y Jorge Ramos de la Vega

2006 Some Interpretations of the Huitzilapa Shaft Tomb. *Ancient Mesoamerica* 17:271-281.

Townsend, Richard

1998 *Ancient West Mexico: Art of the Unknown Past*. Art Institute of Chicago, Chicago.



Figura 5.1
Jarro rojo de silueta compuesta, loza Colorines fina, Círculo 6, Ofrenda 7
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.2
Cuenco negro pulido restringido, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 1
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.3
Olla sin contexto, posiblemente Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.4
Olla Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 3, Entierro 2
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.5
Jarra rojo sobre crema con asas, loza Colorines Burdo
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.6
Jarra Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.7
Jarra Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Ofrenda 1
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.8
Cuenco (o tecomate) negro-gris, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 1
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.9
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Talleres 3, Entierro 5
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.10
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Talleres 3, Entierro 5
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.11
Cajete Oconahua rojo sobre crema, loza Tabachines, Círculo 1, Plataforma A, Ofrenda 1
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.12
Olla Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, La Joyita A. Estructura 8
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.13
Olla Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, plaza exterior
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.14
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, La Joyita A, Entierro 2
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.15
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Ofrenda 5
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.16
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Talleres 3, Entierro 5
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.17
Cajete Oconahua rojo sobre crema, loza Tabachines, Círculo 1, Plataforma A, Ofrenda 1
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.18
Olla Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 2
Barro
Fase Tequila III-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.19
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Ofrenda 5
Barro
Fase Tequila II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.20
Jarra de boca ancha negro pulido, loza Colorines fina, Círculo 3, Entierro 3
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.21
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 2
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.22
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 2
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.23
Plato rojo sobre crema
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.24
Platos negro-café y crema, loza Colorines fina, La Joyita A, Ofrenda 1
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.25
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.26
Cuenco Ahualulco rojo sobre crema, loza Colorines fina, Círculo 6, Tumba 2
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.27
Cajete Atemajac polícromo, posible importación
Barro
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.28
Cajete importado, probablemente del área de Ixtlán del Río
Barro
Fase Ixtlán temprano
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.29
Cajete importado, probablemente del área de Ixtlán del Río
Barro
Fase Ixtlán temprano
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.30
Cuenco trípode rojo sobre café
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.31
Jarra miniatura sin decoración
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.32
Olla miniatura
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.33
Olla miniatura con decoración negro sobre rojo, Talleres 3, Entierro 12
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.34
Olla miniatura con decoración negro sobre rojo, Talleres 3, Entierro 12
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.35
Jarra miniatura sin decoración, Talleres 3, Entierro 5
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.36
Olla trípode burdo con decoración rojo sobre café
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.37
Copa sin base anular
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.38
Copa sin decoración, Talleres 3, Entierro 12
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.39
Jarra miniatura incisa, Talleres 3, Entierro 8
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.40
Copa miniatura con decoración negro sobre rojo, Talleres 3, Entierro 12
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.41
Olla pseudo-Cloissoné, Talleres 3
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.42
Huistla bicromo molcajete trípode, Círculo 2, Plataforma 3
Barro
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.43
Huiltla bicromo molcajete trípode, Círculo 2, Plataforma 3
Barro
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.44
Huiltla policromo molcajete trípode, Talleres 1
Barro
Fase Atemajac II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 5.45
Cuenco trípode pintada e incisa
Barro
Fase Atemajac II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray

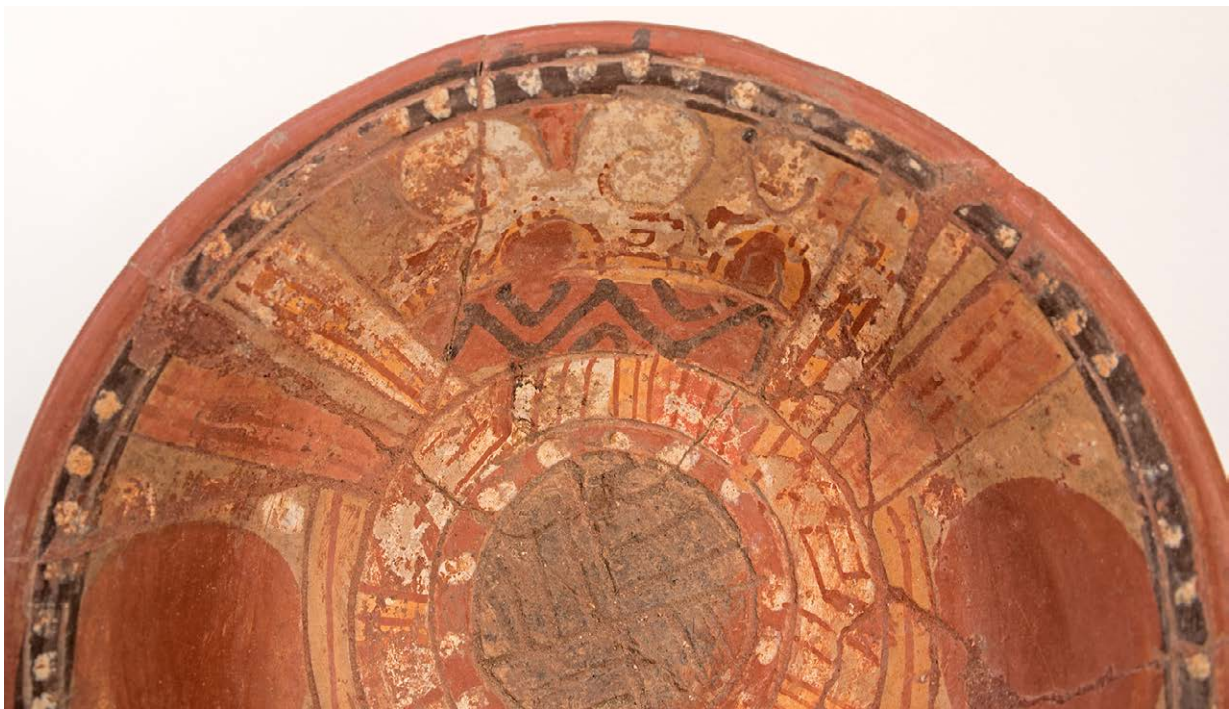


Figura 5.46
Cuenco trípode pintada e incisa
Barro
Fase Atemajac II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray

Figuras y figurillas

Christopher S. Beekman

Las excavaciones en el sitio Los Guachimontones permitieron obtener una colección de figurillas y figuras de diversos contextos (**Figuras 6.1, 6.2**). La mayoría se manufacturaron en barro, pero también hay de concha y piedra. Todas estas han aparecido en tumbas de tiro, pero investigaciones actuales nos ayudan demostrar que se usaron en una variedad de contextos, lo que nos permite ubicarlas en el tiempo con más seguridad. También contribuyen a nuestro entendimiento sobre sus funciones.

Fase Tequila II-IV (300 a.n.e. -400/500 n.e.)

Las representaciones del cuerpo humano, en figuras y figurillas, se volvieron comunes en las fases Tequila II-IV en Los Guachimontones, y sus usos fueron diversos. Se considera que las figurillas pequeñas de barro sólido se usaron principalmente en rituales domésticos (**Figuras 6.4-6.6**). En Colima, se han encontrado piezas similares dispuestas en escenas que sugieren representaciones del parto o de familias. Esto puede indicar que las figurillas se usaron para hacer suplicas a los dioses, o tal vez para pedir la fertilidad o el bienestar del hogar. No es probable que fueran muñecas o juguetes para niños, porque siguen reglas estrictas de diseño y se encuentran comúnmente en los entierros de adultos. Un buen ejemplo son las dos figurillas pintadas (**Figuras 6.7-6.8**) que se encontraron juntas en un entierro; es notorio que se trata de un hombre y una mujer, pues es interesante ver cómo los artesanos antiguos decidieron representar la forma de sus cabezas de manera diferente. La forma más redonda para el hombre, y la forma más alargada de la mujer, pueden referir a la práctica de la deformación craneal tan conocida en la antigua Mesoamérica. Pero también puede ser una práctica del artista, como los artistas modernos del manga japonés, donde representan a las mujeres con ojos exagerados y narices diminutas.

Hasta las figurillas incompletas son importantes; algunos fragmentos se encuentran en ocasiones en una capa sobre los entierros, con la función de sellar el entierro, o marcar el final de un ritual funerario. Este proceso de terminación fue común en toda Mesoamérica, donde artefactos y edificios podían ser acabados por medio de un ritual.

Las esculturas mejor conocidas en forma de ser humano son las figuras grandes y huecas de cerámica, denominadas “monos” por la gente de la zona, aunque sus funciones se entienden pobremente. Estas se encuentran desde el norte de Jalisco hasta Colima, y desde la costa hasta Guanajuato. La mayoría de los ejemplos completos de estas figuras vienen de contextos de tumbas de tiro saqueadas. Las excavaciones en varios lugares han mostrado que las tumbas se pueden encontrar en los asentamientos prehispánicos o en las afueras, pero las figuras son más numerosas en los primeros. Las excavaciones en Los Guachimontones, y en otros sitios, han ampliado nuestro conocimiento para mostrar que las figurillas y las figuras se usaron también en otros contextos no funerarios. Una figura hueca y grande, que posiblemente representa un ancestro reverenciado, se encontró en el grupo residencial de La Joyita; desafortunadamente, la pieza se encontró fragmentada, y solo se pudo reconstruir una cuarta parte por lo que se desconoce su apariencia.

Otros ejemplos provienen de entierros u ofrendas colocadas dentro de la arquitectura circular, como las figuras encontradas en el Círculo 6 (**Figuras 6.9-6.10**). En este, las ofrendas que se pusieron en el centro del altar, orientadas hacia los puntos cardinales, y pudieron haber servido para consagrar este lugar, lo que es opuesto a un acto de terminación. La alta frecuencia de fragmentos de figuras quebradas por todo el sitio y en otros lugares como Navajas, en el municipio de Tala, me llevó a proponer que algunas figuras se usaron para contar cuentos en foros públicos, en un sentido similar al de los códices mesoamericanos

que se usaron para contar historias sobre reyes, batallas y genealogías. Cualquiera que sea el caso, las figuras y figurillas se fabricaron con las mismas recetas de barro de las vasijas más finas de Tabachines y Estolanos (véase la sección cinco) que se usaron en rituales de gente de alto estatus; esto puede indicar que fueron los mismos artesanos los que hicieron las figuras y las vasijas, lo cual enriquece nuestro entendimiento sobre la economía artesanal.

Las figuras se clasificaron en varios estilos basados en la manera que representan el cuerpo humano; cada estilo corresponde a un área geográfica delimitada y es probable que sean representativos de las materias primas de un pueblo en específico, un taller, o hasta de los artesanos. Sin embargo, en la colección hay presencia de varios estilos, lo cual demuestra que las figuras se intercambiaron o se elaboraron en varios lugares. El tipo más común en las excavaciones en el sitio es el estilo San Juanito (**Figuras 6.9-6.12**); llamado así, porque pensamos que se originó en el pueblo de San Juanito de Antonio Escobedo. No obstante, Los Guachimontones se ubica al centro de la distribución de estas y tal vez fue el lugar de origen de este estilo. Las figuras San Juanito tienen posturas y gestos distintos—por ejemplo, predominan las que están sentadas mirando al frente. El artista usó distintas posturas para mostrar el sexo del individuo: los hombres tienen sus piernas dobladas al frente, mientras que las mujeres tienen sus piernas rectas y extendidas. La mayoría tiene caras alargadas y delgadas, brazos angostos, narices prominentes y ojos distintivos hechos con muescas. Son de color crema natural con decoración del vestido y tocado en color rojo. Al excavar, se encontraron en los contextos más tempranos del Sector Nuclear, es decir en la fase Tequila II (300-100 a.n.e.). En el altar del Círculo 6, mencionado anteriormente, se encontró un individuo joven masculino, el cual fue enterrado con una figurilla de una mujer adulta, la cual tal vez representó a una madre que lo cuidaría en la vida futura.

Los otros estilos encontrados en la colección son de la misma época o más recientes. El estilo Ameca-Etatlán se nombró así porque es típico del área donde se hallaron, aunque también se han ubicado algunas piezas al este, en el área de Guadalajara. Las figuras se hicieron con la misma receta de barro del estilo de San Juanito, y sugieren que tomaron este estilo y lo desarrollaron aún más. Estas pueden ser muy grandes, y más realistas, en el sentido de que tienen cuerpos y extremidades más redondas, y cabezas y características faciales de formas más naturales. Pueden mostrarse sentadas o paradas, pero algunas tienen posturas más dinámicas, como las de guerreros en posiciones de preparación de ataque. Sus ojos son distintivos, con una esfera dentro de la cavidad en lugar de una muesca sencilla. Las figuras de este estilo se dejaron con el color crema natural del barro, o bien se pintaron de rojo. Por ejemplo, una figura en la colección (**Figura 6.13**), al haberse cocido irregularmente, presenta una mancha negra en la cara, justo donde hubo insuficiente oxígeno durante la cocción. El artista pintó la figura de rojo, posiblemente para cubrir la mancha en la cara. Pero por haber puesto la pintura después de la cocción, quedó muy frágil y se desprendió de la mayoría de la cara. Otra pieza de este estilo (**Figura 6.14**) representa un guerrero que tiene en su mano derecha los restos de un atlatl roto, como lo denota la presencia de los anillos donde el guerrero pone sus dedos para arrojar su lanza. Como muchas representaciones, trae como tocado la cabeza de un animal. He propuesto que estos animales representan a los naguales de los guerreros, como los que existían de manera más institucionalizada entre los aztecas, con sus órdenes militares de águilas y jaguares.

La cabeza de una figurilla del estilo Tala-Tonalá (**Figura 6.15**) se excavó en un área residencial del sitio. El estilo en realidad cubre un área muy amplia, desde los valles de Tequila hasta Nayarit, y su popularidad se puede deber a su pequeño tamaño. La cabeza tiene un perfil distintivo, por el que también se le ha llamado “cara de oveja”, siendo un estilo muy diferente al de Chapala, el cual también está representado en las colecciones (**Figuras 6.16-6.17**) y cuyo énfasis está puesto claramente en la cara, pues el cuerpo se reduce a un sostén para la cabeza. La cara es muy plana, con la boca y los ojos marcados por una línea sencilla marcando una pastilla. No tienen ninguna otra decoración en pintura ni modelaje, como joyería, tocados u objetos en las manos. Hasta la fecha, éstas figuras han sido solamente encontradas por saqueadores. Las figurillas de este estilo en la colección fueron donadas por gente de la localidad.

Aunque las figuras y figurillas humanas en barro son las mejor conocidas, algunos objetos encontrados son de diversos materiales o representan a diferentes individuos. Son muy conocidas las figurillas de perros encontradas en las tumbas del occidente de México y en la colección hay una (**Figuras 6.18-6.19**). La escultura se hizo en basalto vesicular (**Figura 6.20**), por lo que pudiera corresponder al fragmento de un metate decorativo. Se conocen piezas similares de Centroamérica, pero son menos comunes en México. Los antiguos mesoamericanos pensaban que los perros guiaban a los muertos en su camino al inframundo, pero el hecho de que haya una figura de perro en un metate decorativo sugiere otro significado.

Otra figurilla pequeña, esculpida en concha, representa a una persona con los brazos detrás de la espalda (**Figura 6.21**). No parece un pendiente porque no tiene orificio para colgarse. Probablemente tenía gran valor para la gente antigua por proceder de la costa, y más porque se fabricó de una concha naranja altamente valorada que se llama Spondylus. Este material tenía gran demanda en la época prehispánica en México y hasta Perú. Los buceadores tenían que sumergirse hasta una profundidad de 10 metros para cosecharlas. Una figurilla que sí aparece como pendiente es un humano pequeño y agachado hecho en barro negro (**Figura 6.22**). Es una representación sencilla pero difícil de identificar, aunque posturas similares se pueden encontrar en esculturas de piedra más grandes que posiblemente representen a dioses. Es una de múltiples figurillas excavadas en el mismo entierro del Círculo 6 en Los Guachimontones, y probablemente fue un pendiente.

Fase El Grillo (400/500-900 n.e.)

La única figurilla más tardía que se ilustra en este catálogo es de la fase El Grillo, equivalente al Epiclásico Mesoamericano, que siguió a la caída de la cultura Teuchitlán. La figurilla es de un estilo denominado Cerro de García (**Figuras 6.3, 6.23**) en Jalisco. Figurillas muy similares provenientes de Colima se les conoce con el nombre de Cabeza Ancha: Banda Acanalada, por hacer referencia a la cabeza amplia y el tocado de la figurilla. Obsérvese cómo el artista seleccionó la representación del cuerpo humano: en vez de hombres y mujeres realistas, como las de la fase Tequila, esta representación femenina es muy plana y esquemática. Si se observan los pies de la figurilla, parece que se quisiera parar sin ayuda, quizás para verse a sí misma o para atestiguar una ceremonia, esto denota claramente que era más importante representar su cabeza que su cuerpo. En este sentido, recuerda el estilo de figurillas de Chapala. También tiene un tocado, orejeras y un colgante, que indica la importancia de representar el estatus y riqueza como característica personal. Esta tiene más en común con los estilos San Juanito y Ameca-Etzatlán de las fases Tequila.

Fase Atemajac (900-1600 n.e.)

Es el periodo conocido como el Posclásico. Tenemos pocas figurillas de la fase Atemajac en el catálogo, porque se han encontrado solamente ejemplos incompletos (**Figura 6.1 fila superior izquierda y centro, segunda fila centro**). El mejor estilo de la época se llama Mazapa, por su similitud con las conocidas del centro de México; en este estilo, la representación de la forma humana fue mucho menos importante. Las figurillas Mazapa son planas y se hicieron utilizando un molde para manufacturarse rápidamente, por lo cual se requería de poco esfuerzo o talento; luego las decoraban individualmente con pintura si así lo deseaban. Estas tienen caras que muestran poca individualidad, pero tienen traje y tocado elaborados. No sabemos sus usos, pero por su tamaño pequeño es poco probable que tuvieran alguna función pública. Además, no se pueden parar sin soporte, y esto hace suponer que se hicieron para sostenerse en la mano. Su popularidad decayó posteriormente a la fase temprana del Posclásico, después de la cual tenemos poca información sobre figurillas de cualquier tipo.

Conclusiones

Se conocen figuras y figurillas en todo Mesoamérica, desde el principio de la época Olmeca hasta el período Colonial. Cada región tiene sus estilos distintivos, los cuales surgen de las disímiles funciones y conceptos del cuerpo humano. La población inicial en Los Guachimontones utilizó considerablemente

estas representaciones porque se encuentran en todo tipo de contextos. Las figurillas fueron de fácil acceso y bien hechas, y podían usarse en rituales personales y súplicas a los dioses. Las figuras más grandes se usaron probablemente como esculturas que se mostraban de pie en otras áreas para su exhibición y venerarse en residencias domésticas. Otras se usaron y rompieron en los espacios ceremoniales, tal vez por gente que contaba cuentos sobre dioses, ancestros y líderes. En tiempos más recientes, muchas se depositaron como ofrendas en los templos, o para acompañar a los muertos dentro de las tumbas de tiro. Al finalizar la época de construcción de guachimontones, se hicieron figurillas más sencillas que sirvieron para mantener un interés continuo en los rituales particulares. En el Posclásico se volvieron menos importantes; gente inexperta las hacía de manera sencilla y barata. Las representaciones del cuerpo humano también fueron cada vez menos importantes y se convirtieron en objetos manufacturados en serie.

Para leer más:

Baus Reed Czitrom, Carolyn

1978 *Figurillas solidas de estilo Colima: una tipología*. Colección Científica, Arqueología No. 66, Secretaria de Educación Pública, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Kan, Michael, Clement Meighan y Henry B. Nicholson

1989 *Sculpture of Ancient West Mexico: Nayarit, Jalisco, Colima*. Segunda edición. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Solar Valverde, Laura

2021 Sacralidad y plegaria. Una aproximación a los posibles usos y significados de la figurilla Tipo I en el Noroccidente del México prehispánico. *Americae* [en línea] 6. URL : <https://americae.fr/dossiers/figurines/sacralidad-plegaria-usos-significados-figurilla-tipo-i-noroccidente-mexico-prehispanico/>

Toscano, Salvador (editor)

1946 *Arte precolombino del occidente de México*. Secretaria de Educación Pública, México.

Townsend, Richard F. (editor)

2000 *El antiguo occidente de México: arte y arqueología de un pasado desconocido*. Carlos Eduardo Gutierrez Arce, editor del idioma español. Art Institute of Chicago, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, Tequila Sauza S.A. y Artes Gráficas Panorama, Guadalajara.

von Winning, Hasso

1974 *The Shaft Tomb Figures of West Mexico*. Southwest Museum Papers No. 24, Los Angeles.



Figura 6.1
Fragmentos de figurillas y soportes
Barro
Varios contextos
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.2
Fragmento de figurilla antropomorfa
Barro
Sin contexto
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.3
Fragmento de figurilla antropomorfa con rostro
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.4
Fragmento de figurilla antropomorfa con rostro
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.5
Fragmento de figurilla antropomorfa con rostro
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray

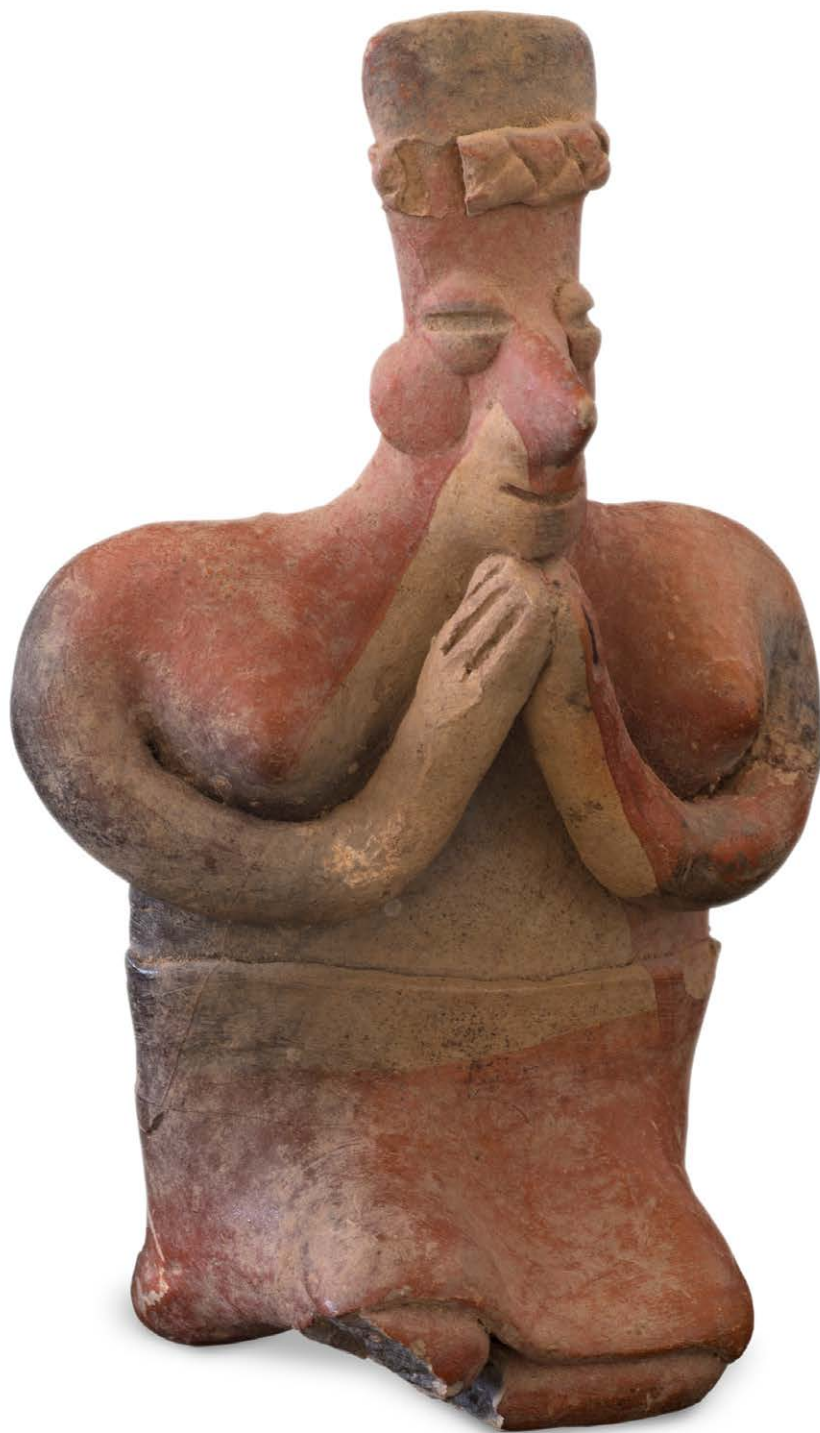


Figura 6.6
Figurilla femenina
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.7
Figurilla masculina, estilo no definido, Talleres 3, Entierro 5
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.8
Figurilla femenina, estilo no definido, Talleres 3, Entierro 5
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.9
Figurilla femenina, estilo San Juanito, Círculo 6, Ofrenda 4
Barro
Fase Tequila II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.10
Figurilla masculina, estilo San Juanito, Círculo 6, Tumba 2
Barro
Fase Tequila II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.11
Figurilla, estilo San Juanito
Barro
Fase Tequila II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.12
Cabeza de figurilla, estilo San Juanito
Barro
Fase Tequila II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.13
Cabeza de figurilla masculina, estilo Ameca-Etztatlán (B-5)
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.14
Figura masculina, estilo Ameca-Etatlán, sin contexto
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.15
Cabeza de figurilla, estilo Tala-Tonalá (E-1), Talleres 3
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.16
Figura, estilo Chapala (F-2)
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.17
Figura, estilo Chapala (F-2)
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.18
Fragmento de figurilla zoomorfa, Talleres 3
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.19
Fragmento de figurilla zoomorfa, Talleres 3
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.20
Fragmento de figurilla zoomorfa, Talleres 3
Basalto
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.21
Pendiente de figura antropomorfa, Círculo 3, plaza exterior
Concha
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.22
Figurilla masculina miniatura, Círculo 6, Cámara 1
Barro
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 6.23
Figurilla femenina, estilo Cerro de García
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray

Las tecnologías del metal y la joyería

Blanca Maldonado

En el occidente de México, como en el resto de Mesoamérica, la ideología parece haber jugado un papel de gran importancia en las relaciones de poder establecidas entre las comunidades del Formativo tardío-Clásico temprano. La producción, el intercambio y la visualización social y ritual de objetos preciosos alcanzó así gran significado y valor, los cuales tuvieron consecuencias determinantes en la inversión para la producción de cultura material y, por asociación, también en el intercambio y la ostentación social y ritual de preciosidades. Los objetos materiales, pues, daban cuenta reiterativa de la interacción entre las diferentes élites mesoamericanas.

Las ofrendas funerarias, con frecuencia, reflejan una incipiente especialización en la explotación de recursos que permitieron a estas sociedades del occidente participar en redes regionales de intercambio. La presencia de conchas es un reflejo de estas, las cuales funcionaron desde tiempos muy tempranos, y que relacionaron sitios costeros de extracción, manufactura y distribución con sitios de tierra adentro; al menos en los alrededores de los volcanes, en la frontera entre Jalisco y Colima.

Conjuntamente, la metalurgia se considera uno de los desarrollos sociotecnológicos más característicos del occidente de México. Basada principalmente en el cobre y sus aleaciones, esta tecnología se enfocaba por lo general en la creación de objetos de carácter suntuario, utilizados como símbolos de estatus social y político de las élites, así como en ceremonias religiosas y otros rituales; aunque también se manufacturaron algunos implementos utilitarios como agujas y punzones.

Además del metal, otros materiales, incluyendo cerámica, minerales y hueso, se utilizaron en la manufactura de piezas ornamentales y pequeñas herramientas, que con frecuencia aparecen en contextos funerarios. A continuación, se describen algunos de estos implementos, los cuales forman parte de la colección del Proyecto Arqueológico Teuchitlán y que en su mayoría proceden de excavaciones.

Antecedentes

Los trabajos del Proyecto Arqueológico Teuchitlán, originalmente dirigido por el Dr. Phil C. Weigand, han involucrado varias temporadas de investigación. La excavación de las unidades habitacionales de Talleres 1 y Talleres 2 en 2001-2002 arrojó evidencia de la presencia de metalurgia en la región. Posteriormente (2008-2010), se recuperaron varios artefactos más, al parecer depositados como ofrenda en un juego de pelota. La colección actual de materiales del proyecto incluye distintas categorías de artefactos de metal, entre otros materiales.

Metal

Como mencionamos, la metalurgia del occidente de México se basó principalmente en el cobre y sus aleaciones. Las técnicas empleadas en la elaboración de los objetos encontrados en Teuchitlán se reducen básicamente a dos: el martillado y el trabajo “en frío”, con posibles etapas sucesivas de calentamiento de la pieza, y la fundición en molde. Concretamente, los cascabeles se produjeron mediante la técnica conocida como “a la cera perdida”. El proceso “en frío” implica el uso de cobre nativo o de preformas de metal (previamente fundido) preparadas por grosores distintos, según el tipo de artefacto que se va a producir. La cadena operativa del proceso involucrado en el trabajo de metales es aún desconocida, pues no se han encontrado evidencias directas o indirectas de producción metalúrgica. Es probable

también que los distintos objetos se hayan elaborado en otras regiones e introducido directamente por intercambio.

Las agujas son instrumentos comunes en la colección. El número de fragmentos sugiere un uso frecuente. En los estudios de artefactos de metal, se clasifican de acuerdo con la forma y técnica de preparación del ojo. Así, los ejemplares de Atoyac son del tipo “ojo plegado” (loop eye). Para este esquema de fabricación, se preparaba una laminilla angosta expandiéndola mediante martilleo a casi todo su largo; se dejaba el extremo superior más grueso para luego plegarlo sobre sí mismo y formar un gancho. Luego se martillaba la lámina por sus dos lados para replegar los extremos hacia el centro, dejando atrapada la parte final del gancho en el interior de la lámina plegada. Finalmente, todo se golpeteaba sucesivamente para afinar y regularizar la forma del cuerpo de la aguja. Este procedimiento deja como huella diagnóstica de la técnica empleada, una fisura o espacio hueco en el corte central del instrumento (**Figuras 7.1-7.2**).

En la categoría de leznas se han incluido varios objetos trabajados por martillado. Por sus dos filos activos, estos entran en la clasificación de tipo “doble punta”. En la categoría de punzones misceláneos se incluyen piezas de lo que podrían ser agujas o leznas, cuyo estado de fragmentación no permite identificarlas con certeza (**Figura 7.3**).

También aparecen con cierta frecuencia argollas y fragmentos de aros, utilizados a menudo como pendientes o aretes. Entre estos se encuentran los artefactos mostrados en las **Figuras 7.4-7.6**; donde la segunda de estas muestra tres aros unidos a restos de lo que fue material textil. En ocasiones aparecen estos aros adornados con cuentas de piedra verde, como el caso del recuperado de Talleres 2 (**Figura 7.7**).

El cascabel puede definirse como una caja de resonancia hueca, con o sin un elemento móvil en su interior (badajo) y con una abertura o ranura ubicada en el extremo inferior. Los lados se sujetan mediante una pequeña argolla ubicada en su extremo superior. Los cascabeles se cuentan entre los objetos más numerosos de la colección. Todos ellos son de tamaño pequeño; se dividen en dos clases morfológicas: esféricos y periformes u oblongos. Los primeros caen dentro del tipo 1a de la clasificación estándar (**Figura 7.8, izquierda**) y los segundos en los tipos 1b de la misma tipología (**Figura 7.8, derecha**).

Por último, el único pendiente de la colección procede de Talleres 3. Se trata de una lámina martillada y cortada en forma de pera; tiene una perforación en la parte central del extremo superior (**Figura 7.9**). Aún quedan por realizarse los análisis de esta pieza.

Lítica tallada

Las piedras verdes fueron también una materia prima muy valorada que fluyó por amplias redes de intercambio. En el occidente de México se ha documentado el uso de distintos tipos de esta. Existen cuentas elaboradas en materiales foráneos, como la jadeíta, y poco se conoce sobre las posibles rutas de intercambio.

Entre los artefactos en lítica de carácter ornamental en Los Guachimontones, se encuentran pendientes (**Figuras 7.10-7.11**) y cuentas de collar de piedra verde (**Figuras 7.12-7.13**) o pizarra (**Figuras 7.14-7.15**). Aunque no necesariamente una preciosidad, el inventario en lítica pulida incluye un metate con mano, tallado en basalto (**Figura 7.16**).

Cerámica en miniatura

Pequeñas piezas de cerámica también forman parte de la colección, presentando forma de cuentas de collar trabajadas con finos detalles (**Figuras 7.17-7.19**). Entre este arte menor aparecen también sellos de figuras zoomorfas (**Figuras 7.20-7.21**) y fitomorfas (**Figura 7.22**). Por otra parte, se han registrado malacates decorados con incisiones y punzonado (**Figuras 7.23-7.24**), así como un artefacto que posiblemente se utilizó como sonaja (**Figura 7.25**). La cerámica se elaboró en las diversas zonas que conforman el occidente del país, pero hasta el momento no se conocen contextos primarios de producción para estas piezas.

Concha

La concha constituyó otro elemento importante en el conjunto de materiales de la zona central de Jalisco. Pendientes antropomorfos y zoomorfos, así como narigueras, orejeras y cuentas de collar y de vestimenta, en formas muy estandarizadas, se distribuyeron ampliamente en Nayarit, Jalisco y Colima; incluso se ha documentado su existencia en sitios más alejados como Apatzingán, Michoacán, la zona de Los Altos de Jalisco y cerro del Huistle. En este último sitio, cuentas similares a las de Huitzilapa formaron parte de las faldas de algunos personajes.

Los artefactos de concha del sitio se encuentran representados principalmente por cuentas pequeñas (ej. **Figuras 7.26-7.27**). Aparece además un fragmento de concha sin trabajar (**Figura 7.28**).

Hueso

El hueso se utilizó sobre todo para tallar pequeñas herramientas, como punzones (**Figuras 7.29-7.30**) y agujas (**Figura 7.31**). Sin embargo, aparecen también objetos tallados con gran sofisticación, como la flauta esgrafiada recuperada en Talleres 1 (**Figura 7.32**).

Conclusiones

El estudio de los objetos y materias primas que estaban siendo utilizados y probablemente intercambiados en la región de la cultura Teuchitlán, hace evidente que la mayoría de estos son bienes que no entran en la categoría de utilitarios, sino que tuvieron un carácter suntuario o de prestigio, y que sirvieron como referentes o marcadores sociales del estatus de quienes las poseyeron. Este factor implica que no tuvieron la finalidad de satisfacer las necesidades materiales de existencia de otras comunidades. Por otro lado, estos artefactos parecen haber materializado conceptos ideológicos panmesoamericanos, siendo este su valor principal. De esta forma, se puede considerar que estos artículos fueron vehículos transmisores de acciones simbólicas, más que simples bienes de intercambio económico. Las lógicas del intercambio en estas comunidades del Jalisco prehispánico estuvieron marcadas por este hecho.

Para leer más:

Beekman, Christopher S.

2009 Los sistemas políticos del Formativo en los valles de Tequila, Jalisco y su relación con la subsistencia. En *Las sociedades complejas del occidente de México en el mundo mesoamericano: homenaje al Dr. Phil C. Weigand*, editado por Eduardo Williams, Lorenza López Mestas y Rodrigo Esparza, pp. 75-92. El Colegio de Michoacán, Zamora.

2010 Recent Research in Western Mexican Archaeology. *Journal of Archaeological Research* 18:41-109.

Hosler, Dorothy

1994 *The Sounds and Colors of Power*. MIT Press, Cambridge.

López Mestas, Lorenza

- 2010 La ideología: un punto de acercamiento para el estudio de la interacción entre el occidente de México y mesoamérica. En *Dinámicas culturales entre el occidente, el centro-norte y la cuenca de México, del Preclásico al Epiclásico*, editado por Brigitte Faugère-Kalfon, pp. 37-50. Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México.

Saunders, Nicholas J.

- 2003 'Catching the Light': Technologies of Power and Enchantment in Pre-Columbian Goldworking. En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, pp. 15-47. Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

Weigand, Phil C., Jorge Herrejón y Sean M. Smith

- 2002 Proyecto Arqueológico "Los Guachimontones", 2001-2002. Informe técnico de las unidades de excavación Talleres 1 y Talleres 2. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.



Figura 7.1
Aguja de cobre tipo 'loop eye', Talleres 2
Metal
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.2
Aguja de cobre tipo 'loop eye', fragmentada, Talleres 2
Metal
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.3
Punzón de cobre, posiblemente una lezna, Talleres 2
Metal
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.4
Aro de cobre asociado a restos de textil, Talleres 2, Ofrenda 2
Metal
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.5
Tres aros de cobre asociados a restos de textil, Talleres 2, Ofrenda 2
Metal
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.6
Tres aros de cobre, Talleres 2, Ofrenda 2
Metal
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.7
Aro de cobre con cuenta de piedra verde, Talleres 2
Metal
Fase Atemajac
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.8

Tres cascabeles de cobre, del Juego de Pelota 2. A mano izquierda se aprecia uno de tipo 1a (esférico), mientras que el del extremo derecho se asemeja al tipo 1b (oblongo)

Metal

Fase Atemajac

Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.9

Placa/Pendiente metálica con perforación superior, Talleres 3

Metal

Fase Atemajac

Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.10
Pendiente en lítica tallada con perforación superior, de procedencia desconocida
Lítica
Sin contexto
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.11
Collar con pendiente en lítica tallada y cuentas tubulares de cerámica, Círculo 3
Lítica y cerámica
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.12
Dos cuentas de piedra verde con incisiones, encontrada en una tumba de tiro
en Loma Alta
Lítica
Fase Tequila II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.13
Dos cuentas de piedra verde lisas, encontrada en una tumba de tiro
en Loma Alta
Lítica
Fase Tequila II
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.14
Diez cuentas de lítica tallada, presumiblemente pizarra, Círculo 6, Cámara 1
Lítica
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.15
Ocho cuentas de lítica tallada, presumiblemente pizarra, Círculo 6, Cámara 1
Lítica
Fase Tequila II-III
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.16
Lítica pulida (mano y metate), Talleres 3, Entierro 5
Lítica
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.17
Collar de cuentas discoidales de cerámica, Círculo 6
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.18
Collar de cuentas antropomorfas de cerámica, Círculo 6, Tumba 5
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.19
Cuentas tubulares de cerámica y de concha, Círculo 3, Entierro 3
Barro/Concha
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.20
Sello de cerámica con figura antropomorfa, Talleres 1
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.21
Un fragmento de molde y uno de sello, ambos de cerámica y de procedencia desconocida
Barro
Sin contexto
Fotos de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.22
Sello fitomorfo de cerámica, Talleres 3
Barro
Fase El Grillo
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.23
Malacate decorado (cerámica), Talleres 1
Barro
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.24
Descripción: Seis malacates de cerámica incisa, de procedencia desconocida
Barro
Sin contexto
Fotos de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.25
Aro de cerámica con dos prominencias conoidales; presumiblemente una sonaja, de procedencia desconocida
Barro
Sin contexto
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.26
Una cuenta de cerámica y una de concha, Círculo 6, Tumba 5
Barro/Concha
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.27
Cuentas de concha (4) y lítica (1), Círculo 6, Tumba 5
Lítica/Concha
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.28
Fragmento de concha procedente de Círculo 6, Tumba 5
Concha
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.29
Punzón de hueso, Talleres 3
Hueso
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.30
Punzón de hueso, Talleres 1
Hueso
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.31
Aguja de hueso, Talleres 1
Hueso
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray



Figura 7.32
Flauta de hueso esgrafiado, Talleres 1
Hueso
Fase Tequila II-IV
Foto de Lesha María Rodríguez y Edwin Carungaray

Iconografía, ritual y cosmovisión

Joshua D. Englehardt

La sociedad antigua que habitó Los Guachimontones frecuentemente se considera única en Mesoamérica. Aislada en un occidente salvaje, dice la sabiduría tradicional, esta gente carecía de los rasgos “típicos” o “definitorios” de la gran mayoría de las culturas mesoamericanas. No obstante, se desarrollaron configuraciones culturales originales y sorprendentes en la región, sin par en el México antiguo —guachimontones y tumbas de tiro, por ejemplo. Investigaciones recientes han cambiado y profundizado sobre estas coincidencias y diferencias, demostrando que los antiguos pobladores del sitio, y el occidente en general, compartían una amplia gama de rasgos con otras culturas a lo largo de Mesoamérica. Al parecer, esta sociedad estaba más integrada en un sistema simbólico compartido —así como en redes de comercio e intercambio cultural de larga distancia. Así, a través de los restos materiales, hemos obtenido pistas sobre la cosmovisión y prácticas rituales; las cuales confirman que estas sociedades compartían una ideología, así como un sistema simbólico panmesoamericano, con muchos otros grupos contemporáneos.

La cultura material como reflejo de una ideología

Para los arqueólogos es difícil reconstruir el sistema simbólico o ideológico de una sociedad que ya no existe. Las culturas antiguas no nos dejaron un manual que explicara sus creencias; tampoco nos dejaron una liturgia que detalle sus rituales o el significado de estos. Por eso utilizamos pistas en el registro material que dan acceso a estos sistemas de significado. Para rehacerlos, frecuentemente se comparan rasgos de la iconografía o de la evidencia de cierto tipo de rituales encontrados en los restos arqueológicos de un sitio (o cultura), con aspectos semejantes hallados en otra cultura, y cuyo significado es más claro o conocido. Es casi como armar un rompecabezas, encontrando piezas y probando si cuadran con su posible visión. Solo hay que considerar que en la arqueología faltan la mayoría de las piezas.

Lo que hace posible la reconstrucción de un sistema simbólico-ritual del pasado es la consideración de que todo objeto material —del pasado, así como en la actualidad— es el producto un sistema de valores, creencias y procesos (la cultura, en otras palabras) que yace detrás de la producción y consumo de un artefacto, edificio u objeto de arte. En este sentido, el objeto en sí es un reflejo del grupo o de la cultura que lo produjo, así como de su sistema ideológico (ideales, credos, símbolos o prácticas rituales). Así, la información cultural codificada en el objeto es un espejo que nos proporciona una mirada sobre su significado simbólico dentro de la cultura que lo reprodujo. Por tanto, los arqueólogos partimos de la presuposición de que la ideología de un grupo, sociedad o cultura está reflejada o materializada en los objetos producidos y consumidos por ellos. A continuación, exploramos algunos aspectos de la cosmovisión, ideología y ritual de la sociedad antigua de Los Guachimontones, reflejados en los restos materiales que nos dejaron.

Simbolismo panmesoamericano en la cerámica

En la cerámica hallada en la zona, específicamente la del periodo Formativo y Clásico, existen símbolos, íconos y motivos artísticos que aparecen en una gran variedad de ejemplos (**Figuras 5.4, 5.6-5.7, 5.9-5.10, 5.14-5.15, 5.21-5.22, 5.26-5.29, 5.33-5.34**). Con frecuencia, estos diseños están presentes en el arte e iconografía de otras culturas mesoamericanas, tanto contemporáneas como posteriores. Entre estos motivos se encuentran la Lazy-S (S-floja; **Figura 8.1**, véase también **Figura 5.25**) y el quincunx (quincunce o elemento cuatripartito; **Figura 8.2**, véanse también **Figuras 5.11, 5.16, y 5.17**). En cuanto

a la primera, la Lazy-S —llamada así por su similitud a la letra “S” acostada o rotada 90 grados—, este elemento tiene un significado de “nube” y está asociado con la lluvia y fertilidad en las culturas Formativas y Clásicas Olmeca, Maya y Zapoteca; así como también con el papel del rey o gobernante como “hacedor de lluvia” (asegurando la fecundidad continua de la tierra). En algunos de los artefactos hallados en el sitio, la Lazy-S está enmarcada por líneas ondulantes, sugiriendo una asociación con el agua, lo que apoya esta lectura iconográfica.

Por su parte, el quincunx es un elemento artístico utilizado para dividir el campo visual en cuatro partes, con un centro que forma el quinto. En casi todas culturas mesoamericanas, desde el Formativo hasta el Posclásico, este diseño funcionó como un cosmograma de cinco puntos, sirviendo como modelo de un espacio centrado y ordenado que simboliza direccionalidad del orden cósmico del mundo. Además, es también una representación simbólica del rey —el punto central del diseño— como mediador entre los distintos niveles del cosmos. Este motivo también se ha documentado etnográficamente en los arreglos espaciales de los templos Cora en Nayarit, los cuales forman un mapa del espacio sagrado y así una representación explícita del cosmos. Al igual que la Lazy-S, el quincunx estaba asociado también al maíz y la vegetación que brotaba; igualmente, de manera secundaria, hacía referencia a la fertilidad representada en este primer motivo. Con estos significados, el diseño quincunx es un símbolo poderoso para la estructura cosmológica-ritual y el poder sociopolítico que perduró a través de la historia mesoamericana y sus distintos grupos culturales.

La forma del guachimontón y sus posibles significados

En algunos ejemplos de la forma cuatripartita en la cerámica de Los Guachimontones —así como en algunas representaciones de la cerámica de la cultura Teuchitlán— el elemento geométrico divide el campo visual en ocho partes (**Figura 8.3**). Esta encuentra paralelos en varios mitos de creación en Mesoamérica y, además, puede estar relacionada al maíz y con la forma arquitectónica del guachimontón como reflejo de la estructura cosmológica del espacio ordenado sugerida por el quincunx. El vínculo entre los complejos arquitectónicos circulares y la variedad de maíz conocido como harinoso de ocho —común en el occidente— es particularmente convincente (**Figura 8.4**). Es posible que la forma del guachimontón refleje la estructura de este maíz, con ocho hileras de granos rodeando un centro. En el caso de la cerámica, se puede imaginar que este motivo geométrico con ocho lados reproduce la misma forma del guachimontón, así como la del maíz. En este sentido, los complejos arquitectónicos son materializaciones de los conceptos cosmológicos —y asociaciones con maíz— reflejados en la cerámica a través del motivo quincunx. Estas pistas también pueden proporcionar ideas acerca de la función de los complejos guachimontón, la cual todavía elude nuestra comprensión. Sin embargo, si aceptamos esta asociación, podemos inferir ciertas actividades rituales que también nos hablan de las funciones y significados de estos complejos arquitectónicos.

Rituales de palo y “voladores”

Muchos investigadores han notado configuraciones semejantes al quincunx, o la división en ocho partes, en representaciones arquitectónicas fabricadas en cerámica a lo largo del occidente. Frecuentemente, tales modelos muestran lo que parece ser un ritual de palo (**Figuras 8.5-8.6**) y, por esa razón, se ha sugerido que en los complejos guachimontón se llevaba a cabo una especie de ritual de voladores. Como se ha documentado etnohistóricamente, variantes de esta actividad se relacionan con la fertilidad de la tierra y los ciclos del calendario ritual mesoamericano, e incluso se practica hoy en día en algunas partes del país. Sin embargo, como algunos han notado en los modelos cerámicos provenientes de las culturas Formativas y Clásicas del occidente, hay una diferencia notable pues las figuras no se muestran descendiendo a la tierra, sino balanceándose encima del palo. Chris Beekman ha planteado otras propuestas sobre la naturaleza de estos, incluyendo el de Xocotl Huetzi o posiblemente un ritual de maíz verde.

El Xocotl Huetzi, o “caída de frutos” fue documentado por varios etnohistoriadores tempranos (véase **Figura 8.7**). Se realizaba en el otoño, durante el décimo mes del calendario mexica, en la temporada en que la fruta madura comenzaba a caer, señalando el inicio de la cosecha. El ritual involucraba dedicatorias y ofrendas a varios dioses, y culminaba en una fiesta y banquete ritual. Por otro lado, la ceremonia de maíz verde ocurría en el mes anterior a la cosecha del otoño —para celebrar una cosecha temprana— apenas las mazorcas estaban lo suficientemente maduras para comer. Aunque más documentado entre los indígenas de los Estados Unidos, también hay evidencia de este tipo de fiesta en la Mesoamérica antigua, particularmente entre los Huicholes y Coras en el occidente. En ambos casos, al igual que el ritual de los voladores, estas ceremonias de palo estuvieron íntimamente asociadas con la fertilidad agrícola y la observación de ciclos calendáricos.

Aunque no se ha encontrado evidencia arqueológica abundante de tales actividades rituales en Los Guachimontones, es muy probable que su forma arquitectónica particular estuviera relacionada con una estructura cosmológica panmesoamericana, con cuatro direcciones y un punto central simbólico del axis mundi, árbol del mundo o una montaña sagrada. Además, parece que hay referencia a los distintos niveles del cosmos en el complejo guachimontón. A través del palo (o posiblemente como una representación simbólica de una montaña), el altar central se vincula con el cielo; el patio —el lugar de fiestas y banquetes asociadas con la fertilidad— con el mundo; mientras que tumbas de tiro y enterramientos, a menudo encontrados debajo de las estructuras que rodean el altar central, representan el inframundo. Tales patrones, que representan simbólicamente el cielo, la tierra y el inframundo, son evidentes en la arquitectura de otros centros ceremoniales y culturas mesoamericanas. En este sentido, y aun sin saber con certeza su función, parece que el complejo guachimontón fue un espacio ritual, ya que abarca las mismas referencias simbólicas a una visión cosmológica compartida a lo largo de Mesoamérica —particularmente en términos del simbolismo asociado con la fertilidad y una estructura ordenada del universo— que se puede apreciar en la iconografía cerámica de Los Guachimontones.

El juego de pelota

El juego de pelota, como complejo arquitectónico y como deporte, es un rasgo cultural bastante común en Mesoamérica, frecuentemente asociado con interpretaciones sensacionalistas (por ejemplo, el sacrificio a los perdedores del juego). La verdad es que no sabemos con certeza cómo se jugaba, ni con cuáles significados culturales estaba asociado el juego. Sin embargo, existen varias líneas de evidencia sobre este, tanto materiales como de fuentes artísticas y etnográficas, con las cuales podemos inferir varios aspectos de esta actividad ritual.

Se desconocen los orígenes del juego de pelota en Mesoamérica, aunque es probable que su historia se remonte hasta el periodo Formativo temprano. Se han hallado pelotas de hule en el manantial sagrado de El Manatí, Veracruz, fechados de 1700-1600 a.n.e. La estructura o cancha de juego más antigua se encuentra en el litoral pacífico de Chiapas, en el sitio de Paso de la Amada, con fecha de 1400 a.n.e., y se han encontrado más de 1300 canchas de juego de pelota en sitios mesoamericanos. La forma de la cancha cambia cambiado poco a lo largo de la historia, aunque existen variaciones en tamaños, se trata de un espacio largo y ancho donde se jugaba, lindado con paredes de piedra o tierra compactada en pendiente (o vertical) en ambos lados, de tal forma que la estructura parece una letra “I” cuando se ve desde arriba (**Figura 8.8**). Se han encontrado canchas de esta forma desde Nicaragua hasta el suroeste de los Estados Unidos.

Aunque en ciertas partes de México todavía practican variantes de este juego —por ejemplo, la pelota mixteca o la ulama de Sinaloa— no se conocen sus antiguas reglas. Tampoco se sabe sobre el tamaño o peso de la pelota, aunque es probable que se haya fabricado con hule. Por otra parte, pareciese que se requería de equipamiento especializado, incluyendo yugos y protectores de cadera, como lo demuestra el registro iconográfico (**Figura 8.9**). Finalmente, es probable que se movilizara la pelota con las caderas; una interpretación sugerida no solo por la representación iconográfica, sino también

por por modelos cerámicos que muestran la práctica del juego (**Figura 8.10**) —aunque en algunos sitios existen representaciones de individuos jugando con una pelota con otras partes del cuerpo, como los pies (**Figura 8.11**).

En Los Guachimontones existen tres conjuntos de juego de pelota con la forma característica, como señalaron en el segundo capítulo de este catálogo (véase **Figura 2.11**). Aunque no se ha encontrado mucha más evidencia asociada con este, la presencia de este complejo panmesoamericano en el sitio nos permite plantear algunas observaciones. En este, tal como en otros, los juegos de pelota se ubicaron dentro de los recintos monumentales o sagrados-ceremoniales. Este hecho, junto con ofrendas votivas, que frecuentemente se encontraron dentro de conjuntos del juego de pelota —tales como estelas o marcadores—, sugieren que a estos espacios se les confirieron significados simbólicos, atestiguando importantes actividades rituales.

No obstante, se desconoce el contenido simbólico del juego en sí. Se han planteado varias interpretaciones y asociaciones posibles que incluyen la astronomía (en la que la pelota representa el sol), el juego como metáfora para la guerra o la fertilidad, y como una representación ritual y participativa del orden cosmológico. En esta última, podría considerarse el juego como una lucha simbólica entre el día y la noche, o la tierra y el inframundo, considerando la cancha como un portal a este último (por lo tanto, construidos en los recintos ceremoniales). Así, al jugar pelota, los antiguos mesoamericanos participaban en el mantenimiento del orden cósmico y la regeneración ritual de la vida misma. No es sorprendente, entonces, que esta actividad figure de manera prominente en varios mitos de creación en la región. Por ejemplo, el K'iche' Maya Popol Vuh narra el juego de pelota en el que los gemelos héroes vencieron a los señores del inframundo. Cabe mencionar que en algunas culturas existía una asociación entre el juego y el sacrificio humano, aunque esta relación no aparece hasta el periodo Clásico, y solo en ciertas áreas (por ejemplo, El Tajín en el centro de Veracruz, o entre los mayas).

Desafortunadamente, en Los Guachimontones no contamos con mucha evidencia iconográfica o de otro tipo (a diferencia de la que se cuenta para la cultura maya). Los juegos de pelota del sitio, por su forma “estandarizada” y su ubicación en los recintos centrales, sugieren la incorporación de los habitantes de Los Guachimontones en complejos simbólicos panmesoamericanos. Cualquiera que sea su significado, es evidente que estos conjuntos fueron de alta importancia ritual; siendo muy probable que fueran materializaciones arquitectónicas-rituales que reflejaban los mismos preceptos simbólicos y centrales asociados con el orden cósmico y la continua regeneración de la vida; aspectos que se pueden observar en otros elementos de la cultura material en Los Guachimontones.

Otros aspectos ideológicos

La existencia de enterramientos lujosos —y una tumba de tiro— en el sitio, también nos habla un poco del sistema ideológico y cosmovisión de sus antiguos habitantes. Hay un dicho en la arqueología que “los muertos no se entierran a sí mismos”. En este sentido, el tratamiento funeral de los individuos sepultados revela tanto el estatus del difunto como las creencias de quienes lo enterraron. Existe una abundancia de ofrendas en los enterramientos y tumbas, incluyendo vasijas cerámicas, figurillas y joyería; tal como se puede apreciar en las secciones anteriores de esta publicación. Estos exvotos y dedicatorias sugieren creencias en una vida después de la muerte, tal como se ha documentado entre otras culturas mesoamericanas (por ejemplo, los mayas) así como en varias civilizaciones antiguas mundiales (egipcia, griega y china, entre otras). Esto también apoya la sugerencia de que los antiguos pobladores de Los Guachimontones conceptualizaron un ordenamiento del universo en distintos niveles —el cielo, la tierra y el inframundo— en los cuales viven, respectivamente, los dioses, los seres humanos y los antepasados.

Otra hipótesis interesante —aunque no comprobada hasta la fecha— es la existencia de un fenómeno arqueoastronómico en el sitio. La arqueoastronomía es un rasgo cultural muy llamativo, y se ha detectado

en una variedad de sitios mesoamericanos, desde Chichén Itzá en Yucatán hasta Alta Vista y La Quemada en Zacatecas. Básicamente, la arqueoastronomía trata del rastreo de fenómenos celestiales por las sociedades antiguas, incluyendo las maneras en que estos se incorporaron en la cultura —expresada también materialmente— de estas sociedades. Por ejemplo, en varias culturas mesoamericanas hay edificios en los que es notoria su función como observatorios celestiales. En Los Guachimontones, Rodrigo Esparza propuso que el Círculo 13 del sector Loma Alta pudo haber funcionado de esta manera. Inmediatamente al suroeste del altar central de este círculo, hay una plataforma que no parece formar parte del complejo guachimontón. Esparza sugiere tentativamente que las esquinas de esta estructura pudieron haber marcado la posición del sol, haciendo sombras al proyectarse en el supuesto palo central del altar al amanecer en los días del equinoccio y solsticio (**Figura 8.12**). Esta hipótesis nos plantea una interesante pista a seguir, así como otras ideas acerca de las posibles funciones de los guachimontones y las actividades que se llevaban a cabo en estos espacios.

Cosmovisión y ritual: algunas interpretaciones

Los materiales arqueológicos de Los Guachimontones nos proporcionan una ventana hacia el sistema ideológico, la cosmovisión y el significado de las prácticas rituales de sus antiguos pobladores. En general, la evidencia sugiere que estos compartían un complejo ideológico con muchas otras culturas a lo largo de Mesoamérica; abarcando referencias a la fertilidad agrícola, el poder ritual y la concepción de un orden cosmológico específico con un universo nivelado. La presencia de tanta cultura material que hace referencia a los preceptos ideológicos centrales de este sistema compartido sugiere dos conclusiones principales:

Primero, es probable que el significado de estos elementos fuera el mismo para los pobladores del sitio que para otras culturas contemporáneas. Este conjunto de creencias y prácticas rituales, que se ha llamado “el complejo simbólico-ceremonial del Formativo medio”, tiene raíces que remontan hasta el Formativo temprano, y se han detectado rasgos de ello a lo largo de la historia mesoamericana y en sus variadas culturas constituyentes. Segundo, la integración en este complejo simbólico panmesoamericano implica que sus antiguos habitantes participaron activamente en procesos de interacción interregional e intercambio intercultural desde una fecha muy temprana.

En conclusión, la evidencia material e iconográfica refleja la vinculación de una cosmovisión cultural, un simbolismo y prácticas rituales con otros grupos mesoamericanos, probablemente por medio de su integración a complejos simbólicos panregionales asociados con conceptos específicos de estructura cósmica, fertilidad, sacrificio y poder ritual y sociopolítico que se originó en el periodo Formativo, compartido a través de la interacción interregional. En el caso de Los Guachimontones, la cultura material producida y consumida derivó de y se cristalizó en el sistema ideológico, reflejando así la forma material de sus creencias, su cosmovisión y algunos rituales de esta sociedad pasada. Por otro lado, y como aportación final, cabe mencionar que la ausencia de ciertos rasgos (por ejemplo, iconografía de líderes o palacios) también nos da pistas acerca del sistema sociopolítico de la sociedad —un aspecto cultural que también fue impactado por la ideología y reflejado en la cultura material. Sin embargo, este tema sería objeto de otro estudio y otro ensayo.

Para leer más:

Abascal Johnson, Gladys O., Joseph B. Mountjoy y Otto Schöndube

- 2011 *Geometrías de la imaginación: diseño e iconografía de Jalisco*. Consejo Nacional de la Cultura, México, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, Guadalajara.

Beekman, Christopher S.

- 2003a Fruitful Symmetry: Corn and Cosmology in the Public Architecture of Late Formative and Early Classic Jalisco. *Mesoamerican Voices* 1:5-22.
- 2003b Agricultural Pole Rituals and Rulership in Late Formative Central Jalisco. *Ancient Mesoamerica* 14:299-318.

Blanco Morales, Ericka S.

- 2009 El juego de pelota en la Tradición Teuchitlán: hacia una propuesta sobre su función social. Tesis de maestría, Centro de Estudios Arqueológicos, El Colegio de Michoacán, La Piedad.

Heredia Espinoza, Verenice Y. y Joshua D. Englehardt

- 2015 Simbolismo pan-mesoamericano en la iconografía cerámica de la Tradición Teuchitlán, Jalisco. *Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre* 68:9-34.

López Mestas, Lorenza

- 2004 Costumbres funerarias en el centro de Jalisco. En *Tradiciones arqueológicas*, editado por Efraín Cárdenas García, pp. 243-259. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- 2005 Producción especializada y representación ideológica en los albores de la Tradición Teuchitlán. En *El antiguo occidente de México: nuevas perspectivas sobre el pasado prehispánico*, editado por Eduardo Williams, Phil C. Weigand, Lorenza López Mestas y David C. Grove, pp. 233-253. El Colegio de Michoacán, Zamora.

López Mestas, Lorenza y Jorge Ramos de la Vega

- 2006 Some Interpretations of the Huitzilapa Shaft Tomb. *Ancient Mesoamerica* 17(2):271-281.

Whittington, E. Michael (editor)

- 2001 *The Sport of Life and Death: The Mesoamerican Ballgame*. Thames and Hudson, New York.

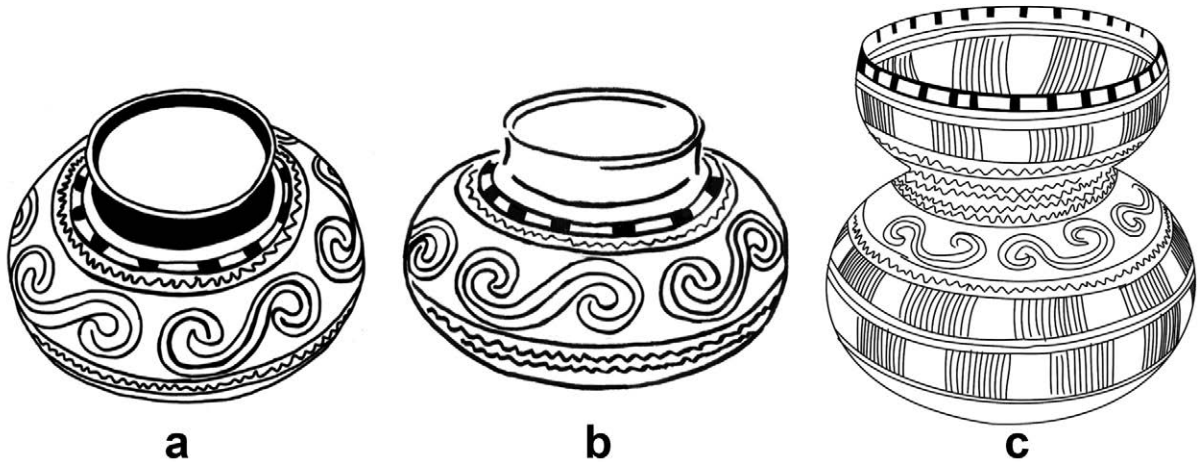


Figura 8.1 Ejemplos del motivo Lazy-S en el corpus cerámico Teuchitlán: a, loza Tabachines, Oconahua rojo sobre blanco, El Guaje (ilustración por Pearl Lau); b, loza Colorines fino, Ahualulco rojo sobre crema, Los Guachimontones (INV-TEU-737) (ilustración por Pearl Lau); c, vasija en forma de bule, Museo Regional de Guadalajara (ilustración por Mario Rétiz).

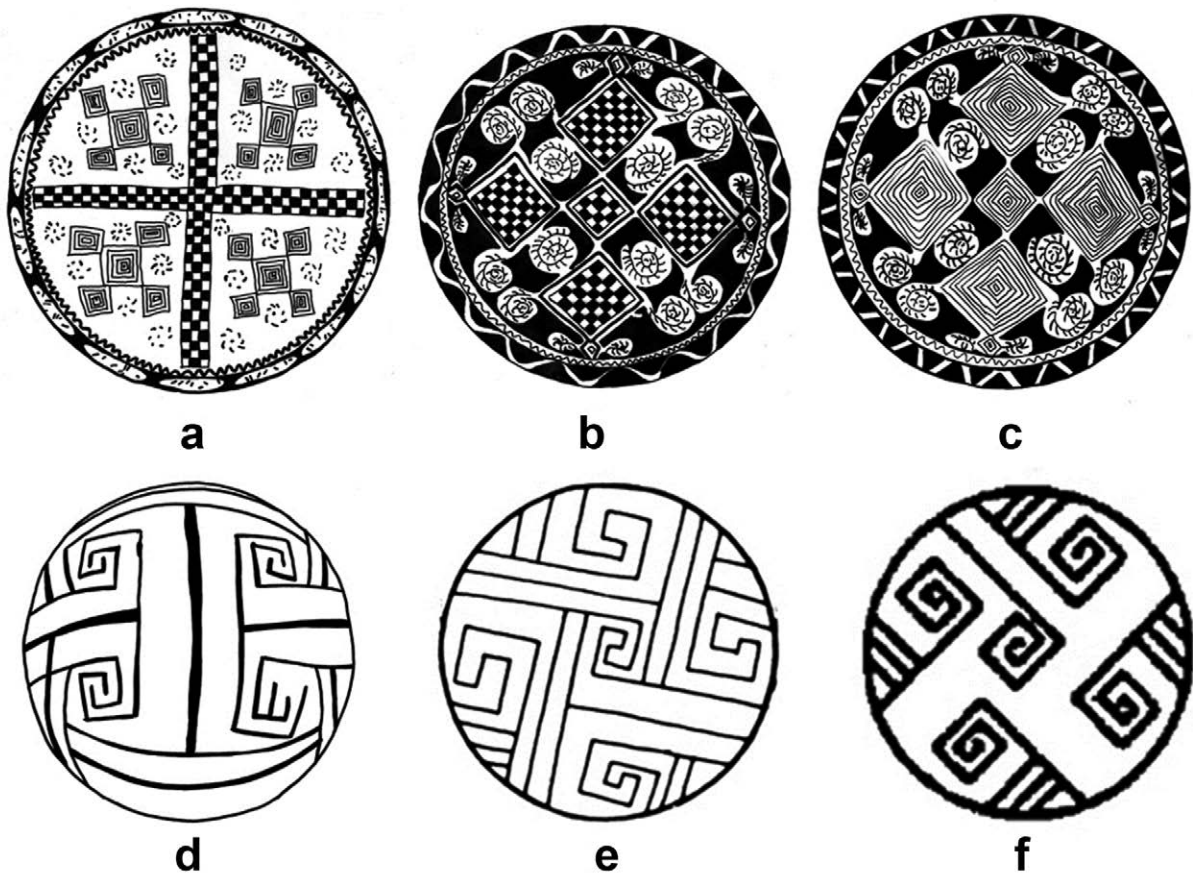


Figura 8.2 Elementos quincunx en la cerámica Teuchitlán: a-c, loza Tabachines, Oconahua rojo sobre blanco, Los Patos (ilustraciones por Pearl Lau); d, loza Colorines fino, Ahualulco rojo sobre crema, Los Guachimontones (INV-TEU-132) (ilustración por Pearl Lau); e, diseño en vasija Tabachines rojo sobre blanco (ilustración por el autor); f, diseño en loza Tabachines (ilustración por el autor).

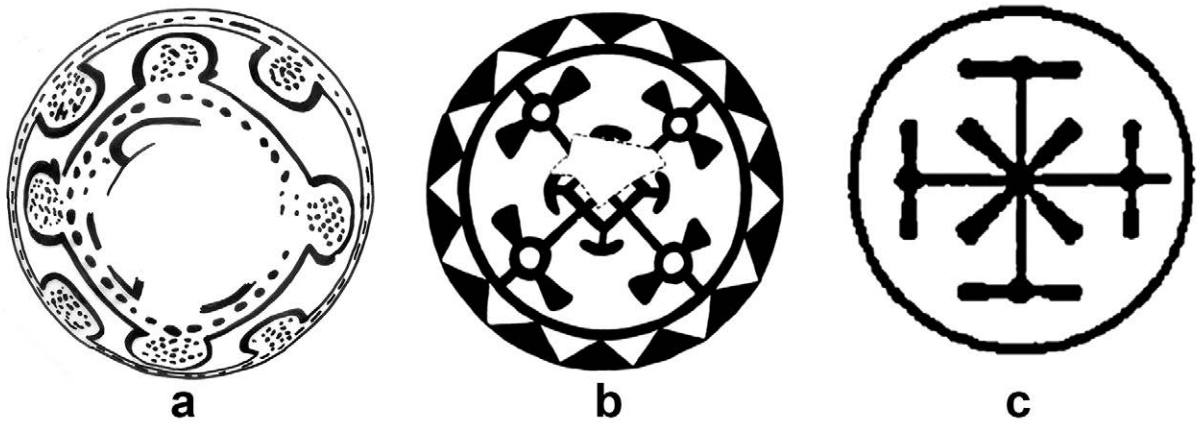


Figura 8.3 División composicional en ocho campos visuales en la cerámica Teuchitlán: a, loza Colorines fino, Ahualulco rojo sobre crema, Los Guachimontones (INV-TEU-051) (ilustración por Pearl Lau); b, loza Estolanos, Teuchitlán rojo sobre crema, Los Patos (ilustración por Pearl Lau); c, elemento de diseño en loza Tabachines (ilustración por el autor).

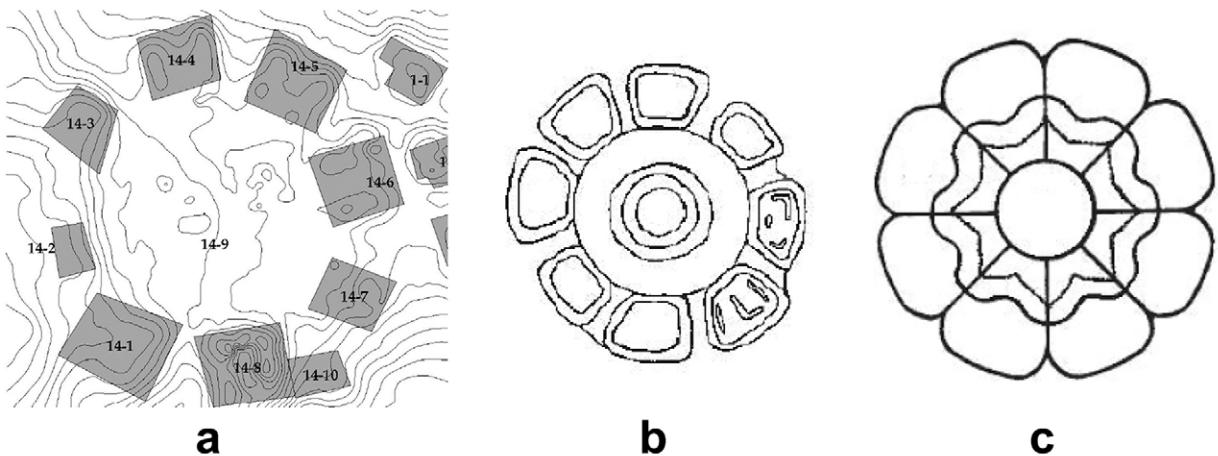


Figura 8.4 Planes típicos de conjuntos de guachimontones, comparado con una sección transversal del maíz harinoso de ocho: a, guachimontón de Llano Grande; b, guachimontón de Potrero de las Chivas; c, sección transversal del maíz harinoso de ocho (ilustraciones por Chris Beekman; cortesía Chris Beekman).



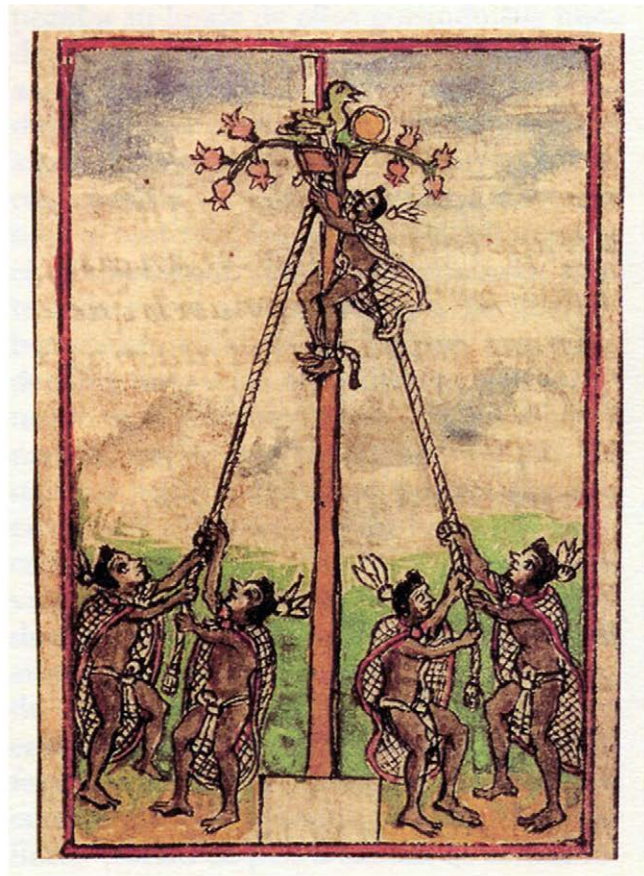
Figura 8.5 Modelo cerámico de una escena ceremonial o ritual de palo, Nayarit, ca. 200 a.n.e.-500 n.e. Los Angeles County Museum of Art, The Proctor Stafford Collection, purchased with funds provided by Mr. and Mrs. Allan C. Balch (M.86.296.35). Photo © Museum Associates/LACMA. Cortesía Los Angeles County Museum of Art.



Figura 8.6 Modelo cerámico de una escena ceremonial o ritual de palo, terracota pintada, Nayarit, ca. 200 a.n.e.-500 n.e. GM 5444.7265. Cortesía Gilcrease Museum, Tulsa, OK.



a



b

Figura 8.7 Representaciones de la ceremonia Xocotl Huetzi en el registro etnohistórico: a, del Códice Borbónico, folio 28; b, del Códice Durán, folio 276r.

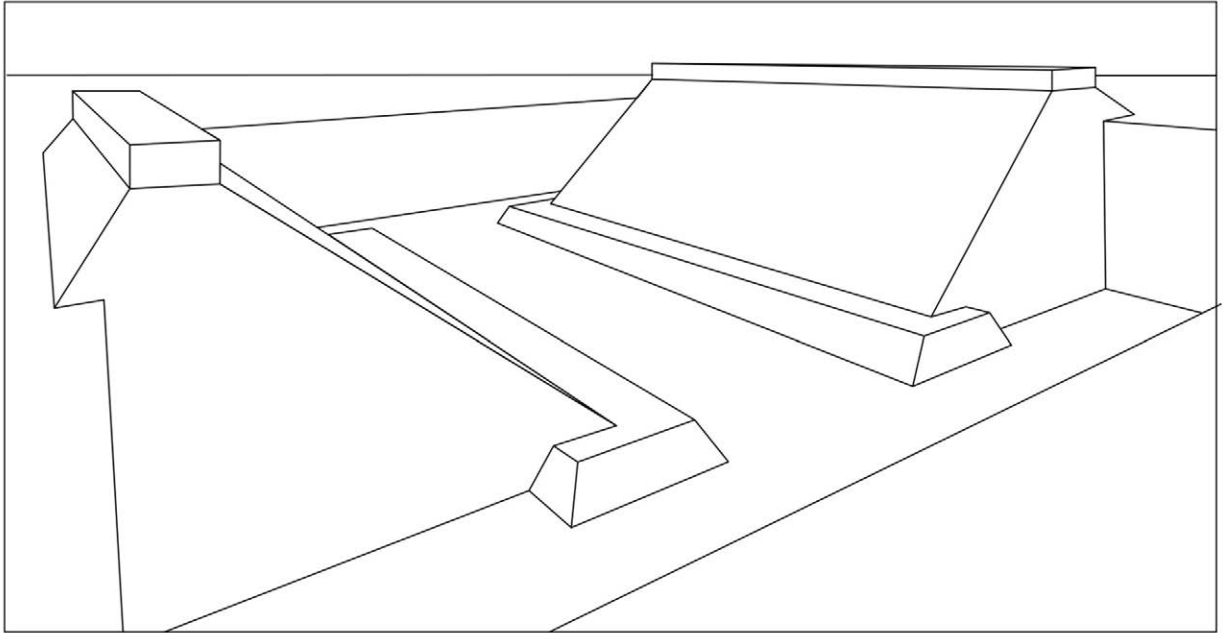


Figura 8.8 El juego de pelota mesoamericano (ilustración por Martha A. Soto López).

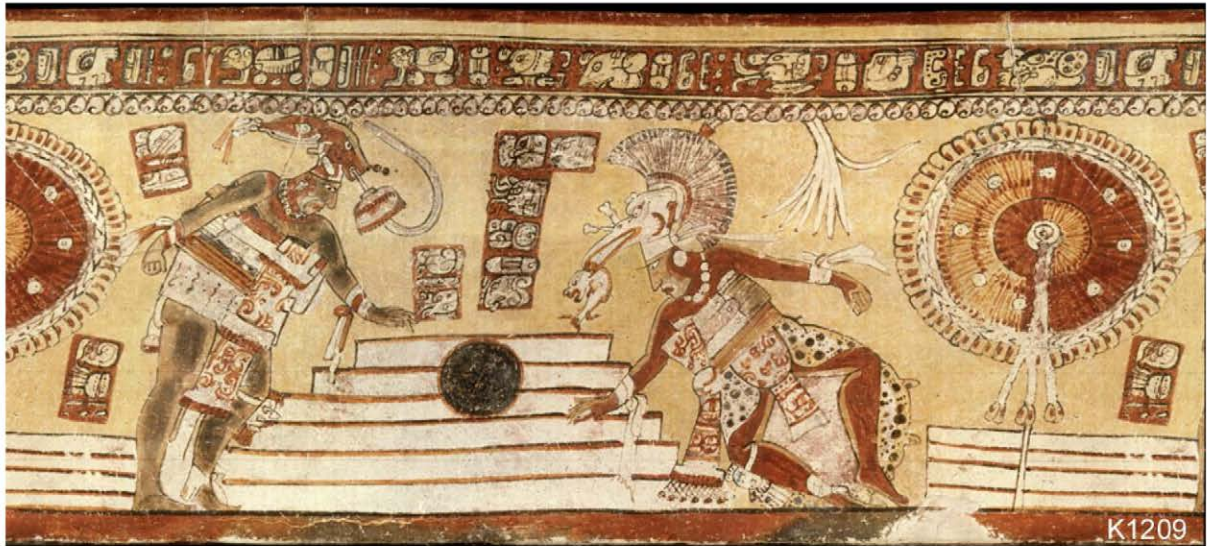
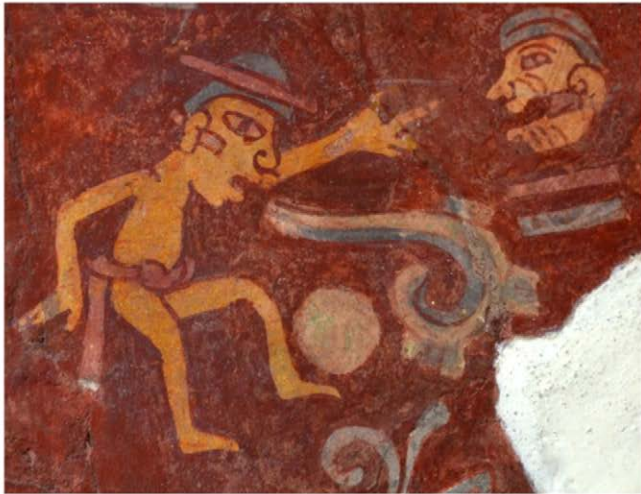


Figura 8.9 Dos vasijas mayas con iconografía del juego de pelota, mostrando los yugos y protectores de cadera portados por los jugadores. Arriba: K1209; abajo: K2022. En estas imágenes, es probable que el tamaño de la pelota está exagerado en relación con sus proporciones reales. Fotos por Justin Kerr; © Justin Kerr, cortesía Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, Inc., <http://www.famsi.org>.



Figura 8.10 Modelo cerámico del juego de pelota, Nayarit, ca. 200 a.n.e.-500 n.e. Los Angeles County Museum of Art, The Proctor Stafford Collection, purchased with funds provided by Mr. and Mrs. Allan C. Balch (M.86.296.34). Photo © Museum Associates/LACMA. Cortesía Los Angeles County Museum of Art.



a



b



c

Figura 8.11 Dibujos de personas jugando un deporte con pelota en Teotihuacan: a-b, detalles de jugadores con pelotas de los murales de Tepantitla; c, dos individuales jugando con una pelota en una cancha abierta, de los murales de Tepantitla. Fotos del autor.

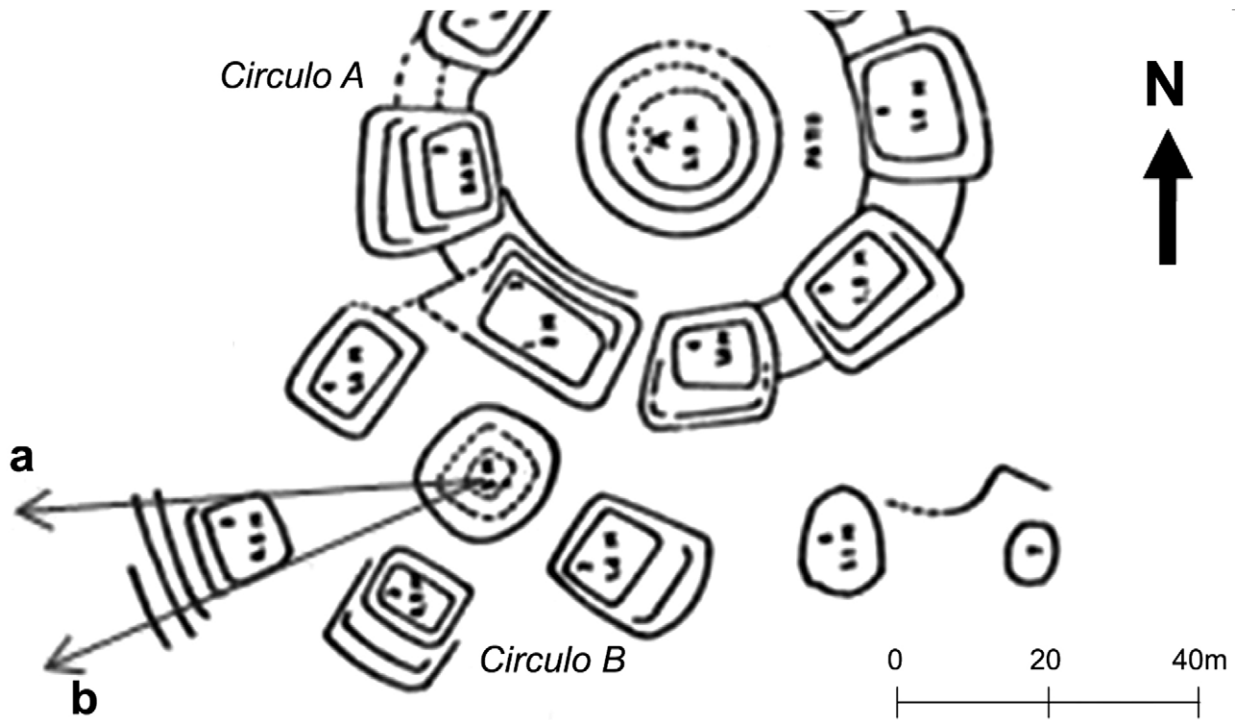


Figura 8.12 Posible fenómeno arqueoastronómico en Los Guachimontones. Proyección hipotética de sombras desde el altar central de Círculo 13 en el sector Loma Alta en los días de a, el equinoccio y b, el solsticio. Imagen modificada por el autor del original de Rodrigo Esparza, cortesía Rodrigo Esparza.

Conclusiones: el volcán como testigo

Ma. Ángeles Olay Barrientos

El geógrafo francés Vidal de la Blanche señaló que las sociedades humanas han tenido, desde el inicio de los tiempos, preferencia por aquellos lugares propicios para sus formas de vida. Esta característica hizo que comparara sus asentamientos con los corales de los mares tropicales, donde las nuevas colonias se van apilando alrededor de matrices más antiguas que sostienen las más recientes. Vidal acotó que los hombres no se han extendido sobre la tierra como una mancha de aceite, sino que se han agrupado primitivamente como los corales, superponiéndose en capas sucesivas sobre ciertos puntos. A su vez, el connotado historiador Fernand Braudel señaló que los humanos han vivido preferentemente en el marco de sus propias exigencias, víctima, durante generaciones de sus éxitos pasados, pues las sociedades se encuentran fatalmente vinculadas a un espacio dado. En otras palabras, se han arraigado a un entorno.

Los valles que circundan las faldas del Volcán de Tequila dan cuenta de manera clara de un hecho evidente: el que las colectividades humanas han preferido habitar aquellos lugares que han sido acondicionados por las generaciones pasadas imprimiéndole, a lo largo del tiempo, un sello de singularidad a las expresiones culturales surgidas de esa íntima relación con su entorno. Ángel Palerm señalaba que la profundidad histórica del ser humano se ha construido minuciosamente a través de recurrentes innovaciones que garantizaban un eficaz abasto alimenticio de sus poblaciones y en las cuales el sustrato cultural se renovaba constantemente en espacios que constituían un área clave. Es a través de este esquema que Palerm procedió a elaborar una explicación del desarrollo evolutivo mesoamericano.

Es historia conocida el hecho de que la arqueología del occidente de México fue un tanto desdeñada a causa de la ausencia, en su territorio, de grandes emplazamientos arquitectónicos similares a los existentes en el área maya. Sus vestigios más conocidos, ubicados en la Meseta Tarasca, procuraron durante varias décadas el que se designara con este nombre a cualquier expresión cultural prehispánica que fuera reportada en las inmediaciones de Ixtlán del Río en Nayarit, en el Valle de Atemajac o en las planicies costeras de Colima.

A despecho de este desconocimiento a todo lo largo y ancho de las diversas comarcas de esta macroregión, emergió, se extendió y se consolidó un lucrativo comercio de objetos prehispánicos. Los especuladores del arte antiguo pronto consolidaron un mercado que atendió lo mismo a particulares que a personeros de museos de varias partes del mundo. La singular expresión plástica de las poblaciones que honraron a sus ancestros a través de recreaciones de barro ofrecidas a sus muertos, logró seducir por fin el interés de incipientes investigadores que procuraron el registro y la paulatina construcción a las respuestas de sus preguntas básicas: ¿quiénes eran? ¿cuándo y cómo vivieron? ¿por qué elaboraron esos objetos? Son estas las preguntas que seguimos intentando responder, aunque ahora a través de otras formas de investigación y con herramientas antaño desconocidas

La obra que el lector tiene en sus manos exhibe de manera sucinta el estado que guardan las investigaciones impulsadas inicialmente por Phil C. Weigand. Con el nombre de tradición Teuchitlán fue como este autor definió al período Clásico en la zona lacustre septentrional de Jalisco (hoy cultura Teuchitlán). Si bien su trabajo tuvo como objetivo central dar cuenta de la existencia del fenómeno urbano, enmarcó su tesis en una propuesta de secuencia cultural del área misma que ha sido redefinida a partir de investigaciones recientes. Las fases que buscó delimitar de manera puntual fueron aquellas caracterizadas por la presencia de tumbas de tiro así como por el desarrollo de comunidades cuyo manejo del espacio superficial tenía como norma al círculo. El período Clásico, según la secuencia inicial del

investigador, documentó la irrupción de sitios en los cuales apreció la consolidación de un patrón de asentamiento consistente en plataformas circulares que transformaron al altar central en un montículo; sobre las plataformas-banquetas se llegaron a construir hasta ocho plataformas de planta rectangular que soportaban construcciones elaboradas con materiales perecederos. Estos círculos tenían, a diferencia de los edificados en las fases anteriores, diámetros mayores y, de manera relevante, juegos de pelota anexos. Alrededor de los asentamientos mayores se percibió un crecimiento poblacional concentrado alrededor del eje Ahualulco-Teuchitlán-Tala. Se comenzó a dar también un fenómeno interesante, ya que en la medida en que los asentamientos comenzaron a tener mayor complejidad arquitectónica, las tumbas de tiro fueron más escasas y pequeñas.

Posteriormente se produjo un clímax cultural. La población en esta etapa se concentró en varios núcleos: Ahualulco, Santa Quiteria, Las Pilas y Laguna Colorada-La Providencia, entre otros. El sector más importante, sin embargo, se ubicó entre Teuchitlán y El Refugio, correspondiente a una franja — cercana a los 10 km— a lo largo de las riberas septentrionales de la laguna de La Magdalena. En esta región, Weigand y su equipo documentaron varios conjuntos residenciales de élite así como grandes plataformas circulares de índole ceremonial, juegos de pelota, grandes talleres de obsidiana, zonas de cultivo y, de manera relevante, indicios de chinampas.

La interpretación de Weigand relativa al desarrollo evolutivo de la región planteó una transición del Formativo tardío al Clásico, como un proceso de intensificación, cuyas causas encuentra poco claras, pero que podrían responder a una suerte de dinamización regional en la cual habría participado no sólo el área de Teuchitlán sino también tradiciones culturales del Bajío y de Chalchihuites. La misma dio pie a una mayor demanda de productos por parte de los grupos que definían su estatus a partir de la posesión de ciertos objetos con cargas simbólicas importantes y, por ende, a la necesidad de controlar su explotación y comercio. En algún momento incluso, Weigand planteó la posibilidad de que la intensificación misma haya sido una respuesta a la expansión (económica, política, social) de Teotihuacán pues, argumentaba, no existen barreras geográficas entre los valles de Atemajac y Teuchitlán.

Los recursos con los cuales contaba la región desplegada en los valles alrededor del volcán de Tequila, incluían no sólo las magníficas vetas de obsidiana sino también sal. A la vez, en la sierra de Ameca —a la cual pertenece el volcán de Tequila— podían encontrarse yacimientos de plata, plomo, azurita, malaquita, cuprita y cristales de cuarzo. Para deleite de los arqueólogos adeptos al estudio de las antiguas vajillas, las cerámicas de la región contaron con barros de calidades diferentes que fueron desde el caolín hasta barros altamente granulados, algunas de ellas permitieron la proliferación de vasijas elaboradas con la técnica del pseudocloisonné, la cual consintió el desarrollo de un cuerpo iconográfico que ha ofrecido valiosos datos relativos a la ideología dominante en esta etapa y que se constituyó además, en una suerte de marcador cultural. Parece, sin embargo, que el recurso que explicaría en gran medida la solidez alcanzada por las instituciones sociales desarrolladas en la región fue, sin duda, la obsidiana.

Es a partir de los datos procedentes de sus reconocimientos que Weigand planteó un fenómeno peculiar: el hecho de que en el período en el cual se desarrolló una mayor complejidad arquitectónica de los poblados mayores, así como una mayor explotación de los recursos locales —fundamentalmente, la obsidiana— sucedió lo que el autor denominó implosión demográfica, esto es, una suerte de concentración humana alrededor del núcleo central, aunado a un despoblamiento del territorio inmediato a este núcleo.

No deja de ser paradójico, sin embargo, que al parecer fue durante esta etapa cuando se sucedió una expansión del elemento arquitectónico circular hacia otras áreas del occidente.

Las plataformas circulares (conocidas localmente como guachimontones) se encuentran no sólo en la zona de la cañada de Bolaños, sino también en Nayarit y en ciertos lugares de Guanajuato y Colima.

En todo caso, la señalada implosión demográfica provocó una marcada presión sobre los recursos del área nuclear, que vio arrasados sus bosques y, por esa causa, se sucedió un proceso de degradación

vegetal que promovió un paulatino cambio en el régimen de precipitación pluvial y con ello el descenso de las aguas de la laguna de La Magdalena. Esta reducción de la humedad hizo que se desarrollaran estrategias destinadas a conservar e incluso intensificar la producción agrícola.

El trabajo en el cual Weigand expuso la base agrícola que palió la señalada implosión demográfica, le significó las más duras críticas a su posición relativa a la existencia de sociedades complejas en el occidente. A partir de un breve trabajo expuesto en julio de 1991 en el Colegio de Michoacán, en el cual reporta la existencia de zonas chinamperas en las inmediaciones de la localidad de Teuchitlán — en la denominada zona de Los Baños y de las norias de El Rincón— se sucedió toda una discusión relativa a la veracidad de tales chinampas.

La propuesta de Weigand refiere una acuciosa descripción de las chinampas, lo que el autor denomina como sistema de la laguna de La Magdalena. Las mismas se concentran en grandes bloques (de 300 x 150 metros) separados por canales de 4 a 6 metros de ancho. El trazo al interior es sorprendentemente homogéneo pues forma chinampas de 10 x 15 metros o aún mayores. A través de cálculos derivados de las propuestas de William Sanders y otros autores, Weigand concluyó que las chinampas de la laguna de La Magdalena pudieron haber sostenido una población de entre 2,400 a 3,600 familias de 5 individuos (entre 12 mil y 18 mil personas). Posteriormente, llevó a cabo estimaciones relativas al empleo de este particular tipo de intensificación agrícola al interior de la Laguna de Etzatlán, la región de Teuchitlán-Ahualulco-Tala, Estanzuela y La Providencia.

Fue el meticuloso geógrafo Karl Butzer el crítico más contundente a la propuesta tácita de señalar a la región de La Magdalena-Etzatlán como el foco de difusión de los sistemas de riego reportados para el momento del contacto. Butzer refutó de manera contundente la antigüedad de las supuestas chinampas, al señalar que la retícula casi perfecta que las organiza sólo pudo haber sido realizada con maquinaria. Otra prueba, en tal sentido, era el hecho de que las fuentes coloniales no hubieran descrito la existencia de pantanos o ciénagas en los lagos. La construcción de un complejo sistema de agricultura intensiva a partir de chinampas, señala Butzer, no se sostenía con los datos proporcionados por Weigand por más que haya recolectado en esos lugares material cerámico perteneciente al Clásico. No obstante la severa descalificación, Butzer esgrime la exigencia de recuperar datos duros a través de técnicas rigurosas, enfatizando la necesidad de realizar trabajos interdisciplinarios con estudios científicos confiables. Sólo a través de datos así contruidos le parece posible elaborar hipótesis relativas a la existencia de altas densidades demográficas y especialización social. En este sentido debe señalarse que Weigand promovió, en ánimo de validar sus hipótesis, este tipo de trabajos. Al respecto se puede consultar la obra de Glenn Stuart el cual ha explorado chinampas antiguas y aventurado hipótesis con relación a las evidencias de intensificación agrícola en etapas que concuerdan con el esplendor del sitio de Los Guachimontones en Teuchitlán.

En todo caso, Weigand continuó trabajando sobre otro tipo de datos que le permitieran demostrar la existencia de numerosas poblaciones que dieran cuenta del vigor demográfico de la región durante el Clásico. Al respecto señaló que en el área nuclear contabilizó aproximadamente 2,800 conjuntos residenciales, mismos que parecen haber estado organizados en cuatro tipos los cuales, asume el autor, refieren otros tantos niveles de complejidad misma, que al ser interpretada, refleja el orden político, económico y social del período Clásico.

Debe enfatizarse de nueva cuenta en esta discusión, que Weigand elaboró gran parte de sus hipótesis a través de datos provenientes de exhaustivos reconocimientos de superficie, los cuales le permitieron, en muchas ocasiones, recuperar información temporal en las estratigrafías de tumbas abiertas por cuenta de los saqueadores. A la par, el autor profundizó en el estudio de materiales arqueológicos recuperados en estas condiciones, así como en el análisis de numerosos objetos pertenecientes a colecciones públicas y privadas. Esto es importante, pues tan sólo a partir de las recientes exploraciones del sitio de Teuchitlán se ha podido recobrar información susceptible de ser contrastada con sus hipótesis iniciales básicas.

Un tema polémico en la cruzada por encontrar los datos concretos que demostraran de manera contundente la existencia de un estado en el área de Teuchitlán fue su propuesta relativa al desarrollo de un estado segmentario. Acorde a su planteamiento, el mismo puede definirse como un sistema que tiene un núcleo bastante compacto y una zona de influencia extensa, donde la presencia del núcleo se manifiesta por hegemonía y ceremonialismo ritual más que por poder político. Se advierte claramente que hubo una jerarquía de arquitectura ceremonial (incluyendo los círculos y los juegos de pelota), al igual que áreas residenciales asociadas dentro de las zonas de ocupación y la probable organización de áreas residenciales en barrios.

Esta forma distinta de interpretar el concepto de Estado ha sido analizada por Christopher S. Beekman a partir del modelo con el cual Edward Luttwak, explica los inicios del imperio romano, analizando la diferencia existente entre la fuerza y el poder. Así, mientras la fuerza se encuentra encaminada hacia la guerra como vehículo para lograr metas políticas, el poder radica en la capacidad de sistema central de generar percepciones de control sobre sus áreas subsidiarias. Un eficaz manejo del poder supondrá un uso menor de la fuerza. Lo interesante del modelo radica en que la administración central realmente no se involucra en el gobierno de sus regiones subyugadas, pero mantiene un férreo control sobre la investidura ceremonial de los gobernantes locales, así como el recurrente pago de tributo a la administración central. Este dominio se expresa en algunas ocasiones en la reproducción, en las áreas subsidiarias, de elementos relevantes de la cultura central. La percepción hegemónica del poder central puede, sin embargo, utilizar la fuerza y lograr el control territorial y la administración directa de los territorios; su control efectivo se logra a partir de la construcción de infraestructura defensiva (fosos, fortificaciones). Ambas estrategias —la hegemónica y la territorial— son claras tácticas de dominio que pueden ser utilizadas al mismo tiempo pero, en diferentes lugares.

El mantenimiento de ambos sistemas requiere, como se puede inferir, de modalidades distintas. Conservar un dominio territorial supone no sólo el empleo de la fuerza—y con ello el mantenimiento de ejércitos— sino, también, una importante inversión económica—como podría ser la construcción de infraestructura defensiva. Ahora bien, si el dominio hegemónico se expresa a través de las relaciones establecidas entre las élites centrales y las subsidiarias, el manejo político es vital para el sostenimiento de la relación. En este tenor, las estrategias se expresan no sólo a través de las alianzas matrimoniales sino también, de un amplio espectro ritual mediante el cual el poder central legitima al secundario. Es este el modelo que Weigand y Beekman definen como estado segmentario y el cual, les parece, explica en buena medida el poder hegemónico de la cultura Teuchitlán sobre amplias regiones. Así, se puede explicar que su expresión urbana no sea comparable al esquema urbano mononuclear de Teotihuacán sino, más bien, al polinuclear de los mayas del período Clásico.

Fue justamente el interés y la enriquecedora discusión relativa a la ocurrencia del fenómeno urbano en el occidente mesoamericano durante los primeros siglos de nuestra era, lo que ha terminado por modificar enormemente la percepción sobre su “limitado” desarrollo social y cultural. Respecto a los procesos de desarrollo económico por medio de la intensificación agrícola, artesanal y de los sistemas de extracción e intercambio de recursos que caracterizaron a la etapa en la que predominó la tradición de las tumbas de tiro, se puede decir que los dos últimos han podido ser vislumbrados a través del intercambio de aquellos bienes que otorgaban prestigio a las élites. En este sentido, la exploración de las tumbas de Huitzilapa proveyó de un peculiar catálogo de elementos que dan cuenta de su gran valor simbólico.

El contenido de las tumbas —6 individuos en las 2 bóvedas— permitió registrar la existencia de un personaje relevante (el entierro N1) al cual le fueron ofrendadas diversas esculturas de barro, así como objetos de cuarzo, pizarra, obsidiana, concha y piedra verde. Estos elementos no sólo son reconocidos como materiales exóticos y valiosos —dada su escasez y la dificultad de acceder a ellos— sino también, como símbolos de poder y prestigio. Es justo a través del estudio de algunas de las variadas expresiones

del imaginario simbólico como Lorenza López Mestas ha continuado trabajando sobre dos temas cuyo abordaje se había dificultado por la carencia de datos duros: la legitimación del poder a través de una ritualidad plasmada en ciertos materiales arqueológicos y, desde esta perspectiva, la clara pertenencia del occidente a los cánones ideológicos mesoamericanos desde etapas tempranas, asunto polémico, pues numerosos autores lo han puesto en tela de juicio.

La espectacularidad de los hallazgos de Huitzilapa (cuyo asentamiento se ubicó entre el 300 a.n.e.- 200 n.e.) han oscurecido, hasta cierto punto, los logros obtenidos por María Teresa Cabrero en la zona de la Cañada de Bolaños (Jalisco-Zacatecas) lugar en el cual excavó tres tumbas de tiro con cámara sin saqueos previos, mismas que pudieron ser fechadas entre el 135 y el 440 n.e. La diferencia palpable entre el contenido formal de las tumbas de ambas regiones fue que las de Bolaños tuvieron un empleo más intensivo —en una de ellas se contabilizaron hasta 86 individuos de ambos sexos y edades diversas— que incluyeron tanto restos humanos articulados (anatómicamente completos) como desarticulados. El bagaje mortuario registrado incluyó ofrendas típicas como las consabidas esculturas antropomorfas, hasta objetos fabricados con materiales de difícil acceso como coral negro y conchas marinas (su identificación ubicó su origen en la costa del Pacífico, con especies características tanto del Golfo de California, como ejemplares con rangos de distribución más amplios).

Es claro que a partir del hallazgo de materiales foráneos al interior de las tumbas —y no sólo las de tiro— asociadas a contextos registrados por trabajos arqueológicos en regiones distintas, se han podido abordar fenómenos tales como la explotación de recursos, el desarrollo tecnológico, la organización del trabajo, la construcción de un imaginario ideológico colectivo, la apertura de caminos y accesos y, en fin, la paulatina emergencia de necesidades —reales y construidas— que impulsaron la consolidación de mercados y de redes de intercambio. El desarrollo de conceptos como esferas de interacción, sistema mundial o comerciantes errantes han permitido a los arqueólogos sugerir el empleo de modelos destinados a esclarecer el funcionamiento de antiguas tramas que expliquen no sólo el intercambio entre regiones sino, a la vez, los complejos procesos sociales que los impulsaron y los mantuvieron.

Como en otros casos, la información a la mano es aún poco consistente, y la que existe debe ser sustentada no sólo con dataciones absolutas sino, también, con datos que ilustren sobre su dinámica de desarrollo y su relación e importancia respecto a los sistemas de intercambio que dominaron tanto en etapas tempranas (en ellas aludo al período ubicado entre el Formativo tardío y el Clásico) como en las tardías (del Clásico tardío al Posclásico).

La desaparición física de Phil C. Weigand significó un duro golpe a la investigación arqueológica del occidente de México. No obstante, su labor como formador de nuevos cuadros de arqueólogos procuró la continuidad de trabajos, así como el ánimo de concretar aquellas respuestas a las preguntas que iniciaron este viaje hacia el pasado. En buena medida los diversos apartados de esta obra exhiben los hallazgos de aquéllos datos que pueden conducirnos a una interpretación sólida sobre el desarrollo de los pueblos que habitaron la región y que ayuden a dar cuenta de sus formas de vida, de organización social, de pensamiento comunitario y acaso, de sus propios cuestionamientos ante la vida.

A través de los reconocimientos exhaustivos emprendidos por Verénice Heredia se tendrá una visión puntual respecto al poblamiento del área de Teuchitlán mediante una visión de larga duración que establezca, a través de un manejo espacial, los lugares de habitación a lo largo de las diferentes etapas de ocupación. Este tipo de trabajos ofrecerá en el futuro una visión integral de las características que singularizaron a los diferentes pueblos que se asentaron en el área. La elaboración de mapas que den cuenta de los asentamientos existentes en cada etapa, la forma en que se distribuyeron, las características de sus emplazamientos, la relevancia de sus construcciones, la existencia de arquitectura civil y religiosa patente, su ubicación y relevancia respecto a sus vecinos, permitirá establecer la importancia de los asentamientos mayores en cada etapa de desarrollo. No se debe perder de vista que, al tratarse de un espacio utilizado una y otra vez por poblaciones humanas, es muy posible que

sus actividades económicas (nivelaciones agrícolas, construcción de caminos, introducción de servicios varios) hayan alterado de alguna u otra forma los registros dejados por las poblaciones pasadas. En este sentido, los reconocimientos podrán establecer aquéllos espacios mejor conservados y con potencial para la exploración arqueológica.

Será de la mayor relevancia que la elección de nuevos contextos susceptibles de generar información, sean explorados de manera sistemática a efecto de establecer con rigor, los elementos que permitan su datación, así como de los materiales.

Como casi todos los occidentalistas saben, la dramática ausencia de fechas absolutas ha constituido nuestro talón de Aquiles. No obstante, a diferencia de otras regiones del occidente mesoamericano, la región Valles de Jalisco ha venido construyendo la mayor base de dataciones absolutas de la que se tenga registro. El hallazgo de la extraordinaria tumba de Huitzilapa dio pie a numerosas colaboraciones académicas que permitieron no sólo fechar dicho contexto mediante 10 fechas de radiocarbón sino, a la vez, un interés por datar otros contextos en la región a efecto de ordenar las fases culturales del área a la cual Weigand consideró como nuclear para su propuesta. En la síntesis efectuada por Beekman y Weigand (2008) se menciona que en las exploraciones de Glenn Stuart (2003) en la laguna de la Magdalena, se obtuvieron nueve fechas de radiocarbón; el sitio de Los Guachimontones (1999-2005) ofreció otras 18 fechas; los trabajos de Beekman en Llano Grande (2000) le procuraron otras 38 fechas, a las que se sumaron 29 fechas más obtenidas en las exploraciones en Navajas (2003). Estamos hablando de un total de 104 fechas a las que, por cierto, tendríamos que agregar las realizadas entre 2008 a la fecha. Si a este notable esfuerzo se suma el trabajo por establecer los complejos cerámicos característicos de cada fase, encontraremos que la investigación realizada en el centro norte de Jalisco ha ido sustentado con datos duros los argumentos que planteó inicialmente Phil C. Weigand.

Una vez se tenga sólidamente establecida la secuencia de la región, los análisis cerámicos realizados décadas atrás por arqueólogos que construyeron con enorme paciencia la cronología relativa, podrán ser revisados y reinterpretados a la luz de las certezas que otorguen los nuevos trabajos, reforzados como nunca antes, por la colaboración de físicos, químicos y matemáticos, seducidos como los arqueólogos, por encontrar certidumbres en el pasado.

A la introducción del orden temporal seguirá el análisis de las diferentes categorías de materiales arqueológicos que han sido recuperados a lo largo de las exploraciones realizadas. La expresión simbólica de los objetos —figurillas, diseños iconográficos— podrá ser enmarcada en un escenario en el cual se desplieguen las aptitudes tecnológicas alcanzadas por los antiguos pobladores. Entenderemos el esfuerzo de construir las herramientas de uso cotidiano que permitieron la roza del bosque, la preparación de la tierra, la transformación de los alimentos, la elaboración de objetos de uso restringido. Nuevas investigaciones de arqueología experimental permitirían responder las preguntas relativas a la forma en que se utilizaban utensilios, que nuestra lógica moderna nos impide comprender.

La investigación arqueológica, como lo expresan varios investigadores en este texto, tiene sus formas de acceder a la interpretación del pasado a través del estudio de los restos materiales que han llegado hasta nosotros. Las inferencias indirectas que construimos a través de múltiples herramientas logran, sin embargo, ofrecernos pinceladas de un pasado que se expresa a través de resquicios como la tradición, el paisaje, los sabores que recreamos de generación en generación. En el caso de los valles de Tequila, ello ha sucedido a lo largo de los siglos y ha tenido a su volcán como testigo.

Para leer más:

Beekman, Christopher S.

- 2000 Los estudios de caso históricos y su contribución al estudio arqueológico de los “sistemas políticos.” *Relaciones XXI*(82):19-38.

Cabrero, María Teresa

- 1989 *Civilización en el norte de México: arqueología de la cañada del río Bolaños, Zacatecas y Jalisco.* Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Stuart, Glenn

- 2003 Pre-Hispanic Sociopolitical Development and Wetland Agriculture in the Tequila Valleys of West Mexico. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, Arizona State University.

Weigand, Phil C.

- 1994 Obras hidráulicas a gran escala en el occidente de Mesoamérica. En *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del occidente de México*, editado por Eduardo Williams, pp. 227-277. El Colegio de Michoacán, Zamora.

Weigand, Phil C. y Christopher S. Beekman

- 2002 Teuchitlán: surgimiento de una sociedad parecida al estado. En *El antiguo occidente de México: arte y arqueología de un pasado desconocido, México*, editado por Richard F. Townsend, pp. 39-55. The Art Institute of Chicago, Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura del Estado de Colima, Chicago y Colima.